
HISTORIA UNIVERSAL
IV
La Alta Edad Media
Equipo Redacción PAL



LA ALTA EDAD MEDIA

Sección: Historia

Equipo Redacción PAL

HISTORIA UNIVERSAL

Tomo IV

LA ALTA EDAD MEDIA



Mapas: ALVARO SANCHEZ

Apartado 73 - 48080 BILBAO
ISBN: 84-271-1438-9 Obra completa
ISBN: 84-271-1442-7 Tomo IV
Dep. Legal: BI-48-1986
Printed in Spain

Imprime: GRAFMAN, Andrés Isasi, 8-1º 48012 BILBAO

INTRODUCCION

El término Medievo (lat. *medium aevum)* significa literalmente «edad del medio» y fue acuñado en el siglo XVII por el estudioso alemán Christoph Cellarius, el cual sintetizaba así la convicción, vieja ya de dos siglos, de que aquella edad no fue sino un paréntesis de oscuridad entre las dos luminosas épocas clásicas, la greco-romana y la renacentista.

Hoy, cuando se ha puesto plenamente en claro, la originalidad de las instituciones políticas y de la civilización creada por los hombres del medievo, esta definición ya no es aceptable en su significado literal, sino sólo como una convención consagrada actualmente por el uso.

Como ocurre con todas las épocas, también para el medievo la delimitación cronológica se adopta y se entiende con una cierta elasticidad. Como es sabido, los términos canónicos son el 476 (caída del Imperio de Occidente) y el 1492 (desembarco de Colón en Guanahaní); pero el 476 es una fecha discutible, puesto que de hecho el Imperio de Occidente había dejado de existir mucho antes. Más exacto sería quizás el 395, fecha de la división de Teodosio. También la revolución político-religiosa que se produjo con el edicto de Milán (313) podría ser tomada como un punto de partida. Si quisiéramos por el contrario subrayar los aspectos socio-económicos, debiéramos re-

montarnos claramente a la crisis del siglo III. Desde otro punto de vista la ruptura ante el mundo antiguo y el medieval se produjo en Occidente sobre todo como consecuencia de la invasión musulmana y de la creación del Imperio Carolingio (siglo VIII). Menos discutible es el 1492, puesto que fue en un plazo de tiempo mas bien restringido (precisamente en los decenios intermedios entre el siglo XV y el XVI) cuando alcanzaron su madurez todos los elementos característicos de la Edad Moderna (capitalismo y ampliación del área económica a dimensiones mundiales, pleno florecimiento de la civilización renacentista, definitiva consolidación de los estados nacionales en Europa, Reforma Protestante, etc.).

Aunque la Edad Media constituye en sí una unidad histórica, cabe distinguir en ella dos épocas bien diferenciadas: la Alta y la Baja Edad Media. La Alta Edad Media de la que se va a tratar en este tomo, es una época de economía casi exclusivamente agrícola y de régimen feudal. En la Baja Edad Media junto a la agricultura que sigue siendo la principal fuente de riqueza, comienza a desarrollarse el comercio y la artesanía, renace la vida y la cultura urbana, se robustece el poder real. Todo ello diferencia notablemente la vida y el devenir histórico entre una y otra época. La divisoria entre ellas no es tajante: el cambio se va produciendo progresivamente a lo largo de los siglos XI y XII, antes en unas regiones que en otras.

La Alta Edad Media es una época con muchas facetas. Por una parte en sus comienzos se produce el colapso de la Antigüedad clásica con el hundimiento del Imperio Romano de Occidente. Por otra parte son protagonistas de la historia nuevos pueblos (germanos, árabes, eslavos, etc.) con nuevas instituciones y nuevas fuerzas creadoras. En Occidente el Cristianismo se consolida fundiéndose en lo institucional con las nuevas tendencias de la época, dando lugar a uno de los elementos básicos de la cultura occidental, que a su vez salva la tradición de la cultura antigua. Todo ello hace que esta época altomedieval, sombría en muchos aspectos, sea fundamental para la formación del mundo occidental actual.

I. EL MUNDO GERMANICO

Los pueblos invasores

Características

Es prácticamente imposible una clasificación precisa de los distintos pueblos invasores del Imperio romano a los que se les ha dado la designación de bárbaros *(barbarus*= extranjero sin civilizar). Su historia estuvo caracterizada, además de por sus migraciones y luchas, por alianzas y por fusiones que hoy no es posible reconstruir. Entre las tribus nómadas, en especial la ausencia de propiedad que defender y la ventaja que se derivaba del aumento de las guerras, hacía pasar a un segundo plano las diferencias raciales y favorecía la asimilación de los vencidos por parte de los vencedores.

La división que se ha hecho en tres grupos tiene en cuenta esencialmente las diferencias lingüísticas y culturales: pueblos de la estepa, eslavos y germanos.

Característica de los *pueblos de la estepa* fue la tendencia a la constitución de grandes *imperios nómadas* (las «hordas reales» de las que ya hemos hablado), imperios federativos que agrupaban a las gentes más diversas y que, creados por hombres de excepción, casi siempre se disolvían cuando el príncipe *(kayan)* moría. Ninguna de estas hordas, de todos modos, logró nunca imponerse al Occidente civilizado. Entre estos pueblos recordaremos a

los hunos, los húngaros, los búlgaros de descendencia huna, los ávaros, los cázaros, los pechenegos, los cumanos.

Los *pueblos eslavos* (una rama del tronco indoeuropeo) tuvieron por el contrario una economía estable, basada en la agricultura, el artesanado y el comercio, sobre todo fluvial. Mantuvieron durante mucho tiempo la primitiva organización tribal, pero el ascenso de la clase mercantil llevó después al resurgimiento de las ciudades fortificadas *(gorod),* donde el poder estaba dividido entre la burguesía y la aristocracia territorial.

Los eslavos tuvieron una gran difusión y se distinguen entre ellos tres subgrupos: *eslavos orientales* (rusos blancos, grandes rusos y ucranianos), *eslavos occidentales* (pomeranios, polacos, abodritas, sorabos, vénetos, checos, eslovacos) y *eslavos meridionales* (eslovenos, serbios, croatas, búlgaros).

Análogamente, entre los pueblos *germánicos* que también pertenecen a la familia indoeuropea, se distinguen los *germanos septentrionales* (instalados en Escandinavia), los *germanos orientales* (vándalos, burgundios, rugios y godos, subdivididos en ostrogodos, visigodos y gépidos) y los *germanos occidentales* (gueruscos, ubios, bátavos, captos, caucos, frisios, quados, marcomanos, suevos, sajones, alamanes, francos, surgidos, estos últimos, de la fusión de muchos grupos, como los bruteros, los usipetos, los tencteros, los sicambros, los salios). Detengámonos ahora sobre los principales aspectos de la sociedad de los germanos, con el fin de comprender mejor los problemas surgidos de su superposición violenta sobre las gentes del Occidente romanizado.

La sociedad germánica

En vísperas de su penetración en Occidente, los germanos se encuentran en el estadio de organización social que ya hemos encontrado entre los egipcios, los griegos, y los

romanos en los albores de su historia: también entre ellos el núcleo social fundamental es el clan gentilicio *(sippe)*, es decir, el conjunto de familias *(fara)* ligadas por el mismo vínculo de sangre y sometidas a la autoridad de un jefe, que ejerce el derecho de tutela *(mundio)* sobre todos los miembros del clan. También la propiedad de las tierras, en las que las distintas familias están establecidas, es de la *sippe.* La unión de varias *Sippe* forma un *gau* (tribu), y el conjunto de varios *gau* un pueblo. Su unión se basa exclusivamente en la afinidad étnica, cultural y religiosa y sobre todo se siente cuando los intereses del *Gau* vienen a coincidir, como en el caso de una guerra o de un desplazamiento en masa, y se hace necesaria la elección de un rey *(König* o *Herzog,* de «Heer»= ejército, y *zog*= jefe).

Quizás un intento de dar vida a una organización mas estable debe verse en las asambleas armadas que tenían lugar anualmente; pero estamos muy lejos de la verdadera organización estatal, que nace sólo en el momento en que se establece, por encima de la iniciativa y de los intereses de los individuos, la majestad de la ley: entre los germanos el ejercicio de la justicia está confiado a los privados; es natural (o mejor, obligado) el que la *sippe* ofendida ejerza el derecho de venganza *(faida)* sobre la del ofensor, y que este derecho-deber se transmita de padres a hijos como una herencia. Sólo con el paso del tiempo la ley del talión («ojo por ojo, diente por diente») será sustituida por la compensación en dinero, o *wergeld,* lo que comportará la institución de jurados llamados a establecer la cuantía del daño. Pero perdurará todavía durante mucho tiempo la primitiva usanza de confiar los casos dudosos al resultado de pruebas inhumanas (como zambullirse en aguas heladas o pasar entre las llamas) llamadas *ordalías* o *juicios de Dios* porque se presumía que Dios favorecería al inocente. En cualquier caso la concepción del derecho fue *personal:* es decir, cada uno respondía de los propios actos en base a las leyes de su pueblo. Entre los romanos, por el contrario, estaba vigente la concepción *territorial,* según la cual el delito es juzgado

en base a las leyes del territorio en que se hubiese cometido.

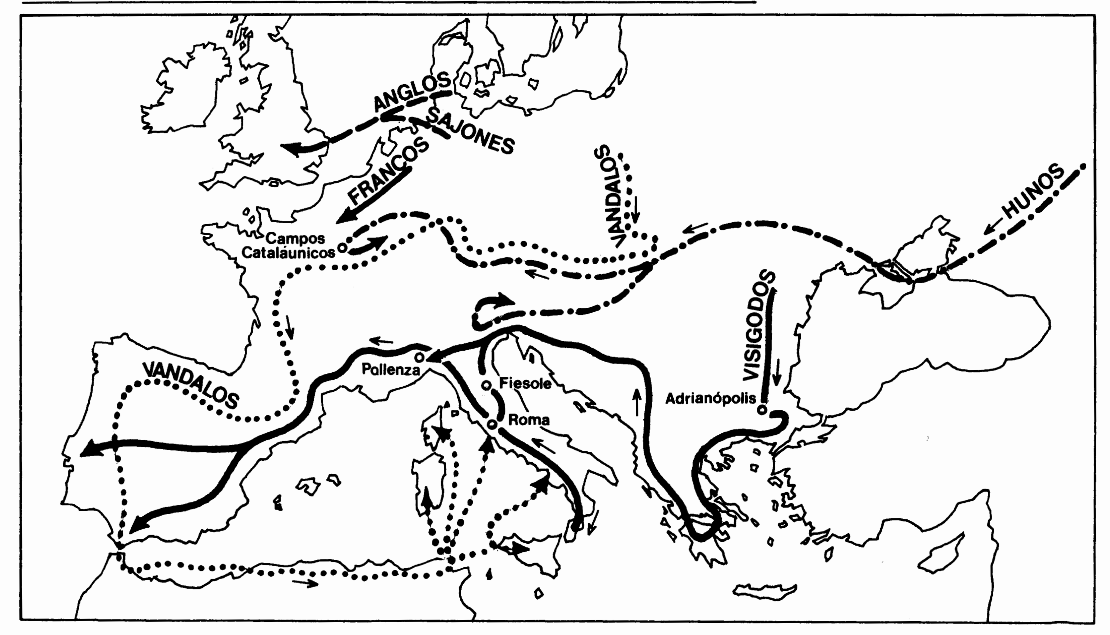
Personal es también la relación que liga al rey a los *adalingos,* es decir, los nobles del séquito *(trustis).* Estos le obedecen porque su amistad es un honor, no porque sea el jefe del estado. La sociedad germánica es por tanto una sociedad primitiva y simple, como por lo demás son sencillas sus formas de vida y su economía: las viviendas patriarcales no son más que cabañas de troncos y de barro amasado. Una agricultura rudimentaria, la caza, la pesca y el pastoreo suministran el sustento a la familia, además de las correrías por campo enemigo. También la composición social es elemental y se articula en pocas clases: los hombres libres, o *hermanos* (*heermannen,* hombres del ejército), entre los que sobresalen los adalingos; los semilibres, o *aldios* (sometidos o prisioneros de guerra); por último los *esclavos.* Elemental es también su religión, politeísta y naturalista. De hecho adoran a personificaciones de las fuerzas de la naturaleza como *Baldur,* el dios del sol, *Thor,* el dios de las tempestades, *Freia,* la tierra, *Wotan* u *Odín,* el dios de la guerra y del viento.

La dinastía de Teodosio y las invasiones (395-455)

En el momento de la subida al trono de Arcadio y de Honorio el hecho nuevo estaba representado por la posición de preeminencia que los bárbaros habían asumido en el Imperio. Controlaban como *hospites* vastos territorios, constituían el nervio de los ejércitos y tenían gran influencia también en la corte. Teodosio mismo había confiado la tutela del pequeño Honorio al vándalo *Estilicón,* mientras en la corte de Bizancio creció la influencia del godo *Rufino.*

De la hostilidad entre los dos se aprovechó el rey de los visigodos, *Alarico,* que, instigado por Rufino, invadió el Ilírico; fue vencido por Estilicón, pero en el 401 invadió Italia y asedió a Honorio en Milán, Honorio se refugió en la más segura *Ravena,* protegida por el mar y por los pantanos, que se convirtió en la *nueva capital de Occiden-*

Migraciones de los bárbaros en los confines del imperio romano



te (402). El año siguiente Estilicón derrotaba nuevamente a Alarico en *Verona* y en *Pollenzo.* En el 405 una horda de visigodos, vándalos y hunos al mando de *Radagaiso* penetró en Italia. Estilicón los aplastó en *Fiésole* (406); pero para afrontarlos tuvo que desguarnecer las fronteras del Rin, a través de las cuales se lanzaron sobre la Galia alamanes, burgundios, vándalos, suevos, alanos, francos. Estilicón, caído en desgracia por estos reveses, fue hecho decapitar (408).

Su desaparición dejó campo libre a Alarico, que en el 410 *tomó Roma y la saqueó.* El saqueo fue mucho menos cruento y desastroso de lo que se cree; sin embargo, el hecho mismo de que la Urbe a la que miraban con reverencia los propios germanos, hubiese caído como presa de un bárbaro, produjo una enorme conmoción. A los cristianos les pareció la prueba de la futilidad de las cosas terrenas, y S. Agustín se inspiró en ello para escribir la «Ciudad de Dios». A los paganos les pareció por el contrario la señal de la ira divina por el abandono de la vieja religión.

Muerto Alarico, el nuevo rey *Ataúlfo* hizo las paces con Honorio, se casó con su hermana *Gala Placidia,* que él ya tenía como rehén, y recibió el permiso de establecerse en Aquitania. A Honorio le sucedió el jovencísimo sobrino Valentiniano III (425-455), hijo del general Constancio y de Gala Placidia, que se había quedado viuda de Ataúlfo poco después de la boda. Vándalos y hunos causaron estragos en su reino. Los vándalos, oprimidos por los visigodos, pasaron en el 429 a Africa al mando de *Genserico* (429-477) y la conquistaron hasta Tripolitania. Al ser los únicos bárbaros navegantes, ocuparon las islas del Tirreno y se dedicaron a recorrer los mares, interceptando, entre otras cosas, el aprovisionamiento de trigo de Africa.

Entretanto el rey de los hunos, *Atila,* al que los cristianos llamaban «el azote de Dios», había creado un inmenso imperio, englobando en él centenares de tribus subyugadas. En el 450 los hunos invadieron Galia, *Aecio,* el último gran general romano, con el apoyo de francos, visigodos y

burgundios los venció en los *Campos Cataláunicos* cerca de Troyes (451) y los rechazó. El año siguiente Atila volvió a la *ofensiva* en Italia; destruyó Aquileia y se dirigió a Milán; pero llegado al Mincio, tras un coloquio con el Papa León I el Magno, inesperadamente volvió a Panonia, contentándose con un tributo. Murió el año siguiente, y su desorganizado imperio se disolvió.

Muchas conjeturas se han hecho sobre este brusco retorno de Atila: la voz popular atribuyó el mérito de ello al papa, cuyo prestigio, ya grande por haber conseguido la confirmación de la supremacía del obispo de Roma por el concilio de Calcedonia (451), creció hasta tomar dimensiones legendarias. Más probable es que Atila temiese un ataque de Aecio o de Oriente.

La dinastía de Teodosio se encaminaba entretanto hacia la extinción: ya se había extinguido en Oriente en el 450; en Occidente se extinguió en el 455, cuando Valentiniano III fue asesinado en venganza por los bucelarios de Aecio, el general que él había hecho asesinar por causas no bien precisadas, tal vez por miedo al prestigio cada vez mayor del victorioso general.

Aquel mismo año *Roma fue de nuevo tomada y saqueada,* esta vez por los vándalos de Genserico. El saqueo duró 15 días, pero la intervención de León I mitigó un tanto su ferocidad.

El fin del Imperio de Occidente

Tras la muerte de Valentiniano III el Imperio de Occidente estuvo prácticamente en manos de jefes germanos como Gundebaldo *Gundobado* y *Recimero,* que aclamaron y depusieron emperadores a su arbitrio. En el 475 un noble romano, Orestes, puso sobre el trono a su propio hijo *Rómulo,* llamado despreciativamente *Augústulo* (emperadorcillo) por el emperador de Oriente Zenón. En el 476 otro jefe germano, *Odoacro* (quizás un hérulo), le depuso, y en vez de instalar sobre el trono a un protegido suyo,

envió a Bizancio las enseñas imperiales. *El imperio de Occidente dejaba así de existir,* y se venía a encontrar, al menos de nombre, bajo la soberanía del emperador de Oriente.

Para sí, Odoacro sólo pidió el título de *patricius,* que legalizaba su poder respecto a la población romana. Su gobierno fue pacífico y suave, y no tuvo que lamentarse de él más que algún latifundista, al que le fueron confiscadas las tierras para distribuirlas entre los germanos que habían apoyado el golpe de estado.

Establecimiento de los Germanos en Occidente

El asentamiento de los pueblos germánicos en el Occidente romanizado llevó a la constitución de los siguientes reinos romano-germánicos:
Reino de los Vándalos, inicialmente en España y después (429-534) en las costas de Africa septentrional y en las islas del Tirreno.
Reino de los Suevos (409-575) en el noroeste de la Península Ibérica.
Reino de los Visigodos (419-711) en la Galia meridional y en España.
Reino de los Burgundios (443-534) en la cuenca del Ródano en Galia.
Reinos Anglo-Sajones (aproximadamente 450-1066) en Inglaterra.
Reino de los Francos inicialmente en el bajo Rin.
Reino de los Ostrogodos (493-553) en Italia.

En Galia, entre Visigodos, Francos y Burgundios, surgió también un reino romano por obra de *Siagrio* (464-486), un latifundista de Lyon.

La supervivencia de estos reinos estaba subordinada, naturalmente, a la colaboración del evolucionado elemento romano. Todos los reyes germanos que seguían siendo reyes de sus pueblos se preocuparon de procurarse una apariencia de legalidad ante los romanos, haciéndose

conferir por el emperador de Bizancio el título de *patricius.* Pero la sanción legal no bastaba para eliminar los roces que *nacían* del desnivel de cultura, de la distinta concepción del derecho, de las divergencias de carácter religioso, del mismo estado de postración económica, agravado por las incautaciones a veces insensatas que llevaron a cabo los germanos.

Se sumaron después gérmenes de debilidad en la misma sociedad de los vencedores: la diferenciación en ricos y pobres, causada por su nueva condición de possessores y la crónica insubordinación de los jefes. Por estas múltiples razones todos los reinos bárbaros, a excepción del de los francos, se encaminaron hacia una más o menos rápida disolución.

Los *Vándalos* no buscaron ningún entendimiento con las poblaciones, a excepción del último rey, Hilderico, que sin embargo fue depuesto por los jefes.

También la invasión de los *anglos,* de los *sajones* y de los *jutos* en Bretaña fue desastrosa para las poblaciones célticas, que buscaron refugio en Irlanda, en Escocia y en Bretaña. Al principio se tuvieron siete reinos (la llamada *Heptarquía):* Northumbria, Estanglia, Mercia (anglos), Essex, Sussex, Wessex (sajones) y Kent (jutos). La unificación del país fue emprendida después por los soberanos del Wessex.

Más prudente fue el dominio de los *burgundios.* Tuvieron leyes escritas, aunque tardías (616) y distintas para bárbaros y romanos. Rechazados por el clero en cuanto arrianos, y atacados por los francos, supieron ingeniárselas convirtiéndose a su vez y apoyándose en Teodorico; pero terminaron igualmente sucumbiendo ante el expansionismo franco *(batalla de Autun,* 534).

El reino de los francos bajo los primeros Merovingios

El único superviviente de todos los reinos romano-germánicos fue, como se ha dicho, el de los *francos.* Entre

las muchas tribus que componían este pueblo se habían ido afirmando los francos *salios,* cuyo legendario jefe, *Meroveo,* combatió, al parecer, junto a Atila en los Campos Catalaúnicos. El artífice de la potencia merovingia fue *Clodoveo* (481-511), que conquistó el reino de Siagrio (486), sometió a los alamanos *(batalla de Tolbiac,* 496), impuso un tributo a los burgundios (500) y redujo el territorio de los visigodos en Galia sólo a la Septimania (507). Tal impetuosa expansión se explica con la conciliante política que Clodoveo puso en práctica con los galo-romanos, y con su pronta *conversión del paganismo al catolicismo,* que le valieron la simpatía de las poblaciones y el apoyo del clero. Sus sucesores fueron también capaces de someter a los burgundios (534) y a los bávaros (539) y obtuvieron de Amalasunta, regente de los ostrogodos, Suabia y Provenza. Pero el reino estaba condenado al debilitamiento: considerado (según la costumbre germánica) patrimonio personal del soberano, a la muerte de éste de hecho se repartía regularmente entre los herederos. *Clotario I* (558-561) lo reunificó, pero nuevas divisiones llevaron a la constitución de los tres reinos de *Austrasia* (capital Reims), *Neustrasia* (París) y *Borgoña* (Orleans). Una nueva reunificación costó a *Clotario II* (613-629) fuertes concesiones en favor de la aristocracia: las distintas regiones tuvieron una amplia autonomía bajo un *mayordomo (maior domus=* maestre de palacio), que era también jefe de los nobles *(antustiones).* Ni siquiera *Dagoberto* (629-639), el último gran rey merovingio, pudo cambiar este estado de cosas.

Los ostrogodos en Italia

El reino de Teodorico

El gobierno de Odoacro en Italia fue, como se ha dicho, muy suave. Con la Iglesia, aunque arriano, mantuvo buenas relaciones, e incluso la defendió con ocasión del *cisma de Acacio* (484-519), que por vez primera la separó

de la de Oriente. Acacio, patriarca de Constantinopla, había tratado, con el aval de Zenón, de conciliar la ortodoxia católica con el monofisismo.

Odoacro por su parte se había lanzado a una política de expansión en Dalmacia y el Nórico, había tomado Sicilia de Genserico, y había terminado por preocupar a Zenón. Este, fiel a la política de enfrentar bárbaros con bárbaros, acogió por ello con favor el proyecto del rey de los ostrogodos, *Teodorico* (que se había educado en la corte bizantina), de establecerse con su pueblo en Italia. En el 488 Teodorico partió de Mesia con sus doscientos o trescientos mil ostrogodos. Odoacro, varias veces vencido, se encerró en Ravena, y no se rindió hasta después de obtener la promesa de salvación de la vida y de participar en el gobierno. Poco después, sin embargo, Teodorico le hizo asesinar (493).

El reino ostrogodo nacía, al menos en teoría, bajo auspicios mucho más prometedores que los de los demás reinos germánicos. En primer lugar, la toma de posesión ocurría con todos los visos de legalidad: como *patricius Romanorum,* es decir, como vicario imperial, Teodorico se comprometía a no acuñar moneda y a no dictar leyes, sino sólo edictos. Además se predisponía una base de convivencia, con un claro programa de gobierno: cada uno de los dos pueblos debería desempeñar las misiones que le fuesen más apropiadas, es decir, los romanos las civiles, los godos las militares.

A los romanos se les dejó su legislación, y las causas entre godos y entre romanos fueron por tanto juzgadas por tribunales diferentes. El *comes Gothorum,* que juzgaba las causas mixtas, era asistido por magistrados romanos. Este respeto por las tradiciones romanas (y por el equilibrio social existente) grangeó a Teodorico el apoyo de las clases altas: senadores como Liborio, Casiodoro, Boecio, Símaco, tuvieron gran influencia en la corte. La asignación de las tierras a los godos fue dirigida por Liborio y no dejó demasiadas consecuencias. Por lo demás, los latifundistas vieron reforzados sus poderes sobre

los colonos. Nada se intentó para sanar los males que desde hacía mucho tiempo afligían a la sociedad itálica: el excesivo fiscalismo, los privilegios de los ricos, la decadencia de las ciudades, la crisis de las clases medias.

La Iglesia, al encontrarse en pugna con Bizancio, mantuvo inicialmente relaciones bastante buenas con el rey arriano. El choque con Bizancio se agravó en el 494, cuando el papa *Gelasio,* en oposición al cesaropapismo bizantino, formuló la llamada *tesis de la distinción de los dos poderes:* el emperador es soberano en materia civil, pero en materia de fe «debe plegar humildemente la cabeza ante los obispos».

En política exterior Teodorico, por lo que parece, trató de crear un vasto imperio, con un gran despliegue de actividades militares y diplomáticas: estrechó las relaciones de amistad y de parentesco con otros reyes dándoles como esposas mujeres de la propia familia (él desposó a una hermana de Clodoveo); intervino en favor de los burgundios (y consiguió parte de Baviera) y de los visigodos (y consiguió Provenza); conquistó Retia, el Nórico, Mesia, Dalmacia y Panonia.

Pero en el interior su programa iba muy pronto a revelarse como ilusorio. La política de conciliación descontentaba a la facción intransigente: faltaba totalmente la voluntad para la fusión de los dos grupos. En Bizancio se miraba con creciente desconfianza al expansionismo godo. Por último sobrevino el conflicto con la Iglesia. En el 518 subió al trono de Constantinopla Justino I, que se apresuró a hacer la paz con el papa (519): La Iglesia no tenía ya por tanto motivo alguno para apoyarse en Teodorico. En el 523, además, Justino publicó un edicto contra los herejes, comprendidos por tanto los godos que eran arrianos. Desde este momento el choque con la Iglesia se hizo frontal, y los últimos años de Teodorico fueron un seguirse de violencias, precisamente porque el rey estaba convencido de haber actuado del modo menos lesivo respecto al elemento romano. Muchos senadores, entre ellos Severino Boecio, fueron metidos en prisión, donde

murieron. La misma suerte le cupo al papa *Juan,* enviado sin fruto a Oriente a pedir la anulación de las sanciones antiarrianas. Poco después moría también Teodorico (526).

La cultura en la Italia ostrogoda

Los godos, tanto los del Este (ostrogodos) como los del Oeste (visigodos) son pueblos que han vivido muchos años en contacto con la cultura y la vida romana. Esto se ha de notar en Italia, sureste de Francia y en España donde se instalaron los godos. No hay que olvidar, por ejemplo, que el rey ostrogodo Teodorico (ca. 454-526) había vivido diez años como rehén en Constantinopla donde entró por lo tanto en contacto con la cultura grecolatina de la época. Sabemos que vestía a la romana y sentía admiración por la Roma imperial. Cuando entra en Roma en el año 500, organiza juegos y dirige una arenga al senado como si fuera un legítimo sucesor de los emperadores. Nada, pues, de extraño que Teodorico tomara como colaboradores de su corte en Ravena a romanos eminentes como Casiodoro a quien encargó la administración y Boecio a quien nombró *magister officiorum* (510). Eran hombres cuya cultura no le resultaba extraña a Teodorico.

Anicius Manlius Boetius (ca. 480-524) era hijo de un cónsul y él mismo fue designado por el senado para parlamentar con Teodorico antes de que éste entrara en Roma. Boecio era un discípulo de Festo y Símaco y había completado su formación en Atenas. Si el rey ostrogodo le incorporó a su corte, fue porque se sentía continuador de la política romana de Occidente. Si después cayó en desgracia no fue por su romanidad sino precisamente porque, a los ojos del ostrogodo, Boecio aparecía como traidor al imperio romano de Occidente ya que defendía a un senador (Albino) que estaba acusado de connivencia con el emperador de Oriente. De todos modos, Boecio es el eslabón que mantiene la unión entre la cultura grecorromana del imperio y la monarquía bárbara de los ostrogo-

dos. Boecio traduce y comenta toda la obra lógica de Aristóteles: las *Categorías* y *de la Interpretación* que constituían lo que en la Edad Media se llamó *Logica Vetus,* y los *Tópicos* y *Analíticos* primeros y segundos. Tradujo además los *Elementos* de Euclides. Su obra original más famosa es La *Consolación de la Filosofía* en la que Boecio sigue la más pura tradición romana de reflexión culta al estilo de Cicerón, Séneca o Quintiliano. La influencia de Boecio en la Edad Media fue enorme sobre todo a partir del s. IX cuando sus obras, traducciones y comentarios son leídos en las escuelas de palacios, catedrales y monasterios. Por su medio se conoce a Aristóteles y las teorías del neoplatonismo.

Discípulo de Boecio fue Casiodoro (Flavius Magnus Aurelius Casiodorus) que entró en la corte de Teodorico como encargado de la Administración. Continuó en sus cargos después de la muerte del rey. Hecho prisionero por el general Belisario cuando la reconquista de Ravena por los bizantinos, fue trasladado a Constantinopla donde colaboró con los conquistadores.

Dejando la política intenta fundar en Roma, en colaboración con el papa Agapito, una institución cultural pero el estado de contínuas inquietudes y guerras no le permite llevar adelante el plan. Sin embargo Casiodoro funda un monasterio, *Vivarium,* en *Squillace* (Esquilache) donde posee unas propiedades y crea en él un magnífico centro de cultura y religiosidad. Hace que los monjes aprendan ortografía y puntuación con el fin de que puedan leer y entender bien la Biblia. Organiza talleres de copistas con los que va creando una biblioteca de manuscritos. Traduce al latín las *Antigüedades* de Josefo y las homilías de S. Juan Crisóstomo. Además de la *Ortografía,* escribe unas *Instituciones* que sirvieran como manual de cultura para los monjes.

Las *Instituciones* constan de dos libros, el primero dedicado a las letras sacras y el segundo a las profanas. Su éxito fue enorme y sirvió de manual durante varios siglos. Otra obra de Casiodoro, también de gran influjo,

fue *Enarrationes in Psalmos.* Para Casiodoro, en efecto, la Biblia es la *obra completa* donde se puede aprender todo: a leer, a componer literariamente, ciencias, historia, filosofía, aunque éstas se hallan expuestas *en alegoría* y hace falta saber interpretarlas. No es que Casiodoro desprecie la ciencia humana del Trivio y Cuadrivio. Es necesario dedicarse a las Siete Artes, por supuesto, pero sabiendo siempre que todas ellas se hallan ya en la Biblia «como el vino en el racimo o el árbol en la semilla». Su *Crónica* (o *Historia de los Godos)* contiene datos de gran interés.

Los visigodos en España

Penetración de los germanos en España

En el siglo IV España sufría, como todas las provincias, los efectos de la crisis política y social del Imperio Romano. La fachada del Imperio se conservaba pero hacía tiempo que las legiones romanas, incluso muchos de sus jefes, eran en realidad germanos. Muchos de los trabajadores del campo, esclavos y libres e incluso propietarios, eran «gentes bárbaras» venidas del exterior. Hoy no se entiende ya la invasión de los germanos como una avalancha repentina que cae sobre las fronteras romanas y la inunda todo como una torrentera, sino como un lento proceso en que las gentes «extrañas», que eso eran los bárbaros, van llenando los vacíos (de poder, de defensa, de trabajo) que se van produciendo sin cesar en el Imperio.

Cuando en el 409, los primeros «germanos» penetraron en España, Occidente se hallaba en plena contienda civil entre el emperador Honorio y los pretendientes Constantino y Máximo. Se trataba de grupos de alanos, vándalos y suevos que habían recorrido Europa y penetraron en la península en busca de tierras en que instalarse. Los alanos eran restos de un reino destruido por los hunos. Los suevos y los vándalos eran germanos. Su

entrada en España no pudo ser más destructora. Durante dos años entraron a sangre y fuego en pueblos y ciudades. El saqueo y la destrucción estaban a la orden del día. El hambre y el miedo hizo presa de los hispanorromanos que en vano esperaban auxilio de Roma. La ficción del Imperio que se había mantenido durante años aunque vacía de realidad, había caído ya estrepitosamente. Las provincias eran como unas velas hinchadas pero sin barco. Por otra parte, estas primeras oleadas que llegaban a España no traían ideas de imperio, ni siquiera de nación sino simplemente ansias de seguridad de asentamiento en tierras fructíferas. Los suevos y los vándalos asdingos ocuparon Galicia, los alanos la provincia cartaginense y la lusitana, es decir, el centro peninsular de costa a costa, y otro grupo de vándalos (los silingos) la Bética. Pero no serán estos los que den nueva personalidad a la España romana. Hay otros germanos, los visigodos o godos del oeste, que llevan ya años de relación amistosa con los romanos. En efecto, los visigodos instalados en Tracia habían conseguido un *foedus* o tratado con Roma, según el cual Roma se comprometía a proporcionarles tierras y suministros y ellos se comprometían a defender las fronteras romanas. Pronto los visigodos romperían este tratado y pasando el Danubio se presentarían a las puertas mismas de Roma, saquearían la ciudad y hasta se llevarían prisionera a la hermana del emperador Honorio, Gala Placidia.

Alarico, el gran jefe visigodo, muere poco después de esta victoria aunque sin haber conseguido su sueño de pasar a Africa con sus huestes. Su sucesor, Ataúlfo, sería quien entrase en España. En efecto, después de haber concertado un *foedus* y romper con él, se casa con Placidia a despecho de Honorio y hostigado por el general imperial Constancio, sale de la Galia y pasa a la provincia Tarraconense, la única que las invasiones anteriores habían dejado sin ocupar. Sin embargo no sería este el establecimiento definitivo de los visigodos en España. Muerto Ataúlfo en Barcelona, sus sucesores se vuelven a establecer en Francia, no sin antes haber aniquilado y arrojado de la Península a los alanos y vándalos silingos

de la Bética. Como premio de ello Constancio concierta un *foedus* con el rey visigodo y le proporciona tierras en la Galia. Los vándalos del norte abandonan también España y sólo quedan en Galicia los suevos. Como estos se niegan a reconocer al nuevo emperador Avito, los visigodos penetran de nuevo en España y luchan contra los suevos, teóricamente defendiendo al emperador pero en realidad con ánimo de quedarse ya definitivamente en España. Los visigodos no eran tan «bárbaros» como a veces se les supone pues llevaban ya muchos años de contacto con gentes romanizadas. Por otra parte eran ya cristianos aunque profesaban el credo arriano, lo que les había de acarrear serios problemas en la Península.

El rey visigodo Eurico es quien alienta desde Francia la conquista española porque sabe que Roma no tiene ya poder para oponerse. Desmantelado el último simulacro imperial con la destitución de Rómulo Agustulo por Odoacro, los visigodos actúan con plena independencia y con idea bastante clara de proceder a crear una nación propia. Los francos presionaban en la Galia ya que el católico Clodoveo tenía todo el apoyo de las iglesias y el pueblo galorromano. Alarico II es derrotado y muere en la batalla de Vouillé cerca de Poitiers (507). Su sucesor Gesaleico tiene que abandonar definitivamente el reino de Tolosa, pasa a Barcelona y luego a Africa.

La derrota de los visigodos frente a los francos llevó consigo la pérdida de gran parte de los territorios galos, excepto en la Septimania al N. del Pirineo Oriental y en la costa occidental del Mediterráneo de la actual Francia, con su capital en Narbona. Con ello, gran parte de los visigodos antes establecidos en las Galias fueron pasando a España. Es difícil calcular el número de visigodos que en diversas oleadas fueron penetrando en la Península Ibérica (tal vez unos 300.000 ó 400.000), pero ciertamente fueron una minoría respecto al total de habitantes de la Península (unos 8.000.000), constituidos predominantemente por hispano-romanos (descendientes de los hispanos plenamente romanizados), con otros grupos escasa-

mente romanizados (vascones, etc.), una importante minoría de judíos establecida en las ciudades y algunos grupos de extranjeros. Los visigodos no se repartieron de manera uniforme por toda la Península, sino que se asentaron predominantemente en algunas zonas, sobre todo en la meseta superior (cuenca del Duero). En ella se adueñaron de tierras a expensas de los antiguos propietarios hispano-romanos.

El reino visigodo de Toledo

Los invasores visigodos no se repartieron de manera uniforme por toda la Península. Se asentaron preferentemente en algunas zonas de las dos mesetas (cuenca del Duero, tierras de Segovia, tierras de Toledo), fijaron su capital en Toledo y lentamente fueron afianzando su dominio en toda España. Durante mucho tiempo estuvieron en pugna con los suevos, sólidamente asentados en la actual Galicia y N. de Portugal. Aunque el reino suevo adolecía de falta de unidad interna, constituyó un contínuo obstáculo a la dominación visigoda durante casi ochenta años, hasta ser totalmente conquistado el año 584 por el rey Leovigildo. Inicialmente hubo otras regiones, como Sabaria (en tierras de la actual provincia de Zamora), Oróspeda (región no localizada exactamente, tal vez en tierras de la actual Murcia) y los territorios de los cántabros y de los astures, que se resistieron tenazmente al dominio visigodo y sólo fueron sometidos por Leovigildo (573-586).

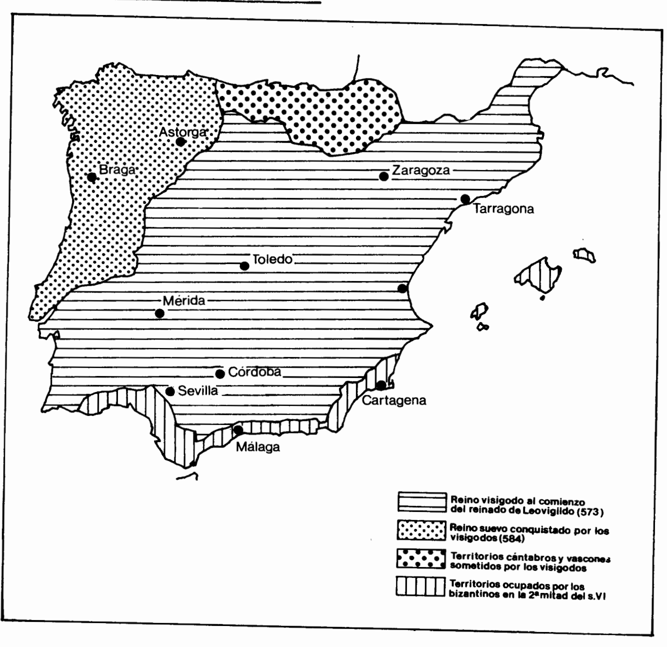
Un serio problema para la unidad territorial de la *Hispania* visigoda fue la concesión de tierras hecha a los bizantinos por el rey Atanagildo (549-554) en sus luchas contra Agila. Esas luchas coincidieron con la política de expansión imperialista del emperador de Bizancio, Justiniano, que pretendía restaurar el Imperio Romano en todo el Mediterráneo. Los bizantinos intervinieron en la guerra civil a favor de Atanagildo y en recompensa mantuvieron bajo su poder extensos territorios del Sur y Levante.

Aunque en diversas campañas los monarcas visigodos fueron reduciendo el territorio ocupado por los bizantinos, su definitiva y total expansión sólo tuvo lugar en tiempo del rey Sisebuto (616-621).

El último reducto de la península que resistió al dominio visigodo fue el territorio de los vascones, conquistado por Suintila el año 624 y nunca plenamente sometido.

Para lograr la unidad del reino visigodo fue preciso superar ante todo el dualismo existente entre la minoría goda, muy superior en número, dominante por su poder político y militar, y la población hispano-romana, sometida políticamente, pero dominante en los campos económico y cultural. Durante la época en que los visigodos vivieron dentro de los límites del Imperio romano en

Los visigodos en España



calidad de aliados *(foederati)* eran considerados como *barbari,* los matrimonios mixtos estaban rigurosamente prohibidos, la confesión religiosa era distinta (arrianos los visigodos, católicos los galos e hispano-romanos) y cada pueblo se regía por sus propias leyes. El acercamiento de ambos sectores de la población se fue produciendo progresivamente. En tiempo de Leovigildo (573-586) se permitieron oficialmente los matrimonios mixtos, se estableció la unidad de jurisdicción, de forma que fueran los mismos tribunales los que juzgaban a visigodos e hispano-romanos, y se abolieron los privilegios sociales de los visigodos. La romanización cultural de los visigodos era ya muy profunda antes de su llegada a España y continuó tras su asentamiento en la Península. Esto hizo que, aunque oficialmente los cuerpos legales por los que se regían fuesen probablemente diferentes *(Código de Eurico* para los visigodos, *Ley Romana de los Visigodos* para los galos e hispano-romanos), en realidad el derecho contenido en el Código de Eurico no fue derecho germánico claramente distinto y opuesto al derecho romano vulgar, débilmente germanizado. Con ello la teórica dualidad de derechos no fue tan grave como aparece a primera vista. Esa dualidad quedó superada por diversas leyes aisladas que tenían carácter territorial y afectaban a toda la población del reino y definitivamente en el reinado de Recesvinto (653-672), que unificó toda la legislación al promulgar un código (la *Ley de los Visigodos,* llamada también *Liber iudiciorum,* traducción al castellano en el siglo XIII, *Fuero Juzgo),* que afectaba tanto a la minoría visigoda como al resto de la población.

Un avance importante para la consolidación del reino visigodo fue la consecución de la unidad religiosa a finales del siglo VI. Los visigodos, al hacerse cristianos en el siglo IV, habían adoptado el arrianismo por la predicación del obispo arriano Ulfila (ca. 341-383), que procedente de Bizancio enseñó durante 40 años a los godos, todavía instalados en la región del Danubio y los Balcanes, el cristianismo arriano y tradujo la Biblia al gótico. Los visigodos mantuvieron su fe y su jerarquía episcopal

arriana, lo que les ocasionó graves problemas político-religiosos con la población galorromana a finales del siglo V y comienzos del VI. En Hispania continuó esa tensión entre la minoría visigoda arriana y la mayoría hispanorromana católica. Leovigildo (573-586), el gran monarca visigodo que trabajó con éxito en la consolidación y unificación del reino, intentó la unidad religiosa dando facilidades a la población hispanorromana para convertirse al arrianismo. La invitación y la dura campaña de confiscación de templos a los católicos no tuvo éxito. Por el contrario, su hijo Hermenegildo, gobernador de Sevilla, se convirtió al catolicismo hacia el 580 por influjo de su mujer, la franca Ingunda, y del arzobispo de Sevilla San Leandro. La conversión de Hermenegildo tuvo pronto complicaciones políticas: su padre le llamó a Toledo y Hermenegildo no acudió y buscó en cambio apoyo en los bizantinos y suevos. Ante la franca rebeldía, Leovigildo compró con dinero la neutralidad de los bizantinos, logró la retirada de los suevos, atacó a Sevilla y luego a Córdoba, donde fue hecho prisionero Hermenegildo (584). Al año siguiente, Hermenegildo, preso en Tarragona, fue asesinado tras negarse a recibir la comunión de un obispo arriano.

La unificación religiosa fue lograda por Recaredo (586-601), hijo de Leovigildo y hermano de Hermenegildo, que cambió el sentido de la política religiosa de su padre. Recaredo se convirtió al catolicismo el 587 por influjo de San Leandro y tal vez por recomendación de su padre, convencido del fracaso de su política. Tras su conversión exhortó a los magnates y obispos arrianos a que le siguieran y en el Concilio III de Toledo (mayo 587) proclamó solemnemente la fe católica del pueblo godo. Los obispos y magnates godos profesaron su nueva fe y Recaredo anunció que en adelante protegería a la Iglesia.

La monarquía visigoda tuvo su punto más débil en la designación del monarca. Tradicionalmente fue electiva de acuerdo con la costumbre goda, de forma que al morir un rey, su sucesor debía ser designado originariamente

por el ejército según el viejo uso germánico y más tarde por una asamblea de los principales magnates visigodos. Sin embargo, desde muy pronto fue frecuente la ocupación del trono mediante el regicidio. Así llegarón al trono varios de los grandes reyes godos, comenzando por Eurico.

Al convertirse Recaredo al catolicismo, la Iglesia pasó a ejercer una fuerte influencia política por medio de los Concilios de Toledo. En el IV (632), ante el que compareció el rey Sisenando (631-636), que un año antes había destronado por la fuerza a Suintila, los padres conciliares establecieron los principios políticos de la legitimidad del poder real, determinando: que los reyes pierden su legitimidad cuando actúan despóticamente; que es ilegítima la adquisición del poder por regicidio o destronamiento: que el rey legítimo ha de ser elegido por una asamblea de magnates y obispos reunidos al morir el rey anterior; que el juramento de fidelidad de los súbditos al rey es sagrado. Sin embargo, esas normas fueron ineficaces para evitar nuevos destronamientos y los mismos Concilios de Toledo no fueron capaces de mantener esos principios y se doblegaron ante nuevos reyes que llegaron al trono destronando por la fuerza a su antecesor. El año 646 el VII Concilio de Toledo confirmó la legitimidad del poder y de las medidas de Chindasvinto (642-653), que había llegado al poder destronando a Tulga, y que para asegurarse contra posibles rebeliones había hecho matar a multitud de magnates y confiscar sus bienes. Recesvinto (653-672), hijo de Chindasvinto, llevó a cabo con tacto una política de unificación y robustecimiento nacional; pero a su muerte se puso de manifiesto nuevamente la debilidad de la monarquía visigoda. Los magnates godos eligieron rey a Wamba (672-680), que hubo de luchar con mano dura contra otros magnates (Hilderico y Paulo), que pretendían el trono, y finalmente cayó víctima de una intriga en la que le hicieron ingerir un narcótico y estando inconsciente le raparon el cabello para imponerle la tonsura clerical, que le inhabilitaba para seguir ejerciendo el poder real. Su sucesor Ervigio (680-687), probable promotor de la intriga,

halagó a la nobleza y al episcopado y fue apoyado por el Concilio XII de Toledo (681), que aceptó una benévola versión de los hechos y liberó al rey y a los súbditos del juramento prestado a Wamba.

Al complaciente Ervigio le sucedió su yerno Egica (687-702), que a la vez era sobrino de Wamba, todavía vivo y recluido en el monasterio de Pampliega, cerca de Burgos. El Concilio XV de Toledo (688) desligó a Egica del juramento de fidelidad prestado a su suegro y antecesor. Fueron varias las conspiraciones de nobles que reprimió con gran dureza. Todavía en vida de Egica, fue asociado al trono (700) su hijo Vitiza (702-710). Para entonces, los árabes habían ocupado ya el N. de Africa e incluso habían intentado un desembarco de tanteo en la Península. En Tánger y Ceuta los rechazó el conde Julián (o Urbano), gobernador visigodo, que al verse privado de auxilios militares hubo de pactar con el jefe árabe Muza. Al morir Vitiza surgió una fuerte tensión entre los partidarios de su familia (hermanos e hijos) y los de Rodrigo (710-711), elegido rey. Los vitizanos llamaron en su ayuda a los árabes, probablemente por mediación de Julián, el antiguo gobernador visigodo de Tánger. El jefe árabe Muza envió un ejército, compuesto básicamente de bereberes, al mando de Tariq. El ejército árabe se enfrentó el 19 de julio de 711 con el visigodo, probablemente en las orillas del río Guadalete. Tras varios días de combate (hasta el 23 ó 26 de julio), el rey Rodrigo fue totalmente vencido y probablemente perdió la vida. Parece que los magnates vitizanos que mandaban secciones del ejército visigodo abandonaron al rey durante la batalla. En ella quedó aniquilado todo el poder militar del reino visigodo y los árabes, sin apenas resistencia, acabaron conquistando en pocos años la mayor parte de los territorios de la Península. En los no conquistados, que coincidieron con las zonas donde el dominio visigodo nunca había conseguido ser efectivo, no hubo una supervivencia del reino visigodo, que había quedado aniquilado. Todos estos acontecimientos implicaron una total ruptura de continuidad con el pasado y dieron comienzo a la Edad Media.

Economía y sociedad de la España visigoda

La vida económica de la Hispania visigoda fue fundamentalmente agrícola y ganadera (cereales, ganado caballar, vacuno, ovino y de cerda). La forma predominante de explotación fue el latifundio. Los latifundistas eran descendientes de los grandes propietarios hispanorromanos del Bajo Imperio y de godos que se habían apropiado de grandes extensiones y habían acrecentado sus tierras con concesiones hechas por el monarca. El centro del latifundio era la villa del propietario con sus dependencias (horno, molino, fragua, graneros, establos, etc.) y las viviendas de los siervos con los que explotaba directamente parte de sus tierras. La otra parte era cedida por medio de contratos agrarios de diverso tipo a colonos, encomendados, etc. Junto al latifundio siguió existiendo la pequeña propiedad, pero en condiciones cada vez más difíciles para el pequeño propietario.

En las ciudades y aldeas se practicó la artesanía en diversas modalidades: metalurgia (forja de armas y herramientas), curtido de pieles y cueros, producción textil. El comercio interior siguió las antiguas vías romanas y se mantuvo un cierto comercio con el exterior (Reino franco, Italia, Africa, Imperio Bizantino). Las ciudades mantuvieron externamente el aspecto que habían tenido en la época romana, pero decayó gran parte de la brillantez del nivel de vida (termas, teatro, circo) y cultura (escuelas, certámenes, bibliotecas).

En la sociedad de la España visigoda existió una pequeña y poderosa minoría noble, constituida por un lado por los linajes godos más poderosos y sus descendientes y por otro por grandes propietarios latifundistas hispanorromanos, que progresivamente fueron entrando en contacto y poniéndose al servicio de la monarquía visigoda. Los nobles fueron grandes propietarios, desempeñaron funciones de gobierno en la corte y en los diversos territorios.

En la estructura social de la nobleza y en su vinculación con el monarca aparecen claros elementos prefeudales:

los nobles prestan juramento de fidelidad personal al rey y éste les confiere cargos de confianza y les recompensa abundantemente con tierras. Por otra parte, los nobles en esas tierras se aseguran la adhesión de la población a cambio de su protección, con lo que en muchos aspectos se interponen entre el rey y los súbditos. Fue frecuente que los grandes linajes nobles con grandes propiedades e influjo se sustrajeran de hecho al poder real y constituyeran un grave peligro para la monarquía.

A nivel inferior existió abundante contingente de personas libres, constituido en las ciudades por artesanos, comerciantes, etc., de origen preponderantemente hispanorromano, y en el campo por pequeños propietarios descendientes de los pequeños propietarios hispanorromanos y de los visigodos que sólo se habían apropiado de extensiones reducidas. La suerte de los pequeños propietarios se fue haciendo cada vez más dura y fue cada vez más frecuente que para subsistir y no sufrir los abusos de fuerza de los poderosos terratenientes, tuvieran que buscar un patrono, al que prestaban servicios (tributos en metálico o en especie, servicio personal gratuito durante ciertos días, servicio militar, etc.), a cambio de su protección.

Además, ya desde la época del Bajo Imperio Romano, en el campo vivían numerosos colonos y siervos. Estos eran esclavos y carecían de todo derecho. Los colonos eran teóricamente libres, pero carecían de libertad de movimiento. Estaban hereditariamente adscritos a las tierras que cultivaban, que no podían abandonar.

En las ciudades importantes hubo además minorías judías enteramente separadas del resto de la población y objeto de una fuerte hostilidad, fomentada desde el punto de vista teológico por significadas figuras eclesiásticas y concretada en numerosas medidas legislativas contra ellos.

En las ciudades con vida mercantil intensa (puertos del Mediterráneo, algunas ciudades importantes del interior)

había comerciantes extranjeros procedentes de territorios como Africa, Siria, etc., con lo que existía un tráfico comercial relativamente intenso, sobre todo de artículos de lujo.

La cultura hispano-visigoda

La aportación cultural de los godos fue muy escasa. Durante su larga migración por tierras del Imperio se habían romanizado profundamente. Su cultura era en todos los campos, tal vez excepto el militar, inferior a la de la población romana. Su proporción numérica respecto a ésta hacía de ellos una minoría que se aculturizó rápidamente. Los principales representantes de la cultura en la Hispania goda fueron de origen hispano-romano. Las pocas personalidades de origen visigodo destacadas en el campo cultural habían asimilado plenamente la cultura romana. En el campo lingüístico el fenómeno de la aculturización se reflejó claramente en el hecho de que la lengua gótica desapareció pronto y sólo dejó al latín vulgar hablado en Hispania un reducido número de palabras relacionadas sobre todo con el mundo bélico, como guerra *(erra)*, ropa *(raupa)*, burgo *(burg)*, guardia *(Jardja)*, rico *(riks)*, etc.

En el campo de las letras la época visigoda fue claramente decadente, aunque en comparación con otros países de Occidente, Hispania ocupó el primer lugar en la producción literaria y el estudio de las letras. Destacaron historiadores como Orosio (390-418), Hidacio (390-470), Juan de Biclaro (540-621), y escritores eclesiásticos como San Martín de Braga (ca. 520-ca. 580), San Braulio (585-651), San Ildefonso (607-667) y el abad Tajón (ca. 600-680). Todos ellos escribieron en latín. En los numerosos monasterios y en algunas sedes episcopales hubo escuelas y bibliotecas, entre las que destacó la formada en Sevilla por San Isidoro la figura más destacada en el mundo cultural hispanovisigodo y pieza clave en la transmisión de la cultura antigua al Occidente altomedieval.

San Isidoro (560-636) fue hermano de S. Leandro, le sucedió en la sede de Sevilla. Presidió el II Concilio de Sevilla y el IV de Toledo en el que se declaró oficial el rito «mozárabe» llamado así porque lo conservaron los cristianos que quedaron luego bajo dominación árabe, San Isidoro estuvo considerado como el hombre más sabio de su tiempo; lo fue si no por la originalidad de su pensamiento sí por la extensión de su conocimiento de la cultura anterior. Nació en Cartagena y, como obispo de Sevilla, fue el alma de toda la vida cultural visigótica. San Braulio de Zaragoza dice de él «tras tantas desgracias, Dios le ha suscitado para restaurar los monumentos de los Antiguos y apartar de nosotros toda ocasión de envejecimiento de la ignorancia y le ha colocado junto a nosotros como una especie de tutor».

Isidoro resume, en efecto, en su obra cumbre, las *Etimologías,* todo el saber transmitido por el mundo antiguo. El título general de los 20 libros que componen la obra puede llamar la atención pero para San Isidoro, la etimología es de importancia capital ya que conociendo el origen de la palabra conocemos también su esencia misma de la cosa. De la amplia temática de las *Etimologías* nos da idea este somero índice de materias ordenado según los libros: 1.º) Gramática, 2.º) Retórica, 3.º) Quadrivium, 4.º) Medicina, 5.º) Derecho, 6.º, 7.º y 8.º) Ciencias sagradas, 9.º) Lengua, política, sociedad, familia, 10.º) Palabra, especialmente adjetivos, 11.º) El hombre y los monstruos, 12.º) Animales, 13.º y 14.º) La Tierra, 15.º) Edificios y caminos, 16.º) Los minerales, 17.º) Astronomía y botánica, 18.º) La guerra, los juegos, circo, teatro, 19.º) Naves, vestidos, 20.º) Cocina, vajilla.

Esta auténtica enciclopedia fue profusamente copiada en los monasterios y distribuida por todos los centros culturales de Occidente. El hecho de que hoy mismo se conserven todavía más de un millar de códices manuscritos de las *Etimologías,* nos da una idea de su extensión en el medioevo.

Pero además San Isidoro escribió numerosas obras exegéticas o comentarios de las Sagradas Escrituras como

Quaestiones in Vetus Testamentum, de controversia como *Contra iudaeos,* sobre disciplina eclesiástica como *Regula monacorum,* de historia como *Chronica maiora* (Historia Universal) e *Historia Gothorum* y de Ciencias Naturales como *De natura rerum.*

Boecio, Casiodoro, S. Isidoro, pasan la antorcha del saber antiguo al mundo dominado por los nuevos pueblos invasores: directamente a los ostrogodos y visigodos e indirectamente hasta los francos y anglosajones. Es algo que se debe tener en cuenta para apreciar en su justo término la ruptura de la tradición romana con la invasión de los bárbaros y la originalidad del *Renacimiento carolingio,* que no fue un partir de cero sino vitalizar una planta que, a pesar de vicisitudes adversas, se había conservado viva en diversas partes de la Cristiandad.

II. JUSTINIANO Y LA RECONQUISTA BIZANTINA DEL MEDITERRANEO

Solidez del Imperio de Oriente

A la ruptura de la unidad política en Occidente se opone en Oriente la solidez del imperio bizantino. Aquí el poder central ha ido acentuando su carácter absolutista. Las provincias dependen directamente del soberano, que las administra a través de *logotetos* (revisores de cuentas) y de una diligente burocracia, mientras que el poder militar es ejercido por *estrategas* que más tarde asumirán también los poderes civiles. Un reino, como se ve, romano de nombre pero helenístico-oriental de hecho. A partir del siglo VII, además, se helenizará del todo: el griego sustituirá al latín como lengua oficial, el soberano abandonará el título de *imperator* para asumir el de *basileus* (rey). La Iglesia está reducida a dócil instrumento de gobierno: el *basileus* nombra a sus jefes; no duda, para restablecer el orden, en imponer su punto de vista en materia de fe, un punto de vista que es casi siempre una solución de compromiso, como en ocasión del cisma de Acacio.

La potencia bizantina se basa en la eficacia del aparato militar. Una marina adiestradísima mantiene despejadas las rutas del Mediterráneo y del Mar Negro; el ejército, compuesto de soldados de reclutamiento y sólo en una mínima parte de mercenarios, está animado por un auténtico espíritu patriótico; una tupida red de fortificaciones

protege las fronteras contra germanos, eslavos y persas; por todas partes actúa una inteligente diplomacia, habilísima en suscitar rivalidades entre sus potenciales enemigos.

En la base de todo hay naturalmente una próspera situación económica. Mientras el Occidente se empobrece y retorna al intercambio en especie, y se hace más aguda la crisis de las clases medias, aquí la pequeña propiedad sobrevive gracias a la racionalidad de los cultivos, a las obras de regadío, a las leyes que frenan la invasión del latifundio; el artesanado produce productos manufacturados preciosos, cuya calidad y precio se someten a severa vigilancia; el comercio llega a la India y China, ayudado por la estabilidad de la moneda bizantina, el *besante de oro,* universalmente aceptado como mercancía de intercambio. Bizancio, Alejandría, Ravena, Antioquía, se convierten en centros muy florecientes. Ni siquiera la expansión árabe mella esta florida situación, e incluso son los mismos árabes quienes proveen los almacenes bizantinos de los productos más requeridos en los mercados europeos: especias (pimienta, canela, nuez moscada) usadas en la farmacopea y en el arte culinario, colorantes (azafrán, alumbre), perfumes (incienso, mirra), alfombras, tejidos de seda y algodón, piedras preciosas, maderas preciosas, objetos en bronce y marfil: mercancías todas ellas sobre las que Bizancio logra establecer una suerte de monopolio, prohibiendo a los mercantes occidentales abastecerse de ellos directamente de los árabes.

El Imperio atraviesa también, naturalmente, momentos de inestabilidad a causa de las tendencias separatistas de las provincias y de agitaciones religiosas y sufre graves amputaciones territoriales. El inconveniente más grave es la anarquía política crónica (de 107 emperadores 73 muertos asesinados). Pero las intrigas de palacio no conmueven a los fundamentos del edificio bizantino, que representará durante mucho tiempo un baluarte, vital para Occidente, contra las fuerzas destructivas provenientes de Asia.

Justiniano

La obra de reorganización, iniciada por *Zenón* (474-491) y proseguida por *Anastasio I* (491-518) y por *Justino I* (518-527), fue llevada a término por Justiniano (527-565), una de las figuras más relevantes de la historia. Fue imponente su actividad en todos los campos, y en esta obra se valió de la colaboración de hombres de primer orden y de su mujer Teodora, bellísima exbailarina, sin prejuicios y cruel, pero dotada de una intuición política finísima y de un agudo sentido de la realidad.

Para reactivar la economía Justiniano construyó acueductos, canales, carreteras; promulgó leyes que limitaban el latifundio; instituyó manufacturas de estado (logró incluso introducir la cría del gusano de seda). De la prosperidad alcanzada en este período por Bizancio son claro testimonio las grandiosas construcciones de S. Sofía en Constantinopla, de S. Vitale y S. Apolinar in Classe en Ravena.

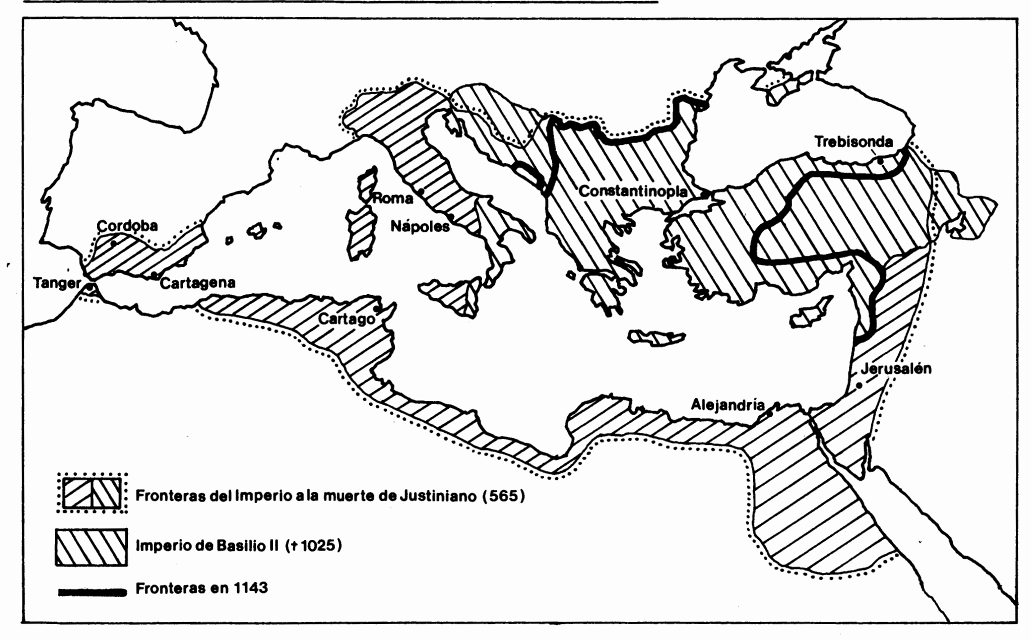
Pero el monumento más importante, decisivo para la supervivencia de la civilización romana, fue la codificación del derecho romano. Con el paso de los siglos se habían ido acumulando leyes y decretos a menudo en contradicción entre sí, con grave perjuicio de las relaciones civiles, de las que la ley es base indispensable. En el 528 Justiniano encargó a una comisión de juristas, presidida por *Triboniano,* proceder a un reordenamiento del inmenso material jurídico. La colosal obra, el *Corpus iuris civilis,* fue terminada en el 534, y (con adiciones hasta el 565) resultó compuesta de cuatro partes: las *Instituciones,* que contienen los principios fundamentales del derecho; los *Digesta* (en griego Pandectas), 50 libros de sentencias de los más ilustres jurisconsultos latinos; el *Codex Iustinianeus,* colección de las leyes imperiales desde el 136 al 533 (12 libros); las *Novellae* (= leyes nuevas) promulgadas entre el 533 y el 565. Es incalculable el alcance histórico del *Corpus iuris:* éste, de hecho, pasó más tarde a Occidente

y es todavía el fundamento de la legislación de muchos estados.

En política exterior Justiniano cultivó el ambicioso plan de reconquistar los territorios occidentales para reconstituir la unidad del Imperio Romano, descuidando, contra el parecer de Teodora, más realista, la consolidación de la situación en Oriente. El Imperio todavía no se había recuperado de una dura derrota sufrida contra los persas en el 531 y de una revuelta popular estallada un año después, llamada, por el grito de batalla de los insurrectos, de la *nika* («vence»). Reprimida con sangre la sublevación y concluida una paz gravosa con los persas, Justiniano dio comienzo a su plan de reconquista. En el 533 Belisario desembarcó en Africa y dio razón fácilmente del desorganizado reino vándalo, reconquistando Africa y las islas tirrénicas. Veinte años después (551-54) una ofensiva en España llevaba a la reconquista de la zona comprendida entre Cartagena y Cádiz a expensas de los visigodos. Entre estas dos expediciones tuvo lugar la gran guerra contra los ostrogodos (535-53) para la reconquista de Italia. Tras la muerte de Teodorico su hija *Amalasunta,* que regía el trono en nombre de su hijo *Atalarico* y era favorable a un entendimiento con los romanos, había venido a encontrarse en oposición frente a los jefes nacionalistas; entre otras cosas, le había sido quitado un hijo, porque estaba educado a la germánica. En el 534, muerto Atalarico, se vio obligada a asociar al trono a su primo *Teodato* (534-36), jefe de la facción intransigente, el cual poco después la relegó a una pequeña isla del lago de Bolsena y la mandó matar. Esto dio a Justiniano (al que Amalasunta había apelado) el pretexto para intervenir.

Después que Belisario hubo conquistado Sicilia y Nápoles (535-36), el inepto Teodato fue depuesto y asesinado por los godos. El nuevo rey, *Vitigio* (536-40), obligó a Belisario a retirarse a Roma; después, contraatacado, se encerró en Ravena, que capituló en el 540. Belisario fue reclamado inmediatamente en Oriente por un retorno ofensivo de los persas y por una incursión de hunos,

Extensión del Imperio Bizantino a lo largo de su historia



eslavos y búlgaros. Entretanto los godos se reorganizaban bajo la dirección de *Baduila* (541-52), llamado *Totila* (el inmortal). Este supo ganarse el favor de las poblaciones, oprimidas por el fiscalismo bizantino y por el gran poder de los latifundistas, proclamando la *manumisión de los colonos esclavizados* y reconquistó toda Italia (excepto Ravena y Ancona) y Sicilia; después tuvo en jaque a Belisario durante cuatro años (544-48); el nuevo general, Narsés, no le venció hasta el 552, en Tagina, en Umbría, donde Totila cayó combatiendo. Su sucesor, *Teia,* era derrotado el año siguiente en Monte Lattaro, cerca de Nocera. Los godos supervivientes se dispersaron e Italia volvió bajo el dominio bizantino.

Aunque pagados con un debilitamiento de las finanzas y con un retroceso de las fronteras en favor de los persas, los resultados de la reconquista podían aparecer como brillantes. Fracasó, por el contrario, el programa cesaropapista de restablecer la unidad religiosa. Las persecuciones contra los arrianos y los monofisitas (protegidos por Teodora amenazaban la estabilidad interna, y Justiniano tuvo que contentarse con el acostumbrado compromiso, chocando así con los pontífices romanos. El papa *Silverio* (536-537) fue exiliado; su sucesor, *Virgilio* (537-55), nombrado porque le agradaba a Teodora, fue arrestado (543) y obligado a comprometerse en el dogma de las «dos naturalezas» fijado por el Concilio de Calcedonia en el 451. Virgilio logró huir, y la cuestión se arregló más tarde, pero el abismo entre las dos Iglesias se iba ya haciendo cada vez más profundo.

El monacato occidental

La ampliación de los poderes civiles de los obispos provocó un fenómeno de mundanización análogo al que se había producido en Oriente: las propiedades eclesiásticas se ampliaron, embrión de las futuras cortes episcopales. Una vez más la reacción se manifestó con una vigorosa renovación del monacato, que desde hacía tiempo ya

se había difundido por Occidente con los mismos caracteres que el oriental. S. Martín de Tours (muerto en 397) y S. Juan Casiano fueron sus exponentes más ilustres. Irlanda, recientemente convertida por S. Patricio (muerto en 460) fue uno de los mayores centros de irradiación. Casiodoro, el ministro de Teodorico, en el momento de la crisis romano-gótica se había refugiado en *Vivarium,* en Calabria, dedicándose al estudio y a la transcripción de textos clásicos.

Los benedictinos

La persona que supo encontrar la respuesta más apropiada a la dureza de los tiempos fue S. Benito de Nursia (480-547 aproximadamente). Nacido de una familia noble, se retiró durante algunos años a Subiaco para trasladarse después a *Montecassino* (529). Aquí dictó su famosa Regla, sintetizada en el lema: *ora et labora.* Un lema que resume muy bien la revolución de San Benito: el monje benedictino no es ya un hombre al que el disgusto del mundo impulsa a refugiarse en la soledad, sino un hombre que al empuje místico une el compromiso social.

En el caos que dominaba esta época, los monasterios benedictinos, salvaguardando los monumentos de la época clásica, proporcionando protección a las poblaciones, y aliviando su miseria y su ignorancia, ofreciendo el ejemplo de comunidades organizadas y pacíficas, fueron verdaderas islas de civilización. De este modo, como justamente se ha hecho notar, los ideales cristianos se venían a fundir con los ideales de orden y de organización de la espiritualidad clásica. Esta carga de religiosidad y de humanidad hizo de la regla benedictina el modelo del monacato occidental, y explica su extraordinaria difusión.

También desde el punto de vista económico la importancia de los monasterios benedictinos creció con el tiempo, gracias a las muchas donaciones, hasta el punto

de que acabaron tomando los caracteres de factorías agrícolas y manufactureras; y puesto que el sobrante se ponía a la venta o se cambiaba, poco a poco llegaron a convertirse en sedes naturales de mercados y de ferias, verdaderos ejes económicos de las zonas circundantes.

Los monjes anglosajones y la cultura occidental

Hemos señalado como una de las características más llamativas de la cultura medieval su orientación religiosa. Esto viene determinado por los detentadores de esta cultura que son casi exclusivamente eclesiásticos. Los destellos de la Escuela Superior de Constantinopla fundada por Teodosio II y que mantenía 31 cátedras (10 de gramática latina, 10 de gramática griega, 3 de elocuencia latina, 5 de elocuencia griega, 1 de filosofía y 2 de derecho) no llegaban ya a Occidente, ni los éxitos de los arquitectos Artemio de Tralles e Isidoro de Mileto en su maravillosa obra de Sta. Sofía de Constantinopla podían tener eco entre los francos, godos o anglosajones.

Sin embargo la institución del monacato, que había llegado de Oriente a través de San Atanasio de Alejandría cuya *Vida de San Antonio* fue traducida al latín, y de San Jerónimo, Casiano, Casiodoro, etc., iba a ser semillero de la nueva cultura en Irlanda e Inglaterra.

Germán de Auxerre y San Patricio son los que introducen el monacato en Inglaterra e Irlanda respectivamente. San Patricio, un bretón romanizado, introdujo la división territorial en obispados a la manera del continente pero esto sólo iba a durar hasta la muerte del apóstol de Irlanda. Después el monacato absorbe en realidad toda la vida religiosa irlandesa y los abades sustituyen en cierto modo a los obispos en sus funciones. El obispo quedaba relegado a segundo término ante la preponderancia de los abades.

Los monjes, en su mayoría, son sacerdotes que viven, por una parte, un espíritu de apartamiento del mundo que se exterioriza en la edificación de los monasterios en lugares abruptos pero, por otra, un espíritu misionero que les lleva a ganar a los campesinos irlandeses para la fe. Esto trae dos consecuencias que serán fructíferas para la cultura. En primer lugar, su condición de sacerdotes, les obliga a cultivar la gramática y la lengua latina (e incluso la griega), necesaria para la recta comprensión de las Sagradas Escrituras y de las obras de los Padres latinos y griegos traducidos. En segundo lugar su espíritu misionero les obliga a conocer y cultivar la lengua del pueblo que nada tiene que ver con el latín. Así mientras en el Occidente continental el latín de los eclesiásticos se iba deteriorando por influjo de las lenguas vulgares que lentamente se convertían en *romances,* en Irlanda y Gran Bretaña se mantenía en toda su pureza gracias a una literatura que iban transcribiendo los amanuenses y archivando en las bibliotecas.

El monaquismo irlandés pasa en un primer término a Escocia (s. VI) y luego a la Inglaterra septentrional que también era predominantemente celta. En cambio en el sur se impondría la estructuración eclesiástica romana introducida por S. Agustín que, en 597 creaba la sede de Canterbury. Los dos sistemas se unificarían en el sínodo de Whitby (664) aunque prevaleciendo ya la tendencia romana.

El monacato de tradición celta tiene sin embargo unas características que lo hacen inconfundible. El tipo de vida que se lleva en ellos es cenobítico, es decir, comunitario, pero con limitaciones. Cada monje dispone de su cabaña independiente y sólo se encuentra con sus hermanos en la iglesia, en el comedor una vez al día y en el trabajo. Lo que de verdad les une es la sujeción al abad. Su disciplina es extraordinariamente austera, rica en penitencias corporales y en ayunos. San Columbano en su regla sólo conoce una comida y frugal «para que el vientre no esté nunca sobrecargado y el espíritu no sea sofocado». El monaste-

rio está concebido como un centro de evangelización por lo que muchos monjes son sacerdotes. Esta aparente contradicción entre la huida del mundo y la apertura hacia él para evangelizarlo, hace del monaquismo celta un movimiento sin par. El monje celta es un «peregrino» que sale de un monasterio para fundar otro o se adentra en el mar en busca de islas ocultas donde servir al Señor.

El célebre San Brendano (o Brandano) que según la leyenda, ya del siglo IX, se hizo a la mar y llegó a la «Tierra de las Delicias» en un viaje que duró siete años, viajó en realidad por Escocia, Inglaterra y Gales y en 557 fundó el monasterio de Clonfert. Seguramente emprendió también algún viaje de más envergadura que pudo dar pie a la tardía *Navigatio Brendani.*

Contemporáneo de Brendano fue también San Columbano (ca. 540-615), monje de formación exquisita puesto que conocía, a juzgar por sus citas, a los clásicos latinos (Virgilio, Horacio, Salustio, Ovidio, etc.). A los 20 años entró en el monasterio de Bangor. Hacia el año 575 comenzó su *peregrinatio* por mar llegando a Armórica (Bretaña francesa) y luego a la región de París, Poitou, etc. hasta recalar en Luxeuil donde fundó un monasterio que él mismo dirigió como abad durante 20 años. Otros dos monasterios vecinos los dirigía también por medio de priores. Columbano consideraba Luxeuil «en cierto modo como tierra de Irlanda» y pronto chocó con la iglesia local. Columbano no quiso modificar la fecha de la Pascua asumiendo la que en la Europa continental se había ya generalizado; seguía un rito de bautismo distinto y conservaba la tonsura celta en la que se afeitaba la parte anterior de la cabeza mientras que la romana se practicaba en forma de un círculo en la parte superior (corona).

Todas estas desavenencias con los obispos locales obligaron a Columbano a dejar su querido monasterio y realizar una nueva *peregrinatio* que le llevó por Besançon, Orleans, Tours, Nantes. Autorizó a su discípulo Gall a fundar un monasterio en Suiza (Saint-Gall) y siguió hasta Bobbio (Apeninos Ligures) donde se instaló en 614 y

murió en 615). La obra de San Columbano quedó plasmada no sólo en sus fundaciones sino también en la redacción de la *Regula Monachorum* de Luxeuil. Las Reglas de Luxeuil, tanto las referentes a los padres (sacerdotes) como a los hermanos (legos), insisten sobre todo en la obediencia. En la concepción celta, un monasterio era: un abad que reúne monjes a su alrededor para orar, hacer penitencia y apostolado juntos y... peregrinar. A este espíritu de peregrinación debe mucho no sólo Irlanda o Gran Bretaña sino toda Europa.

En adelante, la tradición romana se iría imponiendo pero sin perder las características de austeridad y espíritu de inquietud. Una inquietud que no sólo se refiere a la *peregrinación* sino también al estudio de la gramática latina y hasta la griega. El alejamiento de la lengua vulgar anglosajona del latín fue un elemento favorable a este respecto. Los monjes necesitaban saber latín y lo aprendían en toda su pureza mientras que en el occidente europeo, la lengua vulgar (latín vulgar) salpicaba fácilmente con sus impurezas el latín escrito de los monjes. Otra consecuencia de esta dualidad excluyente de ambas lenguas (la anglosajona y el latín), fue el desarrollo de la lengua vulgar que los monjes necesitaban dominar para predicar el evangelio. Esta es la razón por la que Inglaterra se adelanta al resto de Europa en el cultivo de la lengua vernácula. Pronto aparecen traducciones de libros bíblicos, de obras de los Padres latinos y hasta composiciones épicas originales en anglosajón. No olvidemos que la versión llegada hasta nosotros de la *Gesta de Beowulf,* por ejemplo, puede ser datada entre los siglos VIII y IX y consta ya de unos 3.000 versos asonantados. En estos siglos en los monasterios continentales no se escribía ni un latín tan correcto y cuidado (por supuesto, no se conocía el griego) ni el lenguaje vulgar había llegado a la madurez necesaria para la escritura literaria. San Bonifacio escribía desde Germania a Inglaterra: «Transcribidme algunos escritos de Beda; enviadme algunos destellos de la antorcha que brilla en vuestra tierra». Las abadías de York, Jarrow, Canterbury, Wearmouth, etc. eran en efecto

y sin ninguna exageración, verdaderas antorchas de cultura. Se trata ciertamente de una cultura de horizonte estrictamente religioso en el que incluso las transcripciones de los clásicos latinos tienen una finalidad religiosa. Se trata de conocer bien el latín para comprender mejor la Sagrada Escritura.

Tal vez el hombre que mejor encarna el espíritu y el contenido de esta cultura anglosajona que luego penetrará en el continente, es *Beda el Venerable* (673-735). Beda se lo debe todo a la vida monástica ya que entró en el monasterio a los siete años y desde los 13 hasta su muerte permaneció en un mismo monasterio, el de Jarrow. El mismo lo dice: «Mi vida entera se ha desarrollado en el monasterio»... «Nada más dulce que aprender contínuamente y sin cesar, enseñar y escribir». Beda rompe con la antigua cultura porque ya no se siente hijo de ella sino de la cultura monacal. Su *De natura rerum,* inspirado en San Isidoro es, sin embargo, una obra de signo bien distinto. El sevillano se sentía inmerso en la cultura clásica y sus hallazgos los tenía como propios. No así Beda que siente la necesidad de expurgar a S. Isidoro porque éste acepta los sistemas cosmológicos de la Antigüedad y esto es peligroso para la mentalidad religiosa anglosajona. Para Beda, las Matemáticas, la Astronomía y toda ciencia sólo tiene un objeto y una justificación: servir para entender mejor la Biblia. La *Historia ecclesiastica gentis Anglorum* y la *Historia Abbatum* nos hablan ya desde su mismo título de la orientación estrictamente religiosa de la historia. Sin embargo son la mejor fuente primitiva de la historia de Inglaterra.

Italia longobarda

La conquista: San Gregorio Magno

La paz instaurada en Italia por los bizantinos no duró más que quince años. Ya bajo Justiniano la instalación en

Asia central de una población mongólica, (los turcos) había provocado grandes movimientos de pueblos en las fronteras orientales: los ávaros (vigures) impulsados hacia el oeste, aliándose con los longobardos, habían vencido a los gépidos, y molestaban ahora a los mismos longobardos, que resolvieron buscarse nuevas sedes en Italia, donde muchos de ellos habían combatido a sueldo con Narsés contra los ostrogodos.

En el 568 los longobardos (quizás 250.000, de los que 40.000 eran guerreros) entraron en Italia. Conquistaron Aquileia, Verona, Milán y en el 571 Pavía, donde Alboino fijó la residencia real: de ahí el nombre de Longobardia —después Lombardía— a la región. Ocuparon después Toscana y los territorios de Spoleto y Benevento, mientras los Bizantinos estaban atentos a defender las zonas costeras, vitales para los aprovisionamientos. Así, tras ocho siglos, Italia volvía a estar dividida políticamente: y así quedará hasta 1870. A través de Teodolinda la corte longobarda se abrió al influjo moderador de la Iglesia, guiada en aquel tiempo por un hombre de excepcional talla, *Gregorio I el Magno* (590-604).

Nacido hacia el 540 de noble familia, tras haber donado su patrimonio a los pobres, Gregorio se había retirado a la vida monástica en el Celio. Después había sido encargado de una delicada misión en Bizancio, y a su vuelta, después de haberse prodigado en la cura de enfermos durante una peste, había sido aclamado papa por el clamor del pueblo. Pocos años después Roma fue atacada por los duques de Spoleto y de Benevento y por el mismo Agilulfo, y fue Gregorio quien asumió su defensa, logrando obtener una tregua (598) e incluso la conversión al catolicismo de la corte. Adalvaldo, hijo de Agilulfo y de Teodolinda, fue bautizado.

Con Gregorio Magno el papado asume por tanto también funciones civiles que el poder central ya no es capaz de desempeñar. Por ello se suele ver en Gregorio al iniciador del poder temporal de los papas. Sin embargo, hay que precisar que él se avino a ello con repugnancia y

sólo porque estaba convencido de que ello formaba parte de sus deberes de pastor. Fue inmensa la actividad de Gregorio para la propagación de la fe: intensificó la evangelización de los anglos y de los sajones, obtuvo la conversión de los visigodos, reforzó la autoridad papal entre los francos, combatió a los herejes, dio impulso a los monasterios benedictinos; además fue escritor (comentarios a las Escrituras, vidas de santos, cartas, una *regula pastoralis)* y reorganizó la liturgia de manera que de él toma el nombre el canto gregoriano.

Rotario

A la muerte de Agilulfo siguió un período de veinte años agitado, durante el cual se sentaron sobre el trono de Pavía los reyes católicos de la dinastía bávara, entre ellos *Adalvaldo* (616-626), que no supieron superar la resistencia de los duques arrianos, ni aprovechar las dificultades que paralizaban Bizancio. De ello sin embargo se aprovechó el arriano *Rotario* (626-652), duque de Brescia, que se adueñó del litoral véneto y de la Liguria. Rotario trató también de reforzar el poder regio a expensas de los duques y de debilitar a la Iglesia poniendo junto a un obispo católico otro arriano. Pero su acto de gobierno más importante fue la codificación del derecho longobardo.

En el *edicto de Rotario* (643) predominan los caracteres longobardos (por ejemplo siguen en vigor la ordalía y el mundio); pero el mismo abandono de la tradición oral, la amplitud de los problemas considerados (desde los delitos políticos a los daños a las personas, al derecho familiar), la redacción en latín (aunque sea en latín tosco), la limitación de la pena de muerte a los delitos de lesa majestad y a otros pocos casos, la abolición del *wergeld* y el hecho de que el edicto tuviese vigor para todos, romanos y germanos, demuestran una notable civilización y la precisa voluntad de imponer la superioridad de la ley, es decir, de construir un organismo estatal más unitario.

Roma y Bizancio

Los iconoclastas

En el origen de las dificultades en que se anegaba el Imperio Bizantino había estado en primer lugar la presión de pueblos eslavos como los servios, croatas, búlgaros; después, al comienzo del siglo VII, los persas ocuparon Egipto y se lanzaron hasta el Bósforo, mientras los ávaros presionaban desde el norte. La situación fue salvada por *Heraclio* (610-641), el primer *basileus,* que dividió el Imperio en distritos militares *(temas)* y asignó tierras a los soldados creando una milicia campesina. Pero inmediatamente después se perfiló el peligro árabe.

Entretanto se hacía más profunda la disensión teológica con Roma. Una nueva herejía, el *monotelismo,* fue favorecida por *Constante II,* que hizo arrestar y más tarde matar al papa *Martín V* (655). En el 680 un Concilio convocado en Constantinopla condenó a los monotelistas, pero otro golpe había sido inferido a la unidad del mundo cristiano, precisamente mientras se estaba apretando el lazo del expansionismo árabe. Cuando sube al trono *León III el Isáurico* (717-741) Siria, Palestina, Egipto, Africa y España están ya en manos de los árabes.

Paradójicamente, la disminución de los territorios, reduciendo las fronteras, facilita la defensa, así como tiene ventajas la pérdida de las intranquilas provincias de Siria y de Egipto. León III repelió el asalto de los árabes a Constantinopla (717) y los venció más tarde en Frigia. Se dedicó después a reforzar la autoridad imperial: para debilitar a los grandes propietarios abolió la servidumbre de la gleba. Contra el clero, convertido en demasiado potente, apoyó el movimiento pauliciano, que predicaba el retorno a la primitiva pobreza y la abolición del sacerdocio y del culto de las imágenes como fuente de superstición.

En Oriente el edicto que ordenaba la destrucción de las imágenes sacras o *iconoclastia,* (de *eikŏn*= imagen y *klao*=romper) tuvo fácil realización; pero en Occidente la oposición del papa *Gregorio II* (715-731), fuerte por el prestigio papal sobre las poblaciones, llevó a una gran revuelta antibizantina (727): en Roma el funcionario invitado a regir el ducado fue cegado y se nombró en su puesto a un exponente de la aristocracia. En Ravena el exarca fue asesinado por el pueblo en una revuelta. En otras ciudades los duques bizantinos fueron expulsados y sustituidos con elementos locales, como en Venecia (que se había formado tras el aflujo a las islas de las lagunas de las poblaciones de tierra firme bajo la amenaza longobarda) donde fue nombrado el primer *dux* autónomo.

Liutprando y Astolfo

De esta situación pensó sacar provecho el nuevo rey de los longobardos, *Liutprando* (712-744). Tomando el papel de defensor de la Iglesia invadió el Exarcado y la Pentápolis y ocupó el castillo de Sutri en el Ducado Romano. Es desconcertante la figura de Liutprando: siendo analfabeto, lleva a efecto una política de cohesión entre el elemento germano y el romano; religiosísimo, lleno de amor por la Iglesia, se viene a encontrar en abierto antagonismo con los distintos papas y es incapaz de superar la contradicción entre política y religiosidad.

Por su parte los papas no tratan en realidad de sustituir a un emperador débil por un rey longobardo fuerte. Ante la heterogénea coalición de ciudades y de duques envidiosos de las propias autonomías que Gregorio II suscitó en su contra, Liutprando no sólo se retiró, sino que donó el territorio de Sutri al «Patrimonio de San Pedro» (728). Esta donación es considerada por muchos como el primer núcleo del futuro Estado Pontificio. Otros intentos de Liutprando fueron descubiertos, con la ayuda de los duques y de las ciudades, por *Gregorio III* (731-741), que invocó incluso, aunque inútilmente como ya Gregorio II, la intervención del franco Carlos Martel que había parado en

Poitiers la invasión musulmana. Pero éste, no podía permitirse el crearse un nuevo enemigo en oriente mientras perduraba en Francia la presencia árabe.

Más tarde se repitió el asunto de Sutri: en el 739 Liutprando ocupó los castillos de Orte, Amelia, Bomarzo y Bleda, para después donarlos en el 742 (con la adición de tierras en la Sabina y en la Pentápolis) al papa *Zacarías* (741-752). Tras un período de espera durante el reino de *Rachis* (745-749), que se retiró a Montecassino, su hermano *Astolfo* (749-756) prosiguió la expansión. Conquistó el Exarcado (751, fin del dominio bizantino), depuso al duque de Spoleto y amenazó Roma. Una vez más el Papa se volvió a los Francos en busca de ayuda.

III. EL ISLAM

La Arabia preislámica

En la primera mitad del siglo VI, mientras toda la cristiandad atraviesa una crisis de asentamiento, en la península arábica irresistiblemente va tomando consistencia un movimiento político-religioso, el Islam, destinado a un tan grandioso como imprevisto desarrollo.

La decadencia del Imperio Romano y la consiguiente disminución del tráfico hacia los puertos mediterráneos se habían reflejado negativamente sobre la economía de las poblaciones árabes. Algunas zonas costeras, expuestas al influjo de los monzones, y algunas ciudades como la Meca y Yathrib, se mantenían relativamente florecientes. Pero la crisis era sentida especialmente en las áridas regiones del interior, donde las tribus nómadas de los beduinos (hijos del desierto) perdían dos tradicionales medios de sustento, el transporte por caravanas y las razzias. Contra su turbulencia se habían creado estados-amortiguadores como el de los *Lákhmidoas de Hira,* tributario de los persas, y el de los seminómadas Cohassánidas, tributario de Bizancio. Además de repeler las correrías beduinas, estos estados habían llevado a cabo una importante función de mediación cultural: muchas influencias hebraicas y cristianas habían penetrado a través de ellos en Arabia.

La cultura árabe se mantenía con todo un tanto primitiva: animismo y fetichismo eran las formas habituales del culto. El mismo Alah no era sino una divinidad entre

tantas. En el general fraccionamiento político, el único elemento común era una práctica que en cierto modo recuerda las anfictionías griegas: la peregrinación a la ciudad santa de la Meca. Aquí, en un templo cúbico (la *Kaaba)* cada tribu tenía sus fetiches, y era objeto de general veneración una *piedra negra* que se decía transportada por el arcángel Gabriel. Sacerdotes y custodios de la Kaaba —además de mercaderes— eran los pertenecientes a la tribu de los *Quraish* (Coreichitas). Durante cuatro meses al año, con ocasión de la peregrinación, las tribus suspendían las hostilidades y en la Meca tenían lugar fiestas, ferias y competiciones poéticas. En esta poesía, nacida en las inmensidades del desierto, el alma beduina derramaba sus más hondas nostalgias, su sentido de la aventura, sus sueños fantásticos. Acostumbrados a toda fatiga, llenos de valor guerrero, paupérrimos y por ende avidísimos, los beduinos constituían un potencial humano dotado de una enorme carga de energías espirituales que yacían inutilizadas, pero que no hubieran dejado de explotar una vez organizadas y dirigidas hacia un objetivo común.

Mahoma

El hombre que llevó a cabo este milagro fue Abdul Casem Muhàmmad (= digno de alabanza) o Mahoma (aproximadamente 570-632). Hijo de modestos mercaderes pertenecientes a una rama empobrecida de los coreichitas, Mahoma, de joven, había sido camellero, y en los contactos tenidos con gentes y culturas diversas había podido constatar el atraso de la mentalidad beduina. Poner fin a aquel atraso fue desde entonces el fin de su vida. Hacia los 25 años, gracias al matrimonio con una rica viuda, Jadicha, se encontró libre de preocupaciones materiales y pudo dedicarse por completo a meditar sobre sus diferentes experiencias y, por último, a coordinar sus reflexiones en un orgánico sistema político-religioso. En torno al 610 comenzó la predicación de la nueva doctrina; sin embargo, con el crecimiento de sus seguidores, crecía también la hostilidad de los coreichitas, temerosos de

perder con un cambio sus privilegios religiosos y comerciales. Tras la muerte de su mujer y del poderoso tío que le protegía, Mahoma se refugió en Yathrib, donde su predicación había obtenido especial favor; la ciudad fue rebautizada más tarde en su honor con el nombre de Medina *(Madinat-al-Nabi*= ciudad del profeta). Los musulmanes hacen comenzar su era en el 662, fecha de huída o *hégira (al-Higrah).*

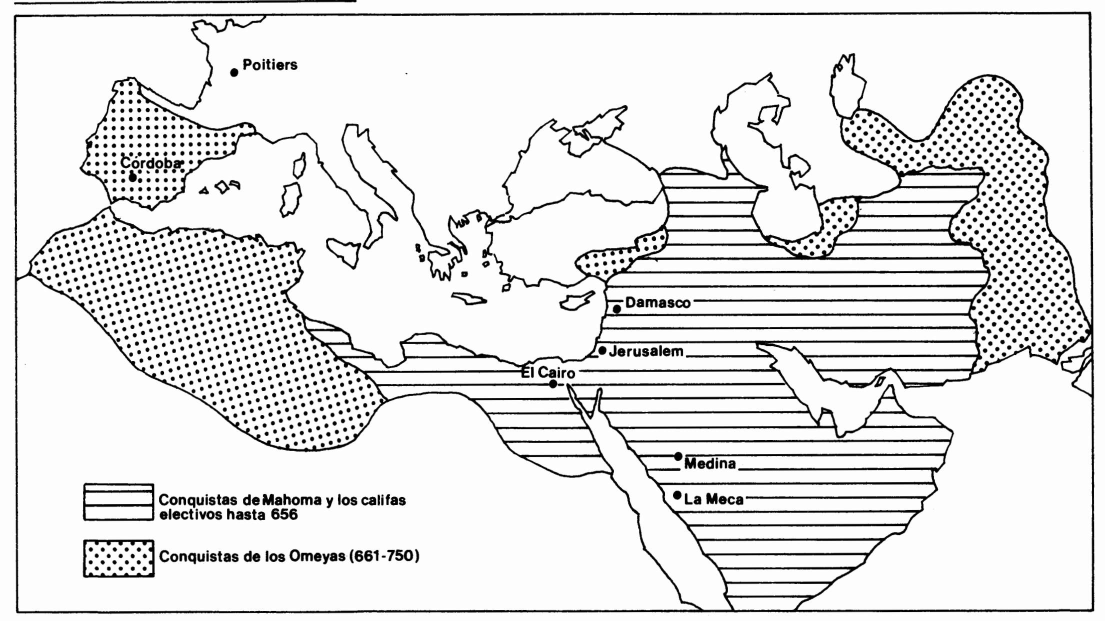
Mahoma dio a la ciudad una organización política que le permitió repeler dos ataques de los de la Meca y conquistar a continuación la Meca misma (630), donde ordenó la destrucción de los ídolos y reconsagró la Kaaba al nuevo culto monoteísta.

La doctrina musulmana

La doctrina de Mahoma es de una genial sencillez y se basa en unos pocos principios elementales, como conviene a una doctrina formulada para un pueblo sencillo y primitivo: existe *un solo Dios,* Alah; él crea, prevé y predetermina las vicisitudes de los hombres: todo está ya escrito. Al creyente (*muslim,* de donde proviene musulmán) no le queda sino obedecer, en un *abandono ciego y total (islam),* a la voluntad divina que se revela a través de los profetas (Abraham, Jesús, y por último Mahoma). Su principal misión es el triunfo de Alah, que se persigue no a través de la predicación, sino mediante la *guerra santa:* los idólatras deben ser exterminados; cristianos y judíos pueden ser perdonados, con tal de que paguen un tributo; *la guerra entre los creyentes está prohibida: quien se convierte, pertenece al Islam,* independientemente de su pueblo y de su raza. El premio para el muslim será la vida eterna después de la resurrección de los muertos y el juicio universal: una vida de delicias materiales, tanto mayores para quien haya caído combatiendo «en los senderos del cielo». Los infieles por el contrario deberán sufrir eternamente las más terribles penas.

En estas sencillas proposiciones está la clave de la *formidable fuerza moral* y de la *fulminante expansión* del

Expansión del Islam hasta 750



Islam. En la unidad de los creyentes, en el monoteísmo, en la convicción de que todo está ordenado de antemano, se redimen automáticamente las taras seculares de la mentalidad beduina, es decir el particularismo político, la idolatría y el fatalismo. El objetivo de la guerra santa pone en orden la descompuesta vitalidad del alma árabe, y proyecta hacia el exterior su ardor guerrero, la exaltación mística, la avidez de botín, el deseo de tierras más hospitalarias. Su carácter de *religión guerrera* pone al Islam, al menos en los primeros tiempos, al abrigo de los conflictos entre los varios poderes, puesto que su jefe es necesariamente al mismo tiempo jefe religioso, militar y político. Por último, puesto que todos los creyentes son hermanos y pertenecen todos a la única nación musulmana, que no tiene confines territoriales, el Islam es una *religión igualitaria:* este carácter universal explica su pronta aceptación por parte de las poblaciones sometidas sujetas antes por doquier a un régimen basado en la explotación y en la discriminación social, racial y nacional.

Los escritos de Mahoma están contenidos en el *Corán* (Quar-ân= recitación) compuesto de 114 *suras* (capítulos) en que, junto a las verdades teológicas, se enuncian también las prácticas rituales y las normas civiles a las que el muslim debe obedecer: la oración varias veces al día, el ayuno desde el alba al crepúsculo durante el noveno mes del año lunar *(Ramadán),* el pago de limosna *(zakat)* al estado, las abluciones rituales, la peregrinación a la Meca al menos una vez en la vida, la abstención del vino y de la carne de cerdo, dañinos en los climas cálidos.

La predicación oral de Mahoma está por el contrario contenida en la *Sunnah* (tradición), reconocida sólo por los *Chiitas* del partido de Alí.

La expansión del Islam y sus transformaciones políticas

Tras la muerte de Mahoma (que tuvo tiempo de ver bien encaminada la unidad religiosa de los árabes) en la dirección del Islam se sucedieron en primer lugar cuatro

califas (lugartenientes) *electivos,* todos ellos discípulos o parientes suyos: Abu Bakr, Omar, Othman y Alí. *Abu Bakr* (632-34), suegro del profeta, sofocó la revuelta *(ridda)* de algunas tribus que querían volver al politeísmo y restableció la unidad de los creyentes. *Omar* (634-44) conquistó Siria (635-636), Palestina (637) y Egipto (642), e invadió Mesopotamia y para que la fuerza combativa no se debilitase prohibió la distribución de las tierras conquistadas a los árabes, a los que mantuvo acuartelados en guarniciones.

Este rigorismo era combatido por los más acomodaticios Omeyas (una rama de los coreichitas), a los que pertenecía *Othman* (644-56) ascendido al califato después de que Omar fuera asesinado por un esclavo. Othman conquistó la India hasta el Sind y abatió el Imperio Persa. Pero bajo su califato comienza a formarse una clase de propietarios y de capitalistas, prevalentemente omeyas, y por reacción una oposición democrática. Othman es asediado y asesinado en su casa de Medina por un grupo de rebeldes egipcios, sin que intervenga ninguno de los miembros de la *shura* (el Consejo de los amigos del Profeta). Le sucede *Alí* (656-61), primo y yerno de Mahoma, que desde los veinticuatro años está realizando la escalada hacia el califato. La unidad islámica está ya rota: se perfila la división entre Sunnitas y Chiitas. Alí debe tomar las armas para hacer frente a la rebelión de *Aisha,* esposa favorita de Mahoma (656), después a la del gobernador omeya de Siria, Al-Muawiya, que le acusa de complicidad con los asesinos de Othman; por último se desencadena la revuelta de los *Kharigilas* (secesionistas), una secta de terroristas demócratas y puritanos, contrarios tanto a él como a los omeyas, que sostienen, entre otras cosas, que el califato debe sustraerse al monopolio de la Shura para depender del más digno del Islam, aunque sea de un esclavo abisinio. Alí los derrota (658) pero sin domarlos; mientras Muawiya se refuerza, él está cada vez más aislado, y cuando el puñal de un fanático Kharigita le suprime, su rival está pronto para reunir bajo su mando a todo el Islam.

Con *Al-Muawiya* (661-80) da comienzo una fase nueva: *el califato se hace hereditario;* la capital es desplazada de Kufa, residencia de Alí, a *Damasco,* para subrayar la nueva directriz mediterránea (los Arabes no habían tardado en hacerse marinos: ya en el 649 Muawiya había conquistado Chipre y promovido expediciones hasta Siria). El Islam ha perdido el primitivo carácter religioso para convertirse en un Estado laico; pero, sin embargo, siempre es un estado *árabe,* porque árabe es su clase dominante.

Las conquistas prosiguen. Son sometidas Libia y Túnez (697); en el 711 la India hasta el Indo; en el mismo año un jefe, *Tariq,* atraviesa el estrecho de Gibraltar, que precisamente tomará el nombre de él *(Gebel el-Tariq=* monte de Tariq), y vence a los visigodos en Jerez de la Frontera. Ya en el 720 los árabes pasan los Pirineos; caen en sus manos Narbona, Carcassonne y Nimes. También Bizancio está a punto de derrumbarse. Sin embargo, casi al mismo tiempo el avance del Islam es frenado en ambos frentes, en Oriente por León III el Isáurico, en Occidente por Carlos Martel. En el Mediterráneo la presencia árabe dominará por mucho tiempo (aunque no se puede decir que el Mediterráneo haya sido nunca un lago árabe). Chipre, Creta, Rodas, Cerdeña, Córcega, las Baleares y por último Sicilia (conquistada entre el 827 y el 902) son las bases de las que parten las expediciones sarracenas para las provechosas razzias o aceifas (de *saifa=* verano) que recaen sobre todo sobre los pueblos costeros. La presa favorita son los hombres, que son vendidos como esclavos. Otras bases se establecen sobre el mismo continente, como la de la desembocadura del Garigliano (aproximadamente 890-915) y la de Freinet en los Alpes occidentales (aproximadamente 890-972), desde donde los salteadores musulmanes se adentran hasta Suiza y el alto curso del Rin.

A medida que las conquistas se amplían, el carácter árabe que los califatos omeyas pretenden conservar, se revela inadecuado para las exigencias de un imperio ya cosmopolita. En el 750 una revuelta capitaneada por *Abdul Abbas* lleva al asesinato de los noventa componen-

tes de la familia omeya. Uno sólo, *Abd al-Rahman,* (Abderramán) logra huir y crea un califato independiente en *Córdoba* (756-1031).

Los *Abasíes* (750-1258) desplazan el centro del Islam a Mesopotamia, llevando en el 762 la capital a Bagdad; el califa ahora se presenta como soberano absoluto, gobierna mediante fieles burócratas y vuelve fatalmente la vieja división en clanes. Es el crepúsculo del igualitarismo islámico. Estallan rebeliones en las provincias occidentales; muchos emires crean dinastías disidentes, como los *Idrisíes* en Marruecos (808-930), los *Aglabíes* en Túnez (861-909), los Tulunidas en Egipto (868-905), todos sometidos después por los *Fatimíes* (909-972), así llamados por Fátima, mujer de Alí.

Los musulmanes en España

Cuando ya los godos e hispanorromanos habían formado un pueblo y se sentían unidos por la misma religión (la católica después de la conversión de los visigodos), cuando España iniciaba pasos seguros hacia una nacionalidad, llegó lo que siglos después los escritores cristianos de la Baja Edad Media llamarían la «pérdida de España» con evidente exageración.

La llegada de los primeros musulmanes a España fue la de apoyar la causa de una de las facciones visigodas, la de los vitizanos en contra de la candidatura real de Rodorico. Pero después de la derrota del ejército del rey Rodrigo en Guadalete (711), Tariq debió cambiar de opinión e inició una verdadera campaña de ocupación. Los hijos de Vitiza quedaron relegados a segundo término. Ni Aquila, ni Paulo ni Ardabasto serían ya reyes. Se les reconocería el patrimonio real godo, en territorio que incluía más de tres mil cortijos repartidos por todo el reino y que sería repartido entre los tres, pero tendrían que renunciar a reinar.

Tariq siguió su avance hasta Toledo que conquistó sin

dificultad. Ante estos avances de Tariq, se debió inquietar el valí norteafricano Muza ben Nusayr y desembarcó con otro ejército para engrosar el ejército musulmán y también para someter a control a su subordinado Tariq que se había extralimitado en sus funciones.

Muza conquistó Sevilla y Mérida. Reunido con Tariq en Toledo, partieron hacia el NE y conquistaron Zaragoza. Así en el 715, Muza pudo presentarse en Damasco ante el califa, cubierto de gloria y cargado de oro y riquezas. El nuevo Califa Sulayman no confiaba mucho en la honradez de Muza que ya antes había sido acusado de malversación de fondos y le condenó a muerte. Luego, conmutada la pena, tuvo que pagar una enorme multa. Tal vez Sulaymán sabía por otras fuentes que Muza no había entregado todo lo que correspondía al Califa (5.ª parte del botín). De todas formas, Sulaymán permitió que los hijos de Muza, Abd al-Aziz y Abd Allah continuasen como valíes en España.

Abd al-Aziz continuó las conquistas españolas y casó con la viuda de Roderico pero su modo de gobernar debió parecer demasiado independiente a Sulaymán y fue asesinado (716). Pero ya prácticamente toda la península estaba ocupada por los musulmanes.

Los invasores no eran numerosos y estaban constituidos por árabes y bereberes, que apenas tenían entre sí más lazo de unión que la religión musulmana. Los primeros traían la refinada cultura de Damasco, y los otros eran pastores sin cultura, ávidos de riqueza. La conquista se hacía unas veces por la fuerza, pero otras veces por capitulaciones o acuerdos amistosos concertados con las poblaciones y sus jefes. Tampoco hay que imaginar una lucha de fanatismo religioso. Nada de eso. Los hispanorromanos podían seguir practicando su religión, aunque con ciertas restricciones sobre todo en cuanto a manifestaciones externas y con obligación de pagar un tributo. Por esta razón muchos cristianos abrazaron el islam. Por lo demás tanto árabes como bereberes se apresuraron a ocupar terrenos para asentarse definitivamente en ellos,

aunque los árabes se debieron reservar los mejores para sí. Los terrenos de las iglesias, los de muchos nobles huídos o simplemente expoliados, fueron tomados en propiedad por los invasores. Así pues, la población de la España musulmana o Al-Andalus se componía de: árabes y bereberes llegados a través del norte de Africa; de cristianos convertidos al islamismo que gozaban de los mismos derechos que los conquistadores y que serían llamados *muladíes* o nuevos musulmanes; de cristianos que se mantenían fieles a su fe, llamados *mozárabes* o semejantes a árabes; de judíos que continuaron su vida con relativa independencia en sus ghettos.

El valí de España estaba sujeto al Califa de Damasco aunque la distancia impedía un trato intenso entre la capital del valiato que ahora era Córdoba, y el califato de Damasco.

Sólo tras las montañas cantábricas quedaban unos pueblos aislados a los que no había llegado la invasión: los de occidente ya cristianizados y los orientales desde el Nervión hasta Pamplona, todavía paganos en su mayoría. Sería entre estos pueblos cantábricos occidentales, concretamente entre los astures, donde surgiría un primer movimiento de rebelión contra los invasores. El Islam había penetrado ya hasta Septimania a través de los Pirineos orientales y en realidad los valís o gobernadores españoles se sentían seguros. Aunque los cronistas posteriores exaltaron hasta el paroxismo el triunfo cristiano de Covadonga, es seguro que este encuentro no tuvo en aquel momento importancia alguna. Debió ser alguna incursión casi rutinaria de algunos centenares de musulmanes. Pelayo, jefe de un pueblo astur, aprovechó bien sus mejores conocimientos de la región y les infligió un buen castigo. En Córdoba tal vez ni se tuvo noticia de ello. Sin embargo esta pequeña victoria tuvo trascendencia moral. Pelayo se revelaba como caudillo indiscutible de los astures y ya se sentían con suficiente seguridad como para organizarse abiertamente creando su pequeño reino astur. No se trataba de la continuación ni de la resurrec-

ción del antiguo reino visigodo; Pelayo y sus astures no poseían una idea nacional ni pensaban probablemente en la reconquista de la península. Sólo después de la muerte del hijo de Pelayo, Fáfila, y su sucesión por Alfonso, hijo de un antiguo duque visigodo de Cantabria, casado con una hija de Pelayo, comenzó a fraguar la idea del reino visigodo y penetró en aquellas montañas el ideal de expansión hacia el sur. Alfonso I y no Pelayo es propiamente quien inicia las primeras conquistas. Alfonso y su hermano Fruela, salen de las montañas astures para internarse en Galicia y llegar hasta Astorga. Luego conquistó fortalezas en León, Zamora, Avila, Segovia... No se trataba de ocupaciones sino de simples incursiones y devastaciones. La parte realmente ocupada era hacia el 755 la costa cantábrica desde el norte de Galicia, ya repoblada, hasta el Nervión (Sopuerta). Con estas expediciones en las que los cristianos pasaban por las armas a los musulmanes que quedaban y se llevaban consigo a los mozárabes, quedó una gran zona en la cuenca del Duero, convertida en un inmenso desierto abandonado con ciudades o poblados vacíos y campos yermos.

Por esta época, el único superviviente de la familia omeya de Damasco, Abd al-Rahman o Abderramán, llegaba a España y fundaría el emirato independiente de Córdoba. La historia le conoce como Abderramán I y fue quien dio solidez al nuevo emirato. En adelante las incursiones mutuas entre el emirato y el reino cristiano, cuya capital había pasado a la nueva ciudad de Oviedo, serían contínuas. Unas veces era el Islam el que aprovechaba las debilidades cristianas, y otras los cristianos los que aprovechaban las rencillas mayores o menores entre musulmanes para devastar castillos y poblados.

IV. LOS COMIENZOS DEL FEUDALISMO

El nuevo reino de los francos

Después de Dagoberto (629-639) la dinastía merovingia se había encaminado hacia una irremediable decadencia. El apelativo de *rois fainéants* (reyes holgazanes) dado a los soberanos de este período (640-751) ilustra elocuentemente su impotencia para contener el creciente predominio político de los mayordomos, de los antrustiones y del alto clero, ya de hecho (estamos en los albores del sistema feudal) depositarios del poder legal frente a los *leudes* o *vassi* sometidos a su patrocinio.

Ya *Pipino de Landen el Viejo,* mayordomo de Dagoberto había logrado transmitir el cargo en herencia a sus hijos; su nieto, *Pipino II de Héristal el Joven,* venció en *Tertry* (687) al mayordomo de Neustria y reunificó prácticamente todo el territorio. Le sucedió su hijo ilegítimo *Carlos Martel* (714-741), quien bloqueó el avance de los árabes hacia el corazón de Europa. En Poitiers (732). En realidad la batalla no fue, ni mucho menos, decisiva, es más, fue poca cosa más que un choque (los Arabes no serán repelidos al otro lado de los Pirineos hasta el 760 por Pipino el Breve); sin embargo, fue decisiva la creación de una caballería para contraponer a la árabe, caballería que Carlos creó expropiando tierras al alto clero y concediéndolas en usufructo a sus fieles, que se comprometían a cambio al servicio militar a caballo. Un paso más, también

éste, hacia el sistema feudal. Los hijos de Carlos Martel, *Carlomán* y *Pipino* (741-768), llamado *el Breve* por la estatura, favorecieron en todo a la Iglesia. Habiéndose retirado Carlomán a un convento (747), Pipino se decidió a hacer deponer por los nobles, reunidos en Soissons, al último merovingio, Childerico III (751). El año siguiente el obispo Bonifacio, el apóstol de los germanos, ungía solemnemente como rey a Pipino por encargo de Zacarías.

En el fondo era una usurpación, si bien de este modo el poder pasaba a quien de hecho ya lo ejercía y era más digno de él: nacía así una monarquía de tipo absolutamente nuevo, a la que la legitimación de la Iglesia confería un carácter casi sacro. En cuanto a la Iglesia, el ser reconocida como depositaria del poder de legitimación equivalía al derribo del cesaropapismo bizantino. Un motivo más para una política de entendimiento con los francos.

En el 754 el nuevo papa Esteban II (752-57) marchó a Francia y en Saint-Denis, cerca de París, consagró de nuevo a Pipino como rey de los francos. A cambio obtuvo la promesa de que el Exarcado, la Pentápolis y los ducados de Perusa y Roma pasarían bajo la soberanía de la Iglesia. Fueron precisas sin embargo dos expediciones (755 y 756) para obligar a Astolfo a ceder los territorios contemplados en la donación. Nacía así oficialmente un nuevo estado, el *Estado Pontificio,* destinado a durar hasta 1870.

Se trataba ahora de legitimar este otro «abuso» (que Bizancio obviamente no reconoció) y también de evitar a la Iglesia la embarazosa posición de «beneficiada». Con tal fin se elaboró un documento apócrifo, el *Constitutum Constantini,* en base al cual Constantino, en el momento de marcharse a Oriente habría donado Occidente e Italia al papa Silvestre. La donación de Pipino (que aprobó el *Constitutum)* se convertía así en una restitución. Este documento fue creído auténtico durante todo el Medioevo, y sólo hacia la mitad del siglo XV el humanista Lorenzo Valla demostró su falsedad.

Así el mapa político de Italia se simplificaba notablemente: al norte sólo Venecia está fuera de la órbita franca (y depende nominalmente de Bizancio); en el centro está el nuevo Estado de la Iglesia (sobre el que Carlos tiene cierto derecho de ingerencia, en virtud del título de *patricius Romanorum* que se le había conferido en el 754 por Esteban II) y más al sur los ducados longobardos de Spoleto y Benevento (dejados vivir porque podrían revelarse como útiles comodines; el Sur y Sicilia, aunque en una posesión cada vez más precaria, siguen siendo de los Bizantinos.

Esta era la situación de Occidente cuando Carlomagno *(Carolus Magnus=* el gran Carlos) accedió al trono del Reino Franco.

Carlomagno

Las conquistas

En el nudo de problemas sin resolver que Carlos (768-814) heredó con el reino (problemas administrativos, diplomáticos, militares) el más apremiante era sin duda el de la seguridad de las fronteras.

En el frente oriental la sumisión de los *sajones* requirió 25 años de durísimas expediciones militares (772-97) y fue obtenida al precio de conversiones forzadas, como la del jefe Vitiquindo (Witikind o Widukind), de deportaciones y de matanzas en masa: en Verden, en un sólo día, fueron pasados por la espada 4.500 Sajones. Entretanto se había concluido la cristianización de los *frisones* (770-790), mientras se habían hecho insistentes las incursiones de los *ávaros,* situados entre el Danubio y el Tisza. Para mejor hacerles frente Carlos quitó Baviera al infiel duque Tasilón, yerno de Desiderio (787-88). Exterminados los ávaros (790-800), completó a continuación la obra con la creación de la *Marca Oriental (= Ostmark* o *Österreich=* Austria).

En el frente occidental chocó con la población pirenaica de los *vascos* y con el *Califato de Córdoba.* Una petición de ayuda por parte de tres emires rebeldes al califa le ofreció el pretexto para intervenir en España; pero fue una expedición desafortunada, gastada en un vano asedio a Zaragoza. Durante la retirada la retaguardia franca fue atacada por los vascos en *Roncesvalles* (778); allí cayó Rolando, el más famoso de los condes palatinos (o paladines). La derrota sufrida y la vastedad de los compromisos aconsejaron a Carlos una política prudente en este frente durante casi veinte años; la acción se hizo más decidida desde el 795, y llevó a la conquista de Barcelona y de Gothalandia (Cataluña) hasta el Ebro, y a la sucesiva creación de una *Marca Hispánica.*

La definitiva sumisión de los *longobardos* requirió todavía tres expediciones entre el 776 y el 787, alma de la revuelta era el duque *Ariqui* de Benevento. En la última sublevación participó también Adelqui, desembarcado en Calabria con auxilios bizantinos.

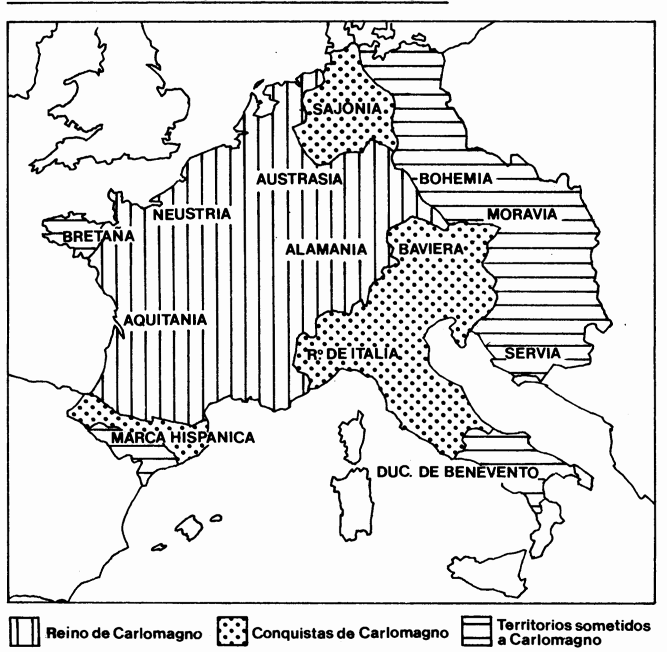
La renovación del Imperio Romano

En torno al año 800 el Imperio Carolingio se extiende desde el Ebro al Elba y al Danubio; desde Roma al Mar del Norte. Carlos está en la cumbre de la gloria y del poder. Los reyes de Escocia y de Inglaterra se declaran sus cortesanos, el califa de Bagdad se honra de ser su amigo. Después de medio milenio de disgregación se reconstruye en Europa un gran organismo estatal. No hay por tanto adulación en el título de *pater Europae* con que los poetas de corte celebran a Carlomagno. Nace espontáneamente, de la misma fuerza de las cosas, la convicción de que el Imperio Romano por fin se ha renovado. Las conciencias de la época, a las que es extraña la idea, completamente moderna, de nación, unen al ideal del imperio la natural aspiración a la paz y a la legalidad.

Otro Imperio heredero del romano, sobrevive en Oriente: pero está ya helenizado y es impotente para ejercer

cualquier función de gobierno en Occidente; además reina en aquellos años en Bizancio una mujer *(Irene)* una usurpadora que ha destronado y hecho cegar a su hijo Constantino VI (798); de modo que el trono imperial puede considerarse vacante. Pero el nuevo Imperio surgido en Occidente se ha enriquecido, respecto al antiguo, con un componente religioso: su sociedad es cristiana, *comunidad de los súbditos y cristianidad se identifican.* La misión de la que el emperador está investido no es ya simplemente civil, sino al mismo tiempo también religiosa. El nuevo Imperio será por tanto *a la vez* romano y sacro; y en cuanto sacro será universal, como universal es la fe.

Extensión del Imperio de Carlomagno



Se plantea sin embargo en términos estridentes la delicadísima cuestión de las relaciones con la Iglesia: el emperador será llevado inevitablemente a una política cesaropapista, querrá controlar las rentas eclesiásticas, influir en el nombramiento de los obispos y de los papas, pronunciarse en materia de fe. Ya en el 794, por ejemplo, Carlos tomó posición contra el culto de las imágenes: *Adriano I* (771-95) no osó reaccionar, pero es claro que la Iglesia no podía tolerar indefinidamente la ingerencia del poder imperial; es más, proclamando la superioridad de la propia misión, tenderá a considerarlo un instrumento para la propagación de la fe, exigirá su obediencia y pretenderá consagrar su legitimidad. Por su parte el emperador no podrá sino mirar la necesidad de una consagración papal como una disminución de la propia soberanía.

Lo difícilmente conciliables que eran los dos puntos de vista, fue pronto evidente con ocasión de la coronación de Carlomagno. El Papa León III (795-816), acusado de varias culpas y amenazado en su persona por la facción adversaria, se refugió en Paderborn, junto a Carlomagno, el cual aceptó pasar a Italia para juzgar las culpas atribuidas al papa. El proceso se concluyó con la declaración que el papa, como jefe de la Iglesia, no podía ser juzgado por nadie; pero está fuera de duda que Carlomagno había conseguido una posición de ventaja. Pocos días después, sin embargo, la noche de Navidad del 800, en S. Pedro, León III le puso sobre la cabeza una corona de oro con estas palabras: «A Carlos Augusto, piísimo, coronado por Dios, grande y benéfico emperador de los romanos, vida y victoria». Después ungía como rey al hijo de Carlos, Ludovico (Carlomagno ya había sido ungido rey en el 774).

Muchas suposiciones se han hecho sobre este episodio. Los cronistas de la época hablan de un Carlomagno irritado y sorprendido: ciertamente, si bien habían mediado acuerdos para la coronación, él no podía aceptar el ceremonial seguido por León III, que le ponía en la condición de beneficiado. De hecho, cuando después quiso asociar al trono a Luis, le coronó con las propias

manos. Con la paz de Aquisgrán (812) entre Carlomagno y Manuel I de Bizancio, vino después el reconocimiento por parte de Bizancio: Carlomagno tuvo derecho al título de *basileus* y se comprometió a cambio a no molestar a Venecia, que por lo demás le había hecho frente valerosamente.

Organización del Imperio de Carlomagno

Si los ideales religiosos justifican, al menos en parte, el apelativo de «sacro» dado al imperio carolingio, no parece del mismo modo aceptable el de «romano» para un Imperio que es esencialmente germánico. Está de hecho concebido como una posesión personal del emperador; y de naturaleza personal son los vínculos de fidelidad que ligan al soberano a quienes está confiado el ejercicio del poder en las distintas provincias.

El territorio está repartido en *condados,* con un *conde* (lat. *comes,* alem. *graf)* al frente; los *condados fronterizos,* llamados *marcas* (más extensos con el fin de que dispongan de mayores medios al ser mayor el peligro), están regidas por un *marqués* o *margrave (markgraf=* conde de la marca). Condes y marqueses están investidos de poderes administrativos, fiscales y judiciales; presiden la asamblea de los hombres libres; guían a sus hombres en la guerra cuando hay orden de movilización general. Sin embargo no ejercen inapelablemente las funciones soberanas, en cuanto que están sometidos a un periódico control de emisarios regios *(missi dominici,* por norma un laico y un eclesiástico). Estos velan por la regularidad de la administración y el cumplimiento de las obligaciones militares, examinan las reclamaciones, juzgan en alzada, nombran los *regidores,* funcionarios inamovibles que asisten al conde en las cuestiones más importantes.

Para coordinar la vasta actividad administrativa Carlomagno se sirve además de *funcionarios de palacio.* Coherentemente con la concepción personal del poder, la

capital está precisamente allí donde está el *palatium,* es decir donde reside el soberano con su cancillería (Paderborn, Nimega, Aquisgrán).

También en el aspecto legislativo los caracteres del Imperio Carolingio son netamente germánicos. El principio del derecho sigue siendo personal, y cada pueblo conserva las propias *leges.* El soberano, mediante *capitulares,* las puede sin embargo modificar, o bien instituir nuevas, válidas para todo el Imperio. La aprobación de los capitulares tiene lugar por aclamación, sin ningún debate, por parte de la asamblea de los grandes (dieta, *placitum)* que se celebra cada año en primavera (Campo de Mayo). También la economía está muy lejos de aquel libre e intenso movimiento que había distinguido a la economía romana. Los intercambios, que también existen, entre Oriente y Occidente, no bastan para desvincular la economía carolingia de su carácter esencialmente agrícola y curtense. El artesanado está reducido al mínimo indispensable para satisfacer las necesidades de la *curtis;* las ciudades están en decadencia; la única riqueza es la tierra. El emperador mismo no es otra cosa que el mayor propietario de terreno del reino; la importancia que tienen las rentas agrícolas resulta clara por la minuciosidad de las directrices que marca en su *capitulare de villis* sobre la dirección de las haciendas imperiales. Pero también la producción agrícola es escasa, porque falta el incentivo para producir (al no tener que aprovisionar a las ciudades) y porque la renta producida en los campos no se reinvierte en ellos, sino a menudo en la adquisición de armas, de objetos de lujo o de culto.

El Renacimiento Carolingio

Eginardo (Einhard), autor de la *Vita Caroli Magni* describe a Carlomagno (742-814) como hombre corpulento, fuerte, rubio («el de la barba florida» de las gestas). «Su presencia era siempre majestuosa y digna, tanto si estaba

de pie como sentado». Carlomagno nunca llegó a escribir correctamente pero comprendía y hablaba el latín «igual que la lengua materna». Puede que Eguinardo exagere en esta última apreciación pero no cabe duda de que su curiosidad intelectual fue muy grande. Aun sin querer tomar a la letra la noticia de su biógrafo de que gustaba de que se le leyesen durante la comida diversos libros y muy especialmente la *Ciudad de Dios* de San Agustín, hay hechos ciertos que demuestran ese interés de Carlomagno por la cultura. Así sabemos que el monje irlandés Dungal, que residía en Saint-Denis, le dio explicaciones sobre la naturaleza de las tinieblas y se conservan once cartas de Alcuino en las que expone al rey curiosidades científicas (especialmente de astronomía).

Carlomagno quiso reunir en su reino de los francos toda la herencia cultural romana dispersa en los monasterios de las islas británicas, en Italia y en la España visigoda. Si la aristocracia de Austrasia era de lengua germánica y tenía que aprender el latín a base de gramática, este mismo problema había tenido la de las islas y lo había resuelto tan satisfactoriamente que su latín podía servir de ejemplo a los continentales. De hecho la tradición cultural monástica angloirlandesa se había extendido ya en forma de escuelas episcopales y monásticas primero en Alemania por obra de San Bonifacio (ca. 680-755) y luego en Galia. Ahora Carlomagno quería fundar una escuela modélica en la que se formasen los jóvenes aristócratas destinados a ocupar en el futuro cargos importantes tanto en el gobierno y administración como en la iglesia (obispados). Entre los hombres cultos que llamó a su corte están Pedro de Pisa, Pablo diácono, Teodulfo y, por encima de todos, el que fue alma de la escuela palatina, *Alcuino de York* (ca. 735-804).

Alcuino había nacido en Northumbria y se había formado en la escuela episcopal de York, donde existía una buena biblioteca de obras clásicas. El confiesa que fue «más aficionado en la juventud a Virgilio que a los Salmos». Alcuino no es un intelectual de ideas originales

como, por lo demás, no lo fueron estos monjes más dedicados a transmitir el saber de los anteriores que a aumentarlo con su esfuerzo de originalidad personal. Lo que Alcuino nos transmite en sus *Opera didascalica* o de enseñanza, es lo que halla en S. Isidoro y en Beda. Sin embargo la obra organizativa de este monje de York será inmensa. Durante sus dos largas estancias en la corte real (782-90 y 793-801) organiza los estudios según el ordenamiento ya tradicional, del Trivium (Gramática, Retórica, Dialéctica) y de Quadrivium (Aritmética, Geometría, Música y Astronomía) que se denominaban en su conjunto *Artes liberales.*

Para Alcuino, las siete Artes «son las siete columnas de la sabiduría».

El mismo escribe tratados *De Gramatica, De Orthographia, Dialogus de Rhetorica et Virtutibus* y otras teológicas de escasa originalidad.

En realidad la Ciencia que se sustentaba en estas «siete columnas», sin ser en absoluto despreciable, adolecía de algo que hoy consideramos esencial: la experimentación. La formación que pudiéramos llamar básica la constituía el *Trivium* y estaba dominada por el estudio de la gramática. El adjetivo «trivial» ha perpetuado en nuestra lengua esta idea de elementalidad que caracterizaba a esta etapa de la educación medieval.

El quadrivium representa el grado superior de la Cultura alto-medieval en la que se lleva la primacía la Astronomía. Por su parte la Aritmética no se libera sino lentamente de las limitaciones que le impone el uso de los números romanos y el empeño por buscar en todo constataciones religiosas y bíblicas. Así el número 3 alude a la Trinidad; el 4 a los elementos naturales, el 7 a las iglesias y ángeles del Apocalipsis; el 10 es el número perfecto, etc. La Geometría se reduce casi a la Geografía y las Ciencias de la Naturaleza no atraen el interés de los maestros hacia la experimentación sino hacia la recogida de rarezas de países lejanos que se admiten con extraordinaria credulidad o hacia la

mera utilidad inmediata. Animales, plantas, minerales, etc. interesan ante todo para curar enfermedades. Por lo demás, la observación de la Naturaleza se hace siempre con la idea básica de que las cosas materiales son «corporales imagines» de la gloria de Dios. El hizo las cosas para que ellas proclamen la gloria de su nombre. Esta imagen de la gloria de Dios es lo primero que busca el *sabio* medieval. Las fábulas de unicornio, del Pelícano desangrándose por sus hijos, el ave Fénix resucitando de sus cenizas son, ante todo, símbolos religiosos y su *verdad* de tales es inconmovible. Animales y plantas reales interesan también ante todo por su simbología: el junco siempre verde significa la inmortalidad; las montañas pedregosas y yermas la soberbia; los valles la humildad; el murciélago como amante de las tinieblas representa bien al demonio; el agua y la sangre (elementos del cuerpo humano) simbolizan bien los dos supremos sacramentos: el bautismo y la eucaristía. En resumen, la Alta Edad Media busca ante todo la *evangelica veritas* (verdad evangélica) que, en expresión de Alcuino, se contrapone a las *«Vergilica mendacia»* (mentiras virgilianas). Pero si la cultura monástica de la Alta Edad Media no se distinguió por la investigación original ni por la ciencia experimental, realizó una labor gigantesca como transmisora de la cultura anterior. En efecto, Alcuino es un gran promotor de los *Scriptoria* o escritorios de los monasterios. «Escribir libros sagrados es mejor que arar el suelo para plantar la viña porque lo uno nutre el espíritu y lo otro sólo el estómago». Pero no fueron sólo Libros Sagrados lo que copiaron en estos *Scriptoria* sino libros de autores cristianos y paganos. El trabajo de los amanuenses se vio facilitado con la introducción de la letra minúscula carolina, redondeada y clara, que era una modificación de la empleada en Irlanda y Gran Bretaña. El trabajo de los escritorios monásticos fue gigantesco. Recordemos que, por ejemplo, en el monasterio de S. Martín de Tours donde se retiraría Alcuino al fin de su vida, había 20 copistas trabajando a la vez y que en el catálogo de la biblioteca de Bobbio (realizado en el s. X) se consignan

666 manuscritos entre los que figuran, además de los Libros Sagrados y otros religiosos, obras de Ovidio, Terencio, Virgilio, Lucrecio, Cicerón, Séneca, Juvenal. Una obra ingente realizada en silencio y sin algaradas. Una obra que nunca agradeceremos bastante los que la hemos heredado.

Aunque no se trate de una época de grandes personalidades intelectuales, podemos citar a Rabano Mauro, Eginardo y Juan Escoto Eriugena *Rabano Mauro* (Hrabanus Maurus, ca 780-856) fue un monje alemán formado en la escuela de Fulda. Estudió teología en San Martín de Tours donde estaba a la sazón Alcuino y luego fue abad de Fulda y arzobispo de Maguncia. Rabano Mauro convirtió a Fulda en un centro de irradiación religiosa y cultural de alcance universal. Además escribió personalmente obras de disciplina eclesiástica *(De institutione clericorum),* comentarios a la Biblia y obra enciclopédica *(De Universo).*

Eginardo o *Einhard* (ca. 770-840) se educó también en la escuela de Fulda y luego en la de Palacio donde fue condiscípulo de Ludovico Pío. Su facilidad de versificación le facilitó el camino hacia el círculo más íntimo de Carlomagno y, como arquitecto, intervino en la dirección de las obras del palacio de Aquisgrán. Eginardo es de los pocos escritores no religiosos y que además tomó como tema un asunto profano, la vida del emperador. La *Vita Caroli* de Eginardo no es una historia crítica sino un panegírico pero muchos datos son de primera mano puesto que convivió con el rey por lo que resultan de gran valor.

Juan Escoto Eriúgena (ca. 830-ca. 880) es sin duda el intelectual más prestigioso y más original de todo el Renacimiento carolingio, su último y más brillante destello. Poco sabemos de su vida ya que ni siquiera se puede afirmar con seguridad si era escocés o irlandés, aunque es más probable que naciera en Irlanda (Scotia maior). Fue profesor en la escuela palatina. Escribió un tratado de la predestinación *De predestinatione* que fue recibido con desconfianza e incluso fue tomado como sospechoso de

herejía. Conocedor del griego, tradujo al Seudo-Dionisio Areopagita, con lo que introduce un nuevo rayo de luz, el *platonismo cristiano* en un mundo que no sabía de sus gramáticas. Su obra principal, y la más personal, es *De divisione Naturae* (Sobre la división de la Naturaleza). Escoto ve en la Naturaleza o Universo existente, cuatro divisiones: 1) La Naturaleza que crea y no es creada *(Natura creans non creata)* que es Dios. 2) La Naturaleza que crea y es creada *(Natura creans et creata)* que son las formas inteligibles. 3) La Naturaleza que no crea y es creada *(Natura creata non creans)* que es el Mundo. 4) La Naturaleza que ni crea ni es creada *(Nec creata nec creans)* que es Dios en cuanto fin de Toda la Creación. No es difícil detectar en esta división de la Naturaleza, cierto espíritu neoplatónico.

El sistema feudal

El orden dado por Carlomagno al Imperio constituía una respuesta realista a las necesidades de la época. Carlomagno aceptó la realidad social y económica tal como se había venido determinando en el curso de cinco siglos; respetó, sin ceder a la tentación de imposibles modificaciones, mentalidades e instituciones ya arraigadas, pero supo dominar sus tendencias disgregadoras encuadrándolas en un coherente sistema de gobierno. Renunció a ejercer directamente el poder porque no podía crear de la nada un aparato burocrático y un ejército estable; y para que los hombres a los que confiaba la gestión del poder fuesen capaces de cumplir sus obligaciones, los recompensó con la única forma de riqueza disponible en el régimen curtense, la tierra.

Nació así el régimen feudal, que fue un modo especial de concebir y de organizar el estado y de regular las relaciones sociales en el marco de la economía curtense. La institución característica de este sistema es el *feudo,* es decir la *concesión de bienes a cambio de servicios.* El

término entró en el uso corriente a finales del siglo IX como sinónimo del término latino *beneficium* (concesión de bienes) y deriva con toda probabilidad del germánico *Vieh* (pronunciación *fi*= ganado), del que derivan además el galo-romano *fief* y el provenzal *feu,* para designar los bienes muebles y el ganado dados en pago a falta de dinero. Otro término propuesto es *feod* (compuesto de *fe,* bienes obtenidos en compensación, y *of,* posesión).

Todas las conjeturas llevan de cualquier modo a la misma conclusión: en la base de la relación feudal está un contrato, en fuerza del cual un hombre concede a otro hombre la posesión (no la propiedad) de determinados bienes *(beneficium)* a cambio de lo cual el beneficiado le rinde *homenaje* o *vasallaje,* es decir, se declara su *homo* o *vassus* (del céltico *gwas)* y se compromete a prestarle determinados servicios (combatir a caballo para él, pagarle tributo por varios motivos, proporcionarle soldados y forraje, contribuir a su rescate si cayera prisionero, a dotar a sus hijas que vayan a casarse). El beneficio, en los primeros tiempos, es personal, y a la muerte del vasallo el señor *(senior)* adquiere de nuevo totalmente su posesión. El contrato es solemnizado con la ceremonia de la *investidura.* Si el feudatario incumple sus compromisos, será reo de *felonía* y podrá ser privado del feudo, y a la inversa una ofensa del señor le eximirá de sus obligaciones de fidelidad.

Directamente investidos por el soberano son los duques (los *duces* longobardos), los condes francos, los marqueses, los burgraves *(burggraffen*= condes de castillo), los landgraves *(landgraffen*= condes de país). Cuando el feudo es demasiado extenso, estos pueden confiar parte de él a *valvasores (vassi vassorum*= vasallos de los vasallos) y estos a su vez a *valvasinos,* y así sucesivamente hasta el último escalón de la escala feudal *(nobiles, milites, caballarii),* siempre permaneciendo firme que *cada vasallo está ligado exclusivamente a su inmediato superior y a él sólo debe obediencia, aun en el caso en que éste se rebele contra el soberano.*

El tercer elemento del sistema feudal es la *inmunidad,* que consiste en la exención parcial o total de algunas obligaciones y de algunos controles (reducción de contribuciones, carácter inapelable de las sentencias, libertad de imponer tasas y peajes, etc.): un verdadero acaparamiento de los derechos reales *(regalia iura),* que habían aparecido ya mucho antes.

La inmunidad más importante es sin duda el derecho de transmitir en herencia el beneficio. El abuso, ya generalizado, fue legalizado para los feudos mayores por Carlos el Calvo con el *capitular de Quierzy* (877) y, para los menores, por Conrado II el Sálico con la *Constitutio de feudis* (1037). Cuando al beneficio y al vasallaje viene a unirse la inmunidad, al monopolio de los recursos económicos se añade el monopolio (legalizado o arbitrario) del poder, entonces el feudo se convierte en una institución política y el sistema feudal es completo. La consecuencia inmediata de este monopolio es que en el mundo feudal la ley no es igual para todos; ninguna ley, de hecho, tutela a quien no forma parte de la sociedad feudal, es decir, a quien no está ligado por el contrato feudal. La sociedad feudal es extremadamente sencilla y tiende ulteriormente a simplificarse: la ya exigua clase de los pequeños propietarios de los campos acaba por desaparecer: obligados al servicio militar (la base económica para el reclutamiento de un soldado es de 3-4 *mansos,* aproximadamente 4 hectáreas), no logran hacer frente al compromiso, bien por gravoso, en cuanto que el soldado debe armarse y mantenerse a sus expensas, bien por las frecuentes campañas militares que se tienen en los meses de más intensa actividad agrícola. Por eso pronto se difunde el uso de ceder la propiedad a un señor laico o eclesiástico, para recibirla después bajo la forma de beneficio. De tal manera el señor feudal recibe riqueza tanto de arriba como de abajo y la sociedad se diferencia cada vez más netamente en *señores y campesinos* (siervos o libres). Sólo un modesto número de *libres* (artesanos, comerciantes, pequeños propietarios) sobrevive en las ciudades: pagan un tributo o prestan servicio militar a pie.

Gracias a las inmunidades de que goza, el señor tiene a los campesinos a su merced: administra la justicia a su discreción y del mismo modo establece las indemnizaciones y tasa, por así decirlo, sus necesidades: los campesinos deben pagar el herbaje para recoger el heno, fogaje para hacer leña, el viático, el portazgo o el derecho de atravesar un puente; se añaden además las contribuciones extraordinarias (impuestos), las jornadas de trabajo no retribuidas (angarias, sernas, facenderas) la obligación de servirse de los molinos, de las tabernas, de los hornos propiedad del señor, que absorbe también el restringido margen de libre actividad dentro del cual podría encontrar espacio la laboriosidad de una clase media.

Esta explotación es por otra parte necesaria para el señor para hacer frente a sus obligaciones feudales, a la construcción y a la manutención del castillo, que debe servir de refugio a todos; para mantener la mano de obra artesanal que cuida de las necesidades de la *curtis.*

Los aspectos más vistosamente negativos del sistema feudal son por tanto el carácter personal que liga el vasallo al señor y la consiguiente disminución del poder regio, con todos los abusos que de ello se derivan, entre ellos la explotación de los sometidos.

A pesar de esto el régimen feudal no está desprovisto de aspectos positivos, habida cuenta de las condiciones económicas de la época. Los mismos explotados encuentran organización y protección, y se evita al menos la completa ruina social y económica. Naturalmente, cuando la superación de la economía curtense libere nuevas energías y nuevas fuerzas sociales, la clase feudal será inadecuada para dirigirlas y para representar sus intereses y habrá terminado su función histórica. De fuerza positiva se convertirá en fuerza retardante, negativa. Sin embargo, ella defenderá encarnizadamente sus privilegios, que sobrevivirán —limitándonos a Europa— hasta la tempestad de la Revolución Francesa.

La crisis carolingia y los reinos feudales de Occidente

La desmembración del Imperio Carolingio

Carlomagno murió en Aquisgrán el 28 de enero del 814, a los 72 años, tras 46 de reinado. Le sucedió su hijo Luis o *Ludovico,* llamado *el Pío* (814-840), único superviviente de sus hijos.

En el 817 Ludovico Pío, con una *Ordinatio Imperii,* designó para sucederle a *Lotario* como emperador y a los otros dos hijos, *Pipino* y *Luis* llamado el *Germánico,* asignó respectivamente Aquitania y Germania con funciones de virreyes, prohibiendo ulteriores divisiones. A Lotario le asignó también Italia, arrebatada a su primo Bernardo rebelde a sus deseos.

En el 829 Ludovico Pío, que había contraído nuevas nupcias, violó la propia *ordinatio* para contentar las pretensiones del hijo nacido de este matrimonio, *Carlos* llamado después *el Calvo.* Nació de ello una feroz contienda, que llevó al temporal destronamiento de Ludovico (833). La situación se simplificó después tras la muerte de Pipino (838) y del padre (840), y a la alianza entre Carlos el Calvo y Luis el Germánico contra Lotario. Este, derrotado en Fontenoy (841), reconoció la autonomía de los hermanos, sin por otra parte romper su acuerdo, que incluso se consolidó todavía más *(juramento de Estrasburgo,* 842). Los tres hermanos se reunieron por fin en *Verdún* para proceder al reparto del Imperio. Se formaron tres reinos: el Reino Central (843-75) bajo Lotario, que mantuvo el título imperial; el Reino Oriental (843-911) bajo Luis el Germánico; el Reino Occidental (843-887) bajo Carlos el Calvo.

Muerto Lotario el *Reino Central* fue dividido entre sus tres hijos: *Luis II* (855-75) tuvo Italia y el título imperial, *Carlos* (muerto en el 863) Borgoña y Provenza, *Lotario II* (muerto en el 869) la Lotaringia *(Lotringen=* Lorena).

Luis II se detuvo en Italia, absorbido por la rivalidad con el papa *Nicolás I* (858-67) que no toleraba su ingerencia, y por las luchas con los sarracenos y con los longobardos de Benevento (de los que, además, cayó prisionero). Para sostenerse, buscó el entendimiento con *Manuel III* de Bizancio (842-67). En aquel tiempo el papa y el patriarca de Constantinopla, Focio, se disputaban el control de la Iglesia búlgara, que se había constituido hacía poco tiempo (865). Un Concilio convocado en Constantinopla declaró depuesto a Nicolás *(cisma de Focio,* 867) y Luis fue encargado de ejecutar la sentencia a cambio de ayudas contra los sarracenos. El choque entre las dos máximas autoridades de Occidente se evitó con la muerte de Manuel, cuyo sucesor *Basilio I* (867-86) expulsó a Focio, pero no envió auxilios. A la muerte de Luis II el Reino Central se disuelve. Carlos el Calvo hereda Italia y el título imperial (875-77); Luis el Germánico obtiene la Lotaringia oriental desde el año 870. El *Reino oriental,* a la muerte de Luis el Germánico, es dividido entre sus hijos *Carlomán* (muerto en el 880), *Luis III* (muerto en el 882) y *Carlos III el Gordo* (muerto en el 888). Carlos el Calvo invade la Lotaringia, pero es derrotado por Luis y, debilitado de este modo, no es capaz de resistir las presiones de los grandes y con el *Capitular de Quierzy* (877) se obliga a conceder en herencia los feudos mayores.

Las devastaciones provocadas por las incursiones normandas, sarracenas y húngaras (de las que hablaremos enseguida) y la insubordinación de los grandes aceleran la disolución del Imperio Carolingio. Carlos III el Gordo lo reunifica por última vez: sin embargo, se revela inepto y débil, como cuando, para liberar París del asedio de una banda normanda, se humilla a pagar un tributo y a dejar vía libre a los normandos hacia Borgoña. Finalmente es depuesto por una asamblea reunida en Maguncia por iniciativa de su sobrino Arnolfo de Carintia (887). Así se concluye la desaparición del Imperio Carolingio. Se constituyen varios reinos independientes (Francia, Alemania, Italia, Borgoña, Provenza), en los cuales es idéntico el panorama político: los grandes acumulan inmunidades,

haciéndose dueños absolutos de los feudos; la autoridad monárquica encuentra asensos sólo en los momentos de peligro, pero el apoyo de los feudatarios se obtiene siempre a precio de gravosas concesiones, con grave perjuicio para la que es ahora la tarea más urgente de la monarquía: la defensa contra los nuevos invasores.

Los nuevos invasores normandos

Los *normandos* (hombres del Norte) o *Vikingos,* instalados en Dinamarca y en Escandinavia, habían mantenido durante mucho tiempo relaciones bastante pacíficas con Occidente, buen comprador de los productos típicos del área báltica (sobre todo pieles y pescado seco). Pero a finales del siglo VIII comienzan a llevar a cabo incursiones a lo largo de las costas. Con sus naves de fondo plano remontan el curso de los ríos, penetran profundamente en el interior y siembran por doquier matanzas y ruina. Estas incursiones son quizás el reflejo de un reforzamiento del poder regio en el interior de la sociedad vikinga, por lo que la aristocracia guerrera busca desahogo en el exterior. Está comprobado que a partir de este período se nota en todo el mundo normando un general movimiento de expansión: los *vikingos suecos* se orientan hacia Rusia; los *noruegos* hacia las Hébridas (aproximadamente, 830), las Orcadas, las Shetland, Escocia, Islandia, Groenlandia y una tierra que ellos llaman Vinland y que quizás pueda identificarse con América Septentrional (aproximadamente, 1000).

Las incursiones de los *vikingos daneses* se abaten por el contrario sobre Europa occidental, que no es capaz ni siquiera de oponerse a sus sucesivos ataques. El cuerpo de expedición de hecho tampoco vuelve más a la patria y pasa el invierno en el lugar elegido como base de partida para la expedición que se efectuará la primavera siguiente: los campamentos se transforman en instalaciones fijas. Los jefes no tardan en comprender las ventajas que pueden derivarse para ellos de las instituciones de los

francos, y dan vida a su vez a señoríos feudales. En Inglaterra surge el reino del Danelaw (866-926); en el 911 el jefe *Rolón* (Hrolf) se establece en la región que se llamará después Normandía y, después de haberse hecho bautizar (912), se reconoce vasallo de Carlos el Simple. En oriente, a los inmensos espacios dejados libres por los germanos, habían venido a establecerse los *eslavos,* que en el curso del siglo VI habían ocupado el territorio entre el Elba y el mar Negro, mientras que los *Búlgaros,* de estirpe mongólica, se habían instalado en el bajo Volga (de aquí el nombre de Vulgaros o Bulgaros), para después avanzar al abrigo de los eslavos. Entre estos pueblos vienen por último a introducirse los *húngaros,* también de raza mon-

Invasiones Normandas



gólica. Su avance divide a los eslavos en varios grupos: serbios y croatas, chechos y moravos, polacos, rusos, se establecen en sus sedes actuales. En la segunda mitad del siglo IX los húngaros se sitúan en Panonia, base de partida para sus tremendas incursiones hacia occidente, que durarán un siglo. Sus mismas destrucciones les obligan a objetivos cada vez más lejanos: Baviera, Borgoña, Alsacia, Lorena, Italia, e incluso España.

Francia bajo los primeros Capetos

Ninguno de los reinos surgidos del disuelto imperio carolingio posee la fuerza suficiente para neutralizar a los nuevos invasores. En Francia el primer rey, *Eudes* (887-98), conde de París, se encuentra a menudo en dificultades contra los normandos, y la investidura conferida a Rolón por *Carlos el Simple* (898-927) tiene todo el aspecto de un reconocimiento forzoso. La anarquía de los feudatarios es total. Pero una coalición de grandes pone al fin en el trono a *Hugo Capeto* (987-96). Comienza la dinastía de los Capetos, cuya rama directa reinará hasta 1328. Bajo *Roberto el Piadoso* (996-1031) y *Enrique I* (1031-60) se asiste a un gradual asentamiento de las instituciones: se afirma el *feudo franco,* basado en la transmisión en herencia a sólo el primogénito, y los dominios de la corona no se dividen más (en contraposición al *feudo lombardo* que sí es dividido entre los herederos, y ello explica el más rápido debilitamiento de la feudalidad en Italia). Se reconoce como legítima la coronación tenida lugar con el beneplácito de la Iglesia. A pesar de todo la autoridad monárquica sigue siendo poco más que nominal.

El reino feudal de Italia

Especialmente agitada fue la vida del reino feudal de Italia, donde las rivalidades entre las grandes marcas de Friul, de Toscana, de Spoleto y de Ivrea se complican con

las sangrientas vicisitudes del Estado de la Iglesia (durante la llamada *edad de hierro del papado).*

A *Berengario I del Friul,* elegido rey en el 888, ya el año siguiente se opone *Guido de Spoleto,* que en el 891 obtiene la corona imperial de manos de *Esteban V* (885-91). Muerto Guido (894), la facción rival, que encabeza el papa *Formoso* (891-96), invoca la ayuda de *Arnolfo de Carintia.* Este desciende a Italia, ciñe la corona imperial, y a continuación regresa a Alemania. Toma entonces la delantera la facción espoletina. El hijo de Guido, *Lamberto,* pone en el trono papal a *Esteban VI* (896-97). Es tanta la sed de venganza que el cadáver de Formoso es exhumado de nuevo, «procesado», vilipendiado y arrojado al Tíber. Poco después muere asesinado Esteban VI. Muerto también Lamberto (898), vuelve a reinar Berengario, al que los marqueses de Toscana y de Ivrea oponen a *Luis de Provenza* (rey en el 900 y emperador en el 901). Vencido Luis (905), Berengario se apoya en la facción romana de los condes de Túsculo, guiada por *Teofilacto* y por su mujer Teodora, y en el papa *Juan X* (914-28), del que obtiene la corona imperial tras haber vencido a los Sarracenos del Carigliano (951). Pero surge contra él otro antagonista: *Rodolfo II de Borgoña,* que es coronado rey en Pavía, mientras Berengario aparece asesinado en Verona (924). La corona imperial no se asignará ya hasta el 962. Vuelto a Borgoña Rodolfo, que se ha arruinado con sus defensores, la corona de Italia es ceñida por *Hugo de Provenza* (926-45). En Roma la vida política está ahora dominada por *Marocia,* hija de Teofilacto; ya viuda de un marqués de Toscana y de un duque de Spoleto, Marocia logra hacer elegir papa a un hijo suyo, *Juan XI* (931-36); un matrimonio entre ella y Hugo significaría por tanto el control de Italia centro-septentrional y del título imperial. El matrimonio de hecho tiene lugar en el 932. Pero la aristocracia romana, guiada por un hijo natural de Marocia, *Alberico,* se levanta: Hugo es expulsado y Marocia encarcelada. Durante veinte años (932-54) Alberico gobierna Roma como dictador con el título de *princeps et senator;* en conjunto el suyo es un buen gobierno: la

defensa está asegurada, el estado está reorganizado. También los cuatro papas que Alberico elige son todos dignos (no lo será así su hijo, elegido después de su muerte).

Crece entretanto la hostilidad contra Hugo de Provenza, odiado por los grandes porque se apoya en la pequeña feudalidad, y convertido en demasiado potente desde que su hijo *Lotario* se casó con *Adelaida de Borgoña.* Vencido y destronado por *Berengario II de Ivrea,* nieto de Berengario I, Hugo se refugia en Provenza (donde muere el año siguiente). *Lotario* (946-50) hereda la corona, pero bajo la tutela de Berengario, que a su muerte (ocurrida, parece, por envenenamiento) se hace rey y asocia al trono a su hijo *Adalberto* (950-61). Ahora su plan es obligar a Adelaida a casarse con Adalberto: pero Adelaida invoca y obtiene la ayuda de *Otón I de Sajonia,* como veremos mejor a continuación. Diez años después (962) Italia entra en la órbita del Imperio Romano de nacionalidad germánica y en ella permanecerá durante siglos.

El Reino de Alemania y el advenimiento de la casa de Sajonia

En el reino de Alemania ni el ya citado *Arnolfo de Carintia* (888-99) ni su hijo *Luis el Niño* (900-11) logran poner remedio a la insubordinación feudal. El contínuo estado de alarma causado por las incursiones húngaras se resuelve en una consolidación de la feudalidad, la única capaz de ofrecer protección a las poblaciones. Se forman en este período los *ducados de estirpe,* correspondientes a los territorios ocupados por cada una de las distintas ramas del pueblo alemán: Baviera, Sajonia, Franconia, Lorena, Suabia. Al extinguirse con Luis la rama carolingia de Alemania, el reino se convierte en electivo. Al débil *Conrado I de Franconia* (911-19) le sucede *Enrique I de Sajonia* (919-36), llamado el *Pajarero,* iniciador del esplendor de la nueva dinastía.

V. ESPAÑA MUSULMANA Y LOS ORIGENES DE LA RECONQUISTA

La situación general de la Península

La resistencia visigoda a la conquista musulmana había sido muy débil. El primer núcleo de oposición armada había surgido en las montañas de Asturias y había dado lugar a la formación del reino de Oviedo. Uno de sus monarcas, Alfonso I (739-757), había comenzado la expansión.

Aprovechando las disensiones internas musulmanas entre árabes y bereberes, traspasa las montañas hacia el Sur, llegando hasta Astorga y Coria. Se le entregan las fortalezas de León, Lugo, Oporto, Oca, Miranda de Ebro, Salamanca, Avila, Segovia. Muchos cristianos aprovechan la ocasión para trasladarse al Norte y Alfonso repuebla con ellos tierras en Santander, hasta Vizcaya (Sopuerta y Carranza), en Alava, en la Bureba y en la Rioja. Estos repoblamientos serán pilares firmes del nuevo reino, mientras que las ocupaciones de castillos son esporádicas. Lo que queda claro a finales del siglo VIII es que un reino cristiano se consolida en el Norte y Noroeste.

Por su parte en el Sur, en las tierras sometidas al poder de los musulmanes, que llevaban el nombre de Al-Andalus, los musulmanes van estructurando sus nuevas

posiciones y hallan el modo de afirmar su personalidad como emirato, independiente de Bagdad. El año 756, Abd al-Rahmán I, descendiente omeya que había conseguido librarse de las matanzas contra su dinastía en Damasco, crea el emirato independiente de Córdoba. Era una venganza que el joven príncipe Omeya, de Damasco, 26 años, se tomaba contra los abasíes de Bagdad. Abd al-Rahmán o Abderramán I se hallaba, pues, de pronto, ante la tarea de crear un nuevo Estado musulmán, unido en el interior y fuerte contra los posibles ataques de los abasíes por el mar, de los cristianos de Oviedo por el N y NE y de los francos por el NE. De todas formas, no hay que imaginar que los astures suponían en esta época un peligro serio para Abd al-Rahmán. Más bien eran los astures los que tenían que temer de los musulmanes. Pero llegada la ocasión, los cristianos sabían responder a las aceifas o incursiones veraniegas de los muslimes con otras a castillos y poblados situados en pleno territorio de Al-Andalus. En el NE, la situación era un poco confusa. Por una parte, los vascones de Navarra miraban con desconfianza tanto hacia el reino franco como a los árabes, sólidamente establecidos en el valle del Ebro. Por otra, Carlomagno no perdía su interés por penetrar más profundamente en la Península, al menos hasta Zaragoza. Por fin, los mismos valíes o gobernadores musulmanes del valle del Ebro no se sentían simples vasallos de los emires de Córdoba. La distancia les daba suficiente margen de seguridad para mirar por sus propios intereses, que no siempre iban a coincidir con los de Córdoba.

Entre el reino de Al-Andalus y el de Oviedo se extendía además una extensa franja, el valle del Duero, que se había convertido en una tierra de nadie, en un desierto humano, con pueblos vacíos, porque sus habitantes habían buscado parajes más tranquilos, menos expuestos a que una aceifa les dejase en un momento sin la cosecha, o lo que era peor, sin vida o al menos sin libertad, deportados como prisioneros. Estas aceifas se dirigían preferentemente a los flancos del reino astur, es decir, a Alava por el E. y a Galicia por el O. Los vascones navarros, por su parte,

procuraban tener buenas relaciones con sus vecinos musulmanes del sur. Precisamente el conde godo Casius, convertido al Islam, iba a fundar una dinastía familiar, los Banu Qasi, que con sede generalmente en Tudela iba a jugar un papel importante en la zona. Los francos de Carlomagno eran un peligro para los musulmanes, pero también para los vascones de Pamplona y para los otros cristianos independientes de las estribaciones pirenaicas. Que así lo entendían los vascones de Navarra quedó patente en la llamada «rota de Roncesvalles». En efecto, en 778, y a instancias del gobernador Sulaymán de Zaragoza, decidió Carlomagno penetrar en la Península y conquistar Zaragoza, haciendo de Sulaymán un vasallo suyo. Llegado a Pamplona, recibió el vasallaje de la ciudad y siguió hasta Zaragoza. Sin embargo, el lugarteniente dejado por Sulaymán, Al-Husayn, no quiso entregar la plaza y el sitio se prolongaba tanto que Carlomagno decidió repasar los Pirineos por el desfiladero de Roncesvalles. Casi lo había pasado ya el ejército cuando los vascones y seguramente también sus aliados musulmanes atacaron por sorpresa y con manifiesta ventaja del terreno, a la retaguardia y la diezmaron. Entre los guerrilleros estaban Roldán, duque de Bretaña; el noble caballero cuya leyenda iba a conmover al Medioevo: «En París está Dña. Alda, esposa de Don Roldán».

De todas maneras, cuando Abd al-Rahmán I moría, el año 788, dejaba un reino bien cimentado, pero para ello había tenido que luchar implacablemente contra los rebeldes que mantenían la esperanza de que desapareciera este omeya. Ahora sólo faltaba un emir que volviese a encender la tea de la guerra santa, un tanto apagada últimamente con las rencillas internas. Esto lo iba a hacer su hijo Hisham I, político muy capaz y musulmán devoto. La brevedad de su reinado salvó, sin duda, al reino astur de un desastre irreparable. Las aceifas de Hisham I llegaron hasta la misma Oviedo, conquistaron Astorga, atacaron de nuevo Alava. Con la muerte de Hisham comenzó en Al-Andalus una nueva época de inestabilidad y de rencillas. Esto da un respiro a los cristianos, que han comenza-

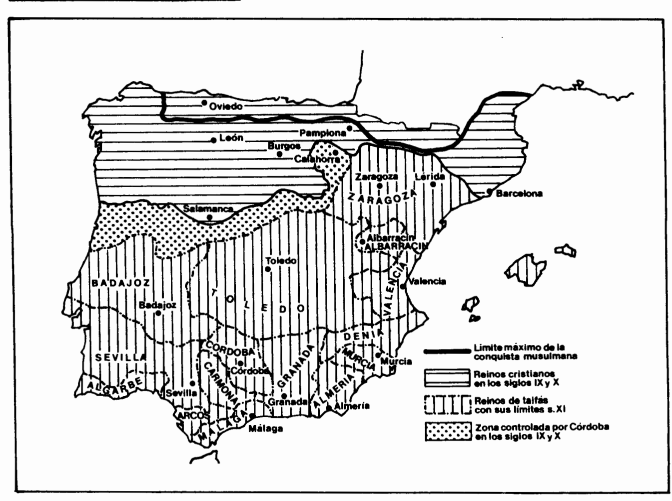
do ya a restablecer la iglesia visigoda que le da al reino la pátina de la tradición perdida. Poco a poco los reyes se van sintiendo continuadores de la antigua monarquía y a los musulmanes los van mirando como invasores o al menos usurpadores de un poder que es de ellos. La inmigración de los mozárabes contribuía a renovar el espíritu godo y su tradicional espiritualismo. Como muchos de ellos eran clérigos cultos, el ambiente cultural fue poco a poco cambiando en el reino astur, que en las primeras décadas del siglo sólo había conseguido sobrevivir. La corte fue tomando cada vez mayor solemnidad y los cronistas se encargaron de buscar para los reyes asturianos antecedentes godos. Al ir adquiriendo mayor seguridad, los reyes fueron tomando contacto con el imperio carlovingio. De todas formas, las precarias condiciones económicas no permitían el boato ni el esplendor de una corte como la de los reyes francos. En tiempo de Alfonso II el Casto, la organización del reino seguía la pauta de los antiguos godos, aunque mucho más simplificada. En la corte existía un mayordomo de palacio, un condestable (comes stabuli) y un «comes notariorum». Por lo demás, la pequeña extensión del territorio no permitía su división en condados regidos por *comités,* como sucedía entre los francos. La centralización era absoluta.

El reino musulmán de Al-Andalus

El reino de Al-Andalus no era en su constitución interna tan sólido como pudiera parecer. Ya hemos dicho cómo los Banu Qasi y otros jefes musulmanes se revelaban de vez en cuando contra los emires en Zaragoza Toledo y otras ciudades. Pero en el interior de las mismas poblaciones, la heterogeneidad de las gentes en razas y religión era demasiado grande para que no saliera a la superficie con alguna frecuencia. Entre los descendientes de los invasores se habían creado dos sectores sociales bien distintos: los descendientes de los sirios y los de los bereberes norteafricanos. Ambos grupos, a su vez, tenían

la oposición y en ocasiones el odio de los hispanos islamizados o muladíes y de los hispano-cristianos o mozárabes. A veces estos dos últimos grupos se sentían hermanados entre sí por su idiosincrasia, pero tampoco faltaban ocasiones en que los mozárabes manifestaban airadamente su rechazo a las doctrinas de Mahoma que los muladíes aceptaban de corazón. A mediados del siglo IX se da entre los mozárabes de Córdoba una especie de revolución mística alentada por Eulogio y Alvaro. Los exaltados cristianos se lanzaban voluntariamente al martirio o a lo que ellos suponían tal, denostando públicamente a Mahoma y negándose luego obstinadamente a retractarse. Fue en vano que un concilio mandado reunir por Abd al-Rahmán II en Córdoba condenase este modo de buscar el martirio. Las soflamas de Eulogio y Alvaro inspiraban más confianza. El mismo Eulogio, nombrado ya metropolitano de Toledo, moriría sin querer retractarse de sus ofensas a Mahoma y merecería por ello la palma de mártir y la corona de santo. Así era el ambiente apasionado que

El Islam en España



vivía por entonces en Al-Andalus una población autóctona española que tenía además conciencia de su superioridad numérica, al menos en unión con los muladíes, sobre los musulmanes de origen oriental o africano (baladíes).

En el orden político, aunque el reino cordobés seguía siendo sin duda el más fuerte de la Península, el de Asturias iba cobrando cada vez mayor importancia y «el tercer rey de España», como le llamaban los suyos a Banu Qasi (los otros dos eran el emir de Córdoba y el rey de Asturias), mostraba también ocasionalmente su enemistad a Córdoba en el valle del Ebro.

En Oviedo, Ordoño I va ya consolidando su reino, fortificando la ciudad de León tras las incursiones musulmanas y emprendiendo la repoblación estable de Tuy y Astorga. Ordoño I conseguiría todavía una importante victoria sobre Musa Banu Qasi en Albelda (Logroño, 860), no lejos de Clavijo, con lo que la tierra de los castillos o Castilla, regida ya por un *comes* o conde, quedaba asegurada en su flanco oriental y hasta el hijo de Musa Banu Qasi, Lubb o Lope, se sometía al rey astur.

Por su parte, los muslimes de Córdoba habían entrado en Pamplona y se llevaban prisionero al hijo de García Iñiguez, Fortún, que tardaría veinte años en volver.

La expansión cristiana

Pero no fue Ordoño, sino Alfonso III el Magno, quien promovió la gran expansión del reino de Asturias, que será, en adelante, de Asturias y León. También en la zona del Pirineo Oriental, la Marca hispánica se había ido deslizando de la Septimania carlovingia y los condados catalanes se unían bajo Vifredo el Velloso. Todo esto es algo todavía fluido, inestable, pero es consecuencia de una conciencia de poder que se iba implantando entre los hispanos de las diversas regiones no sometidas al Islam.

Los dos últimos decenios del siglo IX son ya de crisis para el Estado cordobés. Muchos gobernadores de ciudades como Mérida, Zaragoza, Tudela, Sevilla, etc., muladíes y mozárabes sienten a veces más su ascendencia hispana que su pertenencia o no a la doctrina de Mahoma y los focos de rebelión contra Córdoba se van multiplicando por doquier. De todas formas, cualquier alianza resulta efímera y el que hoy lucha contra el emir de Córdoba toma las armas mañana para atacar Pamplona o Zamora.

Fue el momento aprovechado por Alfonso III «el Magno» para intentar extender su reino hacia el sur repoblando el valle del Duero que había sido «tierra de nadie» y servido de protección contra las rápidas incursiones enemigas. Muchos cristianos mozárabes habían huido de tierras musulmanas buscando protección en el reino astur.

Por otra parte, las regiones norteñas del reino eran pobres e inadecuadas para la agricultura propia de aquella época, en que la riqueza era sinónimo de cereales. Las tierras baldías del valle del Duero suponían, pues, no sólo un avance militar hacia el enemigo, sino una fuente de riqueza para todo el reino. Así, desde comienzos del siglo X, van juntas las dos actividades: una militar, de consolidación de los terrenos conquistados, construyendo o restaurando castillos y defensas, y otra social, de asentamiento de población cristiana mozárabe o norteña. La repoblación del valle del Duero se hizo unas veces con solemnidad, por iniciativa de los propios reyes. Su estandarte presidía a los nuevos colonos y se hacía sonar un cuerno en el centro escogido para certificar la falta de dueño anterior y pregonar que en aquel momento dejaba de ser «res nullius» o cosa de nadie para serlo del rey y de los otros repobladores. En estos casos de iniciativa oficial, la parte mayor y mejor se la llevaban naturalmente los nobles, a quienes a veces el rey premiaba así los servicios prestados. También la Iglesia y los monjes contribuyeron a la repoblación. A veces tomaban, en efecto, posesión de una iglesia o erigían un monasterio en terreno abandonado y ocupaban los terrenos que creían necesarios para su

vida monástica. Estas iglesias y monasterios actuaron a su vez de señuelo para otros colonizadores privados que se acogían a su protección espiritual y ocupaban terrenos baldíos que no habían sido ocupados por los monjes o eclesiásticos. La *pressura* era un modo de asentarse en tierras despobladas, ya sin dueño y, por lo tanto, sujetas al derecho del primer ocupante, al menos en el caso de que el rey o señor invitase a los particulares a hacerlo. Así, muchos mozárabes huidos del Sur y muchos cristianos del Norte deseosos de independizarse de un señor o sencillamente deseosos de mayor bienestar o por afán de aventura, se reunían en las nuevas tierras protegidas por una cartapuebla que les otorgaba privilegios superiores a los que gozaban sus congéneres sirviendo a los señores del viejo reino. Los nombres de localidades nos hablan a veces claramente del origen de los repobladores: Villagallegos, Castellanos, Báscones y Villavéscones, etc. Eran hombres que de haber sido seguramente siervos se convertían ahora en hombres libres, propietarios del terreno que eran capaces de labrar. Hombres libres y propietarios no era aquí sinónimo de señor (en el sentido medieval) ni de rico, ya que ni los instrumentos que empleaban ni los brazos de que disponían eran suficientes para crear excedentes para mantener un comercio activo algo diversificado.

No hay que confundir el feudalismo medieval desarrollado en el resto de Europa con el tipo de sociedad que se va formando en España durante los siglos X y XI. Con la nueva ocupación de tierras, hecha de un modo espontáneo muchas veces, el valle del Duero se pobló de hombres libres, señores de sí mismos y sólo sometidos a la potestad real. Esto que pudiera parecer un progreso social enorme no lo es en realidad, porque estos pequeños señores libres son en realidad esclavos de su propia miseria, incapaces de hacer producir racionalmente a la tierra e incapaces de industrializar los productos que obtienen. La atomización en el esfuerzo es tan grande que los resultados tienen que ser a la fuerza exiguos. Y, sin embargo, esta misma atomización y consiguiente debili-

dad de la gran mayoría de los terratenientes suponía en aquellos momentos históricos una indudable ventaja. En efecto, estos «señores» nunca podrían tener la veleidad de alzarse contra su rey o ni siquiera de obrar con independencia de él como ocurría en los reinos feudales de Europa Occidental.

El reino de Navarra

Mientras el reino astur se extiende y fortalece, al NE de España se van perfilando como futuros reinos de importancia: Pamplona, Aragón y el condado de Barcelona. El primer reino que había de desarrollarse con fuerza sería el de Pamplona, donde con más o menos amplitud se iba imponiendo a principios del siglo IX la familia de los Iñigos (Enneco), relacionada con la de los Banu Qasi e incluso emparentada con ella en diversas ocasiones. Los musulmanes llegaban a veces hasta Pamplona y al jefe vascón le traía cuenta no extremar siempre las enemistades ni con Tudela, ni con Zaragoza, ni con Córdoba. Así, la viuda de Iñigo Arista, Assona, se casó con el Banu Qasi Musa ben Musa ben Fortún. Estos parentescos y los deseos de independencia de los Banu Qasi respecto de Córdoba iban a ser motivos decisivos para la ayuda de los muladíes del valle del Ebro a los jefes o «reyes» de Pamplona, en los que veían una garantía más de su propia independencia.

Gracias a esta ayuda se afirmaría Navarra como reino. La afirmación de la primera dinastía de Navarra se debió a la ayuda que prestaron a los Aristas los poderosos renegados con quienes aquéllos se vincularon prietamente por medio de numerosos enlaces familiares. El hecho es que en el siglo IX surge un nuevo núcleo cristiano al NE del reino asturleonés, que contribuirá a una nueva configuración del tablero de fuerzas existentes en la Península. Más tarde su influencia en Aragón, Castilla y León será decisiva para la suerte futura de España.

El siglo X comienza, por la parte cristiana, con un reino asturleonés relativamente fuerte y territorialmente amplio en que el condado de Castilla comienza a destacar; con un reino pamplonés con relaciones al menos ocasionalmente amistosas con los Banu Qasi y con los condados pirenaicos de Aragón, Ribagorza, Sobrarbe y Pallars y con la marca hispánica (Urgel, Besalú, Cardeña, Gerona, Barcelona), que se sentía ya desligada del reino de los francos. Por la parte musulmana, la crisis interna en franca superación y un príncipe Abd al-Rahmán III que asume el poder (912) con una idea fija: restituir a Córdoba la grandeza anterior y acentuar la independencia de Al-Andalus. Lo que distingue esta situación de la de hace un siglo es que los cristianos del Norte no están arrinconados tras los montes ni están a la defensiva. Si Abd al-Rahmán III es un cruzado (valga la palabra) o «medio lunado» del Islam, los reyes de León lo son del cristianismo y, sobre todo, de su herencia goda, que consideran arrebatada injustamente al sur del Duero y consideran un deber suyo recobrarla por la «Reconquista». Hay dos espíritus de cruzada frente a frente. Ambos son de conquista y en el fondo de ambos late una idea religiosa: «¡Santiago!», «¡Mahomet!», eran sus gritos de guerra. Cierto que la ambición de honores y riquezas, el deseo de asentarse en tierras propias o de tener siervos baratos, influía en muchos de los guerreros de ambos bandos, pero de vez en cuando surgían personajes en que se hacía más visible el fondo idealista de la pugna.

Abderramán III

Uno de estos personajes en el lado musulmán fue, sin duda, Abd al-Rahmán III (912-961). Sucesor de su abuelo Abd Allah en el emirato, era hijo de un árabe y de una esclava vascona. Abd al-Rahmán se encuentra con el problema urgente de la desunión interna de Al-Andalus. Por otra parte, los cristianos del Norte suponían una amenaza no tanto porque fuesen capaces de conquistar

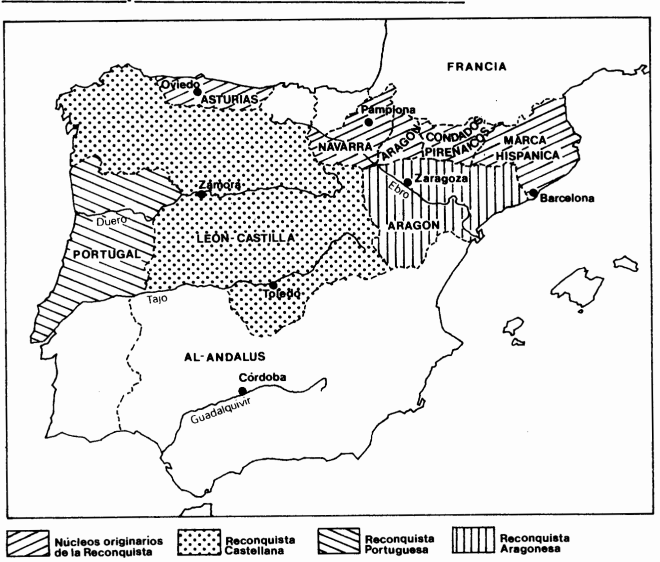
Al-Andalus, sino porque sus incursiones esporádicas y audaces daban alas a los insurrectos en el interior, que en general eran hispanos convertidos al Islam. Entre éstos, destacaba Umar Ibn Hafsun, que después de haberse hecho dueño de la mayor parte de Andalucía decidió bautizarse tomando el nombre de Samuel. Esto, a su vez, desagradó a algunos de sus simpatizantes, que no por ser hispanos dejaban de ser mahometanos sinceros, y le privó de su ayuda. Así era de complicada la situación en la España musulmana. Mozárabes, muladíes, bereberes y árabes tenían intereses comunes, pero los tenían también contrapuestos y no era fácil hacerles solidarios en una empresa.

La primera tarea de Adb al-Rahmán III será someter a los rebeldes de su reino y especialmente a Umar ben Hafsun y su reducto de Bobastro. Uno tras otro se van sometiendo los cantones de Uclés, Ecija, Elvira, Monteleón. El viejo león de Bobastro resistirá hasta su muerte (917), pero ya aislado y sin posibilidades de expansión. Pero Abd al-Rahmán IV sabía que la mejor manera de unir a los suyos era lanzarlos contra el enemigo común, los cristianos. No le resultó bien la primera expedición enviada contra la fortaleza de San Esteban de Gormaz, al mando de Ahmad ben Ali. Ordoño II de León y Sancho Garcés de Navarra unieron sus fuerzas y su estrategia e infligieron una fuerte derrota al musulmán. Esto hace que el reino de Navarra se vaya extendiendo hacia el Sur buscando su seguridad en el Ebro. Ordoño II y Sancho Garcés siguen codo con codo sus conquistas a los musulmanes, a los que conquistaron Nájera, que pasa al reino de Navarra. Era demasiado para que Abd al-Rahmán III lo pudiera encajar y su respuesta no se hizo esperar. Esta vez dirigía personalmente la expedición militar de castigo. Sale de Córdoba, pasa a Valencia, sometiendo a los pocos focos rebeldes que aún quedan en su reino. Se dirige a Tudela, donde los Banu Qasi practican, como siempre, una política oportunista, y penetra en Navarra, vence a Sancho Garcés y entra en Pamplona saqueando e incendiando luego la ciudad, que había sido previamente aban-

donada por sus habitantes (924). Eran los años de gloria de Abd al-Rahmán. En 927 acaba con la resistencia de los hijos de Umar ben Hafsun, ocupa Bobastro y manda desenterrar el cuerpo del viejo luchador para exponerlo al escarnio del pueblo en la capital cordobesa. El ejemplar castigo cunde y los pequeños focos aún rebeldes se someten al gran emir.

Hacía tiempo que en realidad los emires cordobeses actuaban con independencia de los califas abasíes. Sin embargo, siempre quedaba el cordón umbilical religioso que a través del califa los unía al profeta. Pues bien, Abd al-Rahmán sintió llegada la hora de cortar ese cordón, puesto que él, como sucesor omeya del profeta, era tan digno como los abasíes de ostentar el título de califa o

La Reconquista en la Alta Edad Media



«príncipe de los creyentes». El año 929 se rompe definitivamente toda subordinación de Al-Andalus a Bagdad, incluso la puramente formalística de la sucesión profética. El sucesor directo de Mahoma es ya Abd al-Rahmán III de Córdoba y a él deben mirar los creyentes. Pronto la gloria del califa se plasmará en construcciones materiales y Abd al-Rahmán III se manda construir una suntuosa ciudad residencial, Madinat al-Zahra (Medina Azahara), a cinco km. de la ciudad de Córdoba. Era lugar de descanso y al mismo tiempo de decisiones trascendentales. Allí le acompañaban sus mujeres, pero también sus esclavones, es decir, esclavos procedentes de Europa, conversos al Islam, que poseían a veces gran cultura y cuyos consejos seguía el califa muchas veces.

Estos momentos de gloria del musulmán coincidían con crisis de sucesión tanto en León como en Navarra. Seguramente fueron los esclavones los que aconsejaron a Abd al-Rahmán III que emprendiera una guerra contra los cristianos del Norte y sometiera definitivamente a su imperio los reinos de León y Navarra. Desde luego, fue una empresa poco meditada. Seguramente Abd al-Rahmán dio demasiada importancia a las crisis sucesorias y desconocía las cualidades guerreras de Ramiro II. Probablemente también sobreestimaba un poco sus propias fuerzas. Lo cierto es que el califa reunió un poderoso ejército que se calcula en 100.000 hombres. Aseguró su retaguardia en Toledo y se lanzó hacia Zamora con el fin de asestar un golpe decisivo al rey leonés. Pero en Simancas le esperaba Ramiro II con sus leoneses, asturianos y gallegos, con el conde castellano Fernán González y con los vascones de Navarra, presididos personalmente por la reina Toda. El enfrentamiento debió ser épico, pero los cristianos salieron victoriosos y el propio califa se vio precisado a huir precipitadamente, tanto que tuvo que dejar en el campo su capa de mallas de oro y un ejemplar del Corán que siempre llevaba consigo. Parece ser que los cristianos persiguieron a los musulmanes hasta batirlos de nuevo cerca de un barranco en el lugar de Alhandeza, tal vez en la provincia de Salamanca. Lo cierto es que la

derrota musulmana fue total y que «la campaña de la omnipotencia», como la había bautizado el califa, resultó la de la derrota más humillante. Como suele suceder con estos caudillos que se consideran invencibles, la culpa fue atribuida a los mandos inferiores y muchos de los oficiales del ejército fueron pasados por las armas cuando llegaron a Córdoba. Tanto Ramiro II como el conde Fernán González aprovecharon esta ocasión para mover sus respectivas fronteras hacia el Sur. Ramiro manda repoblar Salamanca, Los Baños, llegando hasta el Tormes, y Fernán González fortifica y repuebla Sepúlveda (940).

Los orígenes de Castilla

Inicialmente Castilla fue una pequeña región que constituía, junto con Alava, el flanco del reino de León siempre batido por las aceifas musulmanas. Por eso mismo se habían construido gran número de castillos de defensa. Si ya en el siglo IX hay un conde Rodrigo de Castilla, no debemos imaginar que existiera un condado de este nombre con los límites de Castilla la Vieja. Además del condado de Castilla, existían otros distintos como el de Burgos, Lantarón, Cerzo, Lara, sin contar el de Alava. Sin embargo, la situación fronteriza y la constante necesidad de vivir alerta para tomar las armas contra los musulmanes había creado en estas regiones un nuevo espíritu que les iba distinguiendo de los leoneses, más aferrados a la tradición. Su mismo lenguaje iba tomando trazos que abiertamente le diferenciaban del empleado en León. A mediados del siglo X, cuando los cristianos triunfan en Simancas, Fernán González ya es conde de Castilla, Burgos, Lantarón y Lara. Cierto que ha luchado codo con codo con Ramiro II contra Abd al-Rahmán III en Simancas, pero al mismo tiempo se siente independiente de él, conde de un gran territorio que considera ya como feudo hereditario al modo como lo hacían los europeos. La primera rebeldía de Fernán González es pronto castigada, pero Ramiro, que ante todo es realista, no tarda en restituirle al

puesto casando a su hijo Ordoño con la hija de Fernán González, Urraca. Todavía habrá pactos entre Sancho I el Craso, la reina Toda de Navarra y Abd al-Rahmán III que harán caer a Fernán González prisionero de los navarros, pero cuando Al-Hakán II pide su entrega, el rey García Sánchez de Navarra dará la libertad al conde castellano y al morir éste en 970, el condado de Castilla se hará ya definitivamente hereditario y actuará en la política española en pie de igualdad con los otros reinos (León, Navarra) y los condados del NE español (Aragón y Barcelona). Así entra en la historia Castilla, a la que el testamento trascendental de un rey de Navarra, Sancho III el Mayor, convertirá en el centro de la Reconquista y germen de la unidad de España. Este reforzamiento de la personalidad de Castilla coincide con el declive del reino de León, con un despliegue no por pasajero menos brillante del poder de Navarra y con la consolidación del condado de Barcelona.

El ocaso del califato de Córdoba: Almanzor

El prestigio de Córdoba a la muerte de Abd al-Rahmán III no sufrió menoscabo y se mantuvo en el reinado de su hijo Al-Hakán II y los príncipes cristianos son conscientes de su debilidad. Uno tras otro van peregrinando a Córdoba en busca de una tregua, de un pacto, de una relación de amistad, de un tratamiento médico. De hecho, el ambiente cultural de Córdoba, donde Al-Hakán, desde que era sólo príncipe, había reunido una biblioteca de más de 400.000 volúmenes, con una residencia califal en Madinat al-Zahra (Medina Azahara), cuyo lujo era insólito para los pobres monarcas del Norte, con unos astrónomos y médicos cuya fama se hacía legendaria.

El califato iba perdiendo en cambio progresivamente solidez política. Sin embargo en su ocaso lanzó un último fulgor con las brillantes campañas no ya de un califa, sino de un hachib, una especie de gobernador general, Ibn Abi Amir al-Mansur o Almanzor (940-1022).

Almanzor dará los últimos años de gloria militar a Córdoba, pero a costa de arrinconar al califa, preparando inconscientemente su desmembración en reinos de taifas. El califa, como representante de Mahoma, era también el núcleo central que mantenía la cohesión de los creyentes.

Al actuar Almanzor independientemente de él, manteniéndole al margen de todo el acontecer político y militar, negándole así la gloria de los triunfos, estaba minando peligrosamente el prestigio de los omeyas y cuanto mayores fueran sus éxitos, más quedaba en entredicho la autoridad del califa. Ibn Abi Amir es el nombre de este «terror de los cristianos» antes de que se consagrara su sobrenombre de *al-Mansur bi-llah* (el victorioso por Alah) que para los cristianos sería Almanzor. Lo primero que hizo Ibn Abi Amir a la muerte de Al-Hakán II fue eliminar rivales en la corte califal valiéndose para ello del apoyo de la sultana Subh, madre del nuevo califa Hushan II. Luego aisló al califa en el palacio de Madinat al-Zahra, rodeándolo de todos los placeres sensuales que le embotasen el entendimiento y le distrajeran de su verdadero oficio de califa. De esta forma, Almanzor se erigió en único gobernante, instaurando su dictadura a despecho de la sultana, ahora ya en contra suya y de otros leales de los omeyas, a los que inflexiblemente fue alejando del poder. No importa que se le opongan militarmente e incluso que busquen el apoyo de los reyes cristianos como el anciano Galib. Almanzor le perseguirá y vencerá a Galib y sus aliados cristianos. Inútil será que Ramiro III de León, García Fernández de Castilla y Sancho Abarca de Pamplona se alíen contra él. Almanzor los encontrará en Simancas, conquistará la fortaleza y volverá a Córdoba para otorgarse, como un auténtico soberano, el título de Al-Mansur. Vermudo II le llamará en su exilio para someter a algunos nobles rebeldes del reino asturleonés y de este modo Almanzor se convierte en árbitro de León, de cuyo rey recibe además un fuerte tributo anual. Por su parte, Sancho Abarca ofrece a Almanzor por esposa a su propia hija, que, una vez islamizada, se llamará Ab-da, y será la madre de Abd al-Rahmán Sanchuelo. Pero Almanzor no

olvidaba que los cristianos eran sus enemigos. En 985 llega hasta Barcelona, vence al conde Borrel, conquista Barcelona y la destruye. Ante un intento de Vermudo II de arrojar de su reino a las tropas de Almanzor instaladas allí según convenio, Almanzor desmantela León y Zamora y hace huir al rey hasta Galicia. Luego vence a García Fernández en San Esteban de Gormaz, apoderándose del conde herido, cuyo cadáver devuelve para que sea enterrado en el monasterio de Cardeña. Almanzor no descansa y aumenta su ejército con mercenarios, algunos de ellos cristianos, pero en su mayor parte procedentes del Norte de Africa. Fue en el verano del año 997 cuando realizó la incursión más audaz y también la más humillante para la Cristiandad: ¡penetrar hasta Galicia y destruir Santiago de Compostela! En agosto de ese año Almanzor entró triunfante en Córdoba, llevando consigo las campanas de la basílica de Santiago. Era la última gran victoria de este jefe militar que oscureció para siempre a los omeyas y, paradójicamente, con sus triunfos puso las bases de la división del reino califal en reinos de taifas. El 10 de agosto de 1002 muere en Medinaceli, dejando como sucesor a su hijo Abd al-Malik. Almanzor se cuidó bien de destronar a Hisham II, pero creó de hecho una administración independiente de él e incluso un palacio propio, Madinat al-Zahira (ciudad brillante), como símbolo de su poder personal. Pero este poderío iba a desaparecer con su persona. Ni Abd al-Malik, que murió en 1008, ni mucho menos el otro hijo, Abd al-Rahmán Sanchuelo, tenían categoría humana como para mantener en alto la gloria alcanzada por su padre.

Sanchuelo caía asesinado en 1009 y con él terminaba el gobierno de la familia de Almanzor y comenzaba una etapa de pequeñas guerras de sucesión entre árabes y bereberes. Entre tanto, en el Norte cristiano habían cambiado mucho las cosas. Desde Castilla, el conde Sancho García y desde Barcelona el conde Borrell iban a intervenir en ocasiones en el conflicto interior muslim en favor de unos o de otros, pero imponiendo siempre duras condiciones como contrapartida de su ayuda. Estaban lejos los tiempos en que Almanzor intervenía en los asuntos inter-

nos de la España cristiana. Ahora son los condes cristianos los que exigen tributos o entrega de castillos a cambio de su protección. Según el viento de la fortuna, un califa iba suplantando a otro y ninguno de ellos tenía autoridad ni fuerza militar suficiente para gobernar todo el reino. Así se van constituyendo pequeños reinos como el de Sevilla, Huelva, Niebla, Lérida, Tudela y, por supuesto, Toledo, entre otros.

La cultura hispano-árabe

Ni por su número ni por su cultura podían los musulmanes llegados a España en las primeras invasiones imponer la cultura oriental en Al-Andalus. En primer lugar, las tribus que llegaban eran tribus de pastores bereberes o de árabes orientales labradores. Además, el islamismo llevaba aún poco tiempo de existencia y su mundo cultural no había cuajado en lo que años más tarde será el asombro del mundo occidental. Una vez establecida con firmeza la dinastía omeya en Córdoba, con Abd al-Rahmán I, sus descendientes comenzaron a interesarse por intensificar los contactos culturales con el califato de Bagdad. Abd al-Rahmán III dio un gran impulso a la cultura, aunque fueron las armas las que absorbieron su actividad principal.

En cambio, su hijo Al-Hakán II fue un hombre apasionado por todo lo que significara culto al espíritu humano. Había reunido en Córdoba una biblioteca de más de 400.000 volúmenes. El trasiego de hombres de ciencia de Bagdad y otras ciudades del Oriente Medio a Al-Andalus era constante y en el palacio de Madinat al-Zahra, construido por Abd al-Rahmán III, se reunían continuamente tertulias intelectuales o se daban lecciones y conferencias de matemáticas, astronomía, medicina, música, teología o de cualquier otra disciplina en boga. Nada se escapa a su interés. Al-Hakán II tenía agentes culturales en Oriente, que se encargaban de comprar para él los manuscritos que pudieran enriquecer su biblioteca. De todas maneras

no se trataba de una simple traslación de la cultura oriental a Al-Andalus, sino de una cultura con verdadera personalidad que bien merece el apelativo de hispano-árabe, pues tiene rasgos que le hacen inconfundible. Basta fijarse en la poesía. Los árabes españoles escribieron ciertamente el tipo de poesía clásica árabe de las «qasidas» como la «Qasida de las estrellas» de Ibn Haní de Elvira (†973), pero gustaron sobre todo de las estrofas populares de raíz típicamente hispana como los «zéjeles» y las «muasajas». No faltaron en la España musulmana grandes poetas, sobre todo en la época final de los omeyas y en la de los reinos de taifas. Citaremos únicamente a Ibn Farach de Jaén (†973) con su «Libro de los huertos»; al rey de Sevilla, Al-Mutamid (†1095), al gran escritor de zéjeles An Guzmán y al poeta epigramático Abenzoar.

Algo más tardó en florecer la filosofía debido en parte al prejuicio religioso islámico, que tenía miedo de que el pensamiento racional no siguiese fielmente las huellas de la interpretación autorizada del Corán. De todas formas, filósofos como Ibn Masarra enseñaron en Córdoba y no dejaron de ejercer su influencia en hombres como Avicebrón, Ramón Lull o Duns Scoto. Sin embargo, tendría que llegar el siglo XII para que florecieran los grandes comentaristas de Aristóteles que habían de influir tan decisivamente en la evolución de la filosofía occidental. Entre los muchos nombres de significación merecen citarse los del zaragozano Avempace (1138), que con su «Libro sobre la unión del entendimiento con los hombres» influyó sobre Abentófail, sobre Averroes y también sobre San Alberto Magno; o como Abentófail (†1185), que vivió en Marraquesh como médico del califa almohade Jusuf I, pero era español, nacido en Guadix. Su puesto de médico de cámara de Jusuf I lo heredaría el más ilustre de los aristotelistas hispano-árabes, el cordobés Averroes (1126-1198), que respondió a Algacel, quien en nombre de la religión había escrito «Destrucción de los filósofos», con la obra «Destrucción de la destrucción». Pero no eran sólo la poesía y la filosofía las actividades culturales que florecían

en Al-Andalus. La medicina, la botánica y la farmacología hicieron también progresos notables. Se puede decir que toda la tradición de la antigua Grecia, de Alejandría y del Oriente se hallaba presente en Al-Andalus. Ya en el siglo IX, cuando la Europa cristiano-bárbara dormía el sueño de la más elemental rutina sanitaria, el médico cordobés Ahmad ben Ayyas aplicaba los métodos científicos de Hipócrates y Galeno. La fama de su exquisita farmacología había llegado a toda Europa. Antes hemos relatado el hecho de que la reina Toda, de Navarra, hubo de llevar a su nieto Sancho I, rey depuesto de León, a Córdoba, no sólo a pedir ayuda para su reposición al trono, sino, sobre todo, para la curación de la tremenda obesidad de Sancho. El «Libro de las generalidades de la medicina», de Averroes, no tiene igual ni semejante en la literatura médica del siglo XII europeo. Entre los matemáticos y astrónomos no podemos olvidar a Abu Bakr ben Abí Isa, a Abu al-Qasim Maslama, que comentó el *Planisferio,* de Tolomeo, y realizó una recensión corregida de las «tablas astronómicas» de al-Jarizmi. La historia fue uno de los temas preferidos de los hispanomusulmanes. Se puede decir que la primera Historia de España se la debemos a Ahmad ben Muhammad al-Razi (†955), puesto que su «Historia de los emires de Al-Andalus» comienza con la leyenda primitiva de España y sigue con la España romana y visigoda. Ibn al-Qutiya escribió «La historia de la conquista de Al-Andalus», desde el punto de vista ciertamente propio de un fervoroso musulmán, pero también de un auténtico hispano, pues, como su nombre indica («hijo de la goda»), era hijo de una nieta de Vitiza. El cordobés Muhammad Ali ibn Hazm (1063), autor de la famosa obra «El collar de la paloma sobre el amor y los amantes», escribió también una «Colección de genealogías de los árabes» y un libro sobre «Los caracteres y la conducta». Fuente de datos sobre los omeyas españoles es Kitab al-Muqtabis, «Libro de quien quiera conocer la historia de Al-Andalus». Dentro de esta cultura hispano-musulmana debemos incluir también la obra de algunos judíos españoles. Si exceptuamos la época de los almorávides y

almohades, los judíos no fueron perseguidos por los árabes y pudieron trabajar con libertad. En el siglo XI se distinguió el malagueño ben Gabirol (1020-1057), más conocido por Avicebron, cuya vida transcurrió en Zaragoza, donde escribió en árabe su obra filosófica «Fuente de la vida». En árabe escribió también Maimónides su «Guía de descarriados o de los dubitantes». Judío converso al cristianismo fue Pedro Alfonso, astrónomo y médico de Enrique I de Inglaterra y autor de «Disciplina clericalis», una reunión de apólogos orientales que iba a tener gran popularidad en Europa. No hay que olvidar que la civilización hispano-musulmana fue ante todo una civilización ciudadana. En un espacio relativamente pequeño florecían ciudades como Córdoba (maravilla del mundo occidental en tiempo de los califas), Sevilla, Granada, Jaén, Málaga, Valencia, Almería, Murcia y, ya en la frontera con los cristianos, Toledo, Zaragoza y Tortosa. Esto trajo consigo un gran auge de la arquitectura, puesto que las ciudades tenían una «madina» o núcleo central, una «alcazaba» o recinto fortificado, mezquitas, palacios y también «almunias» o residencias campestres. Todo ello requería la obra de arquitectos que nos dejarían joyas desde el arte califal, cuyo exponente principal es la mezquita de Córdoba, pasando por el arte almohade, con la Giralda y la torre del Oro de Sevilla, hasta la filigrana nazarí de la Alhambra de Granada.

Si comparamos la época califal cordobesa con el arte contemporáneo del Norte cristiano, aparece evidente la enorme superioridad cultural de Al-Andalus. Sin embargo, la relativa paz y prosperidad que van teniendo los reinos cristianos, la relación a veces estrecha entre ambos pueblos y el contacto con los francos, especialmente por los monjes cluniacenses y por el auge de las peregrinaciones a Santiago, se van creando también en el Norte focos culturales al mismo tiempo que surgen monasterios e iglesias en claro estilo románico y más tarde gótico, a veces con influjos árabes, lo que nos da a entender una vez más el mutuo intercambio de ideas y expresiones artísticas entre cristianos y muslimes. La llamada «escuela

de traductores» de Toledo, que no fue en realidad ninguna escuela, pero sí un centro en que trabajaron conjuntamente árabes, judíos y cristianos venidos de toda Europa, y puso a disposición del Occidente toda la ciencia antigua, es una de las muestras de la intercomunicación que existió entre los dos pueblos: Al-Andalus y la España cristiana. La otra gran muestra es el arte mudéjar, que conserva la impronta árabe en edificios de exclusivo uso cristiano. Pero además hay otro monumento vivo que cada día nos recuerda que no fue en vano la estancia, pacífica a veces y belicosa muchas más, de los secuaces de Mahoma en España. Este monumento es la lengua castellana, en la que la aportación árabe resulta la más considerable después del latín.

Irradiación de la cultura hispano-árabe hacia Europa

Al-Hakán había reunido en Córdoba una biblioteca de más de 400 mil volúmenes. Tenía agentes culturales en Oriente, que se encargaban de comprar para él los manuscritos que pudieran enriquecer su biblioteca. El palacio de Madinat al-Zahra, construido por Abderramán III era un centro cultural de primer orden a donde llegaban contínuamente sabios de Bagdad o del mismo Al-Andalus a dar lecciones de matemáticas, medicina, astronomía, música, filosofía, etc.

Por lo demás las relaciones de los musulmanes españoles con la Europa ultrapirenaica comenzaron pronto aunque reducidas en un principio, como era natural, a intercambios comerciales de pequeña monta y a otras más sentimentales entre los mozárabes que añoraban la libertad religiosa plena y los obispos francos cuyo apoyo solicitaban en diversas ocasiones.

Ya en el año 812 Teodulfo vio en Arlés piedras preciosas, sedas y otros objetos importados de la España musulmana. En 870, Carlos el Calvo llama a unos sacerdotes de Toledo porque quiere conocer personalmente las vistosas

ceremonias del rito mozárabe. Carlos el Calvo y Muhamad I se intercambian regalos... Otras veces las relaciones eran menos amistosas como en 1018 cuando el obispo de Toulouse y el normando Roger Toéni acuden en socorro del conde de Barcelona o cuando en 1033 San Odilón de Cluny organiza la cruzada contra los reyezuelos de Levante a las órdenes de Sancho de Gascuña, vasallo de Sancho III el Mayor de Navarra.

Pero pronto iba a empezar Occidente a fijarse en la ciencia que florecía en la España musulmana y a contrastarla con la propia indigencia cultural. Lo que Europa conocía del acerbo cultural de la Antigüedad se reducía a los tratados lógicos de Aristóteles, las compilaciones de Casiodoro, San Isidoro, Beda el Venerable y Alcuino.

El 25 de mayo de 1085, Alfonso VI de Castilla y León conquista Toledo. Judíos, cristianos (mozárabes) y musulmanes han creado allí una convivencia de culturas que no tiene igual en la Europa contemporánea. Es la época en que Pedro Alfonso da a conocer en toda Europa los apólogos y cuentos orientales con su *Disciplina clericalis.*

Se puede decir que el siglo XII es el siglo de los traductores. El inglés Abelardo de Bath tradujo, muy probablemente en España, los *Elementos* de Euclides y las *Tablas astronómicas.* Juan de Sevilla (Johannes Hispalensis) tradujo las *Tablas toledanas* y escribió *Epitome totius astrologiae* (Resumen de toda la astrología) y *Tractatus pluviarum et aeris mutationis* (Tratado de las lluvias y de la mutación del aire).

Tal vez los traductores más importantes, después de Gerardo de Cremona, fueron Domingo Gundisalvo y el judío converso Ibn David o Juan Hispano. Trabajaron juntos en muchas obras. Gundisalvo tradujo el *Liber de Scienciis* (Libro de las ciencias) y *De Intellectu* de Al-Farabi, así como la *Metafísica* de Avicena (Ibn Sina). Juan Hispano por su parte tradujo la *Fons Vitae* (Fuente de la vida) de Ibn Gabirol (Avicebrón), autor judío y *Logica, De universalibus, De anima,* etc. de Avicena.

Entre los extranjeros que se dedicaron a traducir en España citaremos a *Herman el dálmata* que trabajó en Tarazona. Junto con Pedro de Toledo y Roberto de Chester, tradujo el Corán. Suya es la traducción del Planisferio de Ptolomeo. Gerardo de Cremona llegó a Toledo hacia el año 1167 y fue sin duda el más fecundo de todos los traductores. A él se deben las traducciones de los tratados aristotélicos y seudoaristotélicos y parte del *Corpus* de Galeno, el *Almagesto* de Ptolomeo. En España trabajaron también otros italianos como Platón de Tivoli en Barcelona y Hugo de Santalla; el alemán Herman el alemán, el flamenco Rodolfo de Brujas y el británico Miguel Scoto. Toda una pléyade de lingüístas europeos que colaboraban contribuyendo los unos con su conocimiento del árabe y los otros con el del latín a dar a conocer a Europa lo mejor del pensamiento griego y del de los musulmanes y judíos.

La cultura árabe ejerció, pues, especialmente a través de España y en menor grado a través del Sur de Italia y del Este de Europa, una influencia beneficiosa en el resurgir de la cultura cristiana en el Occidente.

VI. EL DESPERTAR DE OCCIDENTE Y LAS INVESTIDURAS

Los emperadores de la casa de Sajonia

En tiempo de Carlomagno se habían incorporado por la fuerza al Imperio grandes territorios germanos (Baviera, Sajonia, etc.) que hasta entonces habían estado prácticamente al margen de los grandes acontecimientos políticos y culturales de Occidente. Esa incorporación tuvo importantes consecuencias. Por una parte extendió notablemente hacia el Este el concepto de Occidente. Por otra proporcionó a Alemania una serie de soberanos procedentes de Sajonia, que pueden ser considerados como los fundadores del Imperio Alemán.

Enrique I

Como ya hemos visto al extinguirse en Alemania la dinastía carolingia había llegado al trono Enrique I (919-936) hasta entonces duque de Sajonia. Procedía de un medio familiar poco culto pero dotado de un extraordinario vigor y capacidad política. Supo someter a la nobleza levantisca y logró en 926 un armisticio duradero en las contiendas entre nobles. Así pudo hacer frente a los

húngaros invasores y los derrotó en Riade (933). Emprendió importantes campañas para someter a amplios territorios situados al Este del Elba, poblados por grupos eslavos. Se le puede considerar el fundador del Imperio Alemán. Sus descendientes dinásticos continuaron la labor de consolidación y organización del Imperio.

Otón I el Grande

Cuando sube al trono su hijo *Otón I* (963-73) las dificultades que afligen al reino siguen siendo graves. Otón las afrontó con extrema decisión: una revuelta de grandes (938-41) le ofreció el pretexto para desposesionarlos y asignar sus feudos a sus parientes: Suabia a su hijo *Liudolfo,* Lorena a un yerno, el arzobispado de Colonia a su hermano *Bruno,* Baviera a su hermano *Enrique* (muerto en el 955). Franconia fue incorporada a los dominios de la corona. Esta política de familia no iba a dar sin embargo los frutos esperados. Más eficaz fue el otro remedio, no nuevo (ya lo había intentado Arnolfo) pero que Otón elevó a sistema de gobierno: el de contraponer a la feudalidad laica una potente feudalidad eclesiástica. Incrementó por todos los medios el prestigio de la Iglesia, confiriendo funciones administrativas, cargos de corte y beneficios feudales a los eclesiásticos, que así venían a encontrarse en el doble cometido de obispos y de condes. Siendo en general más cultos, y no pudiendo aspirar a transmitir en herencia el feudo, los obispos-condes ofrecían garantías de mejor gobierno y de fidelidad, en el interés mismo de la Iglesia. En la práctica su fidelidad se reveló enseguida preciosa.

De la doble investidura se originaban sin embargo los habituales problemas: para la Iglesia el peligro de la mundanización, para el Imperio la necesidad de realizar un entendimiento perfecto con el papado y en última instancia de dominarlo, y de controlar también los asuntos de Italia. Para esto Otón aceptó en 951 la llamada de Adelaida, reina viuda de Italia mantenida en prisión por Berengario II marqués de Ivrea. Otón acudió en su ayuda e incluso

se casó con ella, y ciñó la corona de Italia en Pavía; quitó a Berengario las marcas de Verona y del Friul, el Trentino e Istria, e hizo con ellas una nueva marca que dio a Enrique de Baviera. Esta elección, y la boda con Adelaida, disgustaron a Liudolfo, que se rebeló, mientras se renovaba la amenaza de los húngaros. Otón arregló los asuntos de Italia lo mejor que pudo, concediendo a Berengario la investidura del reino (952), y volvió a Alemania. Liudolfo fue sometido gracias al apoyo de los obispos-condes. Los húngaros fueron aniquilados en la memorable jornada del *Lechfeld* (campo junto al Lech) cerca de Augoburgo (955). Fue una victoria de grandísimo alcance, porque no sólo significó el cese de las invasiones, sino que abrió el Oriente europeo a la penetración germánica, y llevó a la sucesiva creación de marcas fronterizas y de una valiosa muralla de estados menores que absorbían los impactos del exterior.

Otón aparecía ahora como el salvador de la cristiandad y el restaurador del Sacro Romano Imperio. Pero este nuevo Imperio, territorialmente disminuido, tenía ahora su epicentro en Alemania, y de hecho prevalecerá la costumbre de no conceder la corona imperial sino a quien ya ciñese las de Alemania e Italia. La feudalidad sin embargo escapaba a todo control, y feudalizada estaba también la Iglesia, que había perdido su papel de primacía. Todo ello se vio inmediatamente después de la coronación (ocurrida el 2 de febrero del 962, después que Otón, llamado en ayuda por Juan XII, hubo vencido de nuevo y hubo desposeido a Berengario y Adalberto): un solemne *privilegium Othonis* confirmó al papa todas las donaciones de los anteriores emperadores (a excepción del Exarcado); pero sucesivas añadiduras establecieron que ninguna candidatura se pudiese presentar al solio pontificio sin el beneplácito imperial, y que el papa neoelecto tuviese que prestar juramento de fidelidad al emperador (norma ésta ya instituida por Lotario en el 824).

La medida estaba dictada también por preocupaciones de carácter moral, porque Otón no podía permitir que se

desacreditase la institución en que se fundaba la legitimidad de su poder. Al de poco tiempo depuso a Juan XII, reacio a aceptar estas normas y escandalosamente corrompido, y le sustituyó con su propio secretario, *León VIII* (963-65). También la caótica situación meridional le ofrecía pretexto para intervenir. Poco antes de morir, concertó el matrimonio de su hijo Otón con la princesa bizantina *Teófanes,* que tendría que aportar como dote las posesiones bizantinas de Italia.

El partido eclesiástico y la reforma cluniacense

La intervención imperial en asuntos eclesiásticos chocó con dos tendencias eclesiásticas antagónicas entre sí, pero con frecuencia unidas en cuanto opuestas a lo que consideraban ingerencia imperial. Por una parte estaba un amplio sector eclesiástico corrompido por la simonía y la relajación y contrario a las medidas reformadoras del emperador. Por otro lado estaba lo que cabría llamar el partido eclesiástico, que pretendía la independencia de la Iglesia respecto al poder imperial.

El partido eclesiástico tenía un importante punto de apoyo en las colecciones canónicas que se habían ido formando a partir del siglo IX, y entre las que destacan las Decretales atribuidas a Isidoro Mercator, compuestas probablemente en Reims con abundantes elementos procedentes de Isidoro de Sevilla. En ese tipo de obras se recurría a un medio de fundamentación de los principios jurídicos que se pretendía difundir, atribuyéndolos a una gran autoridad antigua. Este género de fundamentación derivaba de lo que la antigua retórica llamó *argumentum* y fue calificado por San Isidoro como un intermedio entre la fábula y la historia: presentaba como ocurridas cosas posibles que de hecho no habían ocurrido. Concretamente en el campo jurídico servía para dar autoridad y peso a nuevos principios jurídicos, atribuyéndolos a prestigiosos personajes históricos. Con esa intención se crearon en la Edad Media innumerables falsificaciones (falsas decreta-

les) y se creó en gran parte el derecho eclesiástico medieval.

En las nacientes colecciones canónicas los obispos quedaban a un nivel superior a los príncipes, y con ello se dificultaba la posibilidad de que éstos procesasen a los obispos: el único tribunal competente para juzgarlos era el sínodo de obispos, y el papa en todo caso debía aprobar lo decidido. El papa en las colecciones canónicas aparece como infalible, competente para todo asunto grave y está situado por encima de todo sínodo episcopal y de todo poder secular.

Un hecho decisivo para la vida eclesiástica de la Alta Edad Media fue la fundación del monasterio de Cluny (en el Este de Francia) en 910 por Guillermo de Aquitania. Los benedictinos allí establecidos decidieron vivir con todo rigor según la primitiva regla y llegaron a hacer de Cluny un centro fundamental de irradiación de un nuevo estilo de vida cristiana. Desde la fundación se sucedieron una serie ininterrumpida de grandes abades: Bernón (910-927), Odón (927-942), Aimardo (942-965), Mayolo (965-994), Odilón (994-1049) y Hugo (1049-1109). En Cluny se restauró la observancia monástica de la oración y la pobreza, y se estableció un programa ascético difundido por todo Occidente mediante nuevos monasterios filiales. El espíritu de Cluny combatió duramente por una parte la relajación del clero y se opuso por otra a las intromisiones del poder secular en la vida eclesiástica. Al mismo tiempo la difusión de las ideas y del estilo de vida de Cluny fue un fenómeno de gran importancia en la vida cultural y artística de Europa Occidental.

Otón II y Otón III

Otón II (973-83) tuvo en primer lugar que reducir a la obediencia a su primo *Enrique de Baviera,* llamado el *Litigioso* (muerto en el 995), al que arrebató la marca de Verona, tras reprimir en Roma una sublevación provocada

por *Crescencio,* un descendiente de Teofilacto, y sólo en el 980 pudo pensar en recuperar por las armas la dote, nunca entregada, de Teófanes. Derrotado por los sarracenos (aliados de los bizantinos) en Punta Stilo en Calabria, murió con sólo 28 años, dejando como heredero a un niño de tres años, *Otón III* (983-1002), por el que reinaron primero Teófanes y después la abuela Adelaida. Por fortuna gran parte de la feudalidad se mantuvo fiel. Otón III recibió una educación refinadísima, que alimentó en él una admiración ilimitada por la época clásica y por Roma. Su encendida sensibilidad y su profunda religiosidad, le impulsaron a sentir la función imperial como una misión sacra. Soñó con ingenuo entusiasmo en un imperio de nuevo convertido en sacro y universal, cuyo centro sería la Ciudad Eterna, y en el que no habría habido lugar ni siquiera ya para el poder temporal de los papas.

Este programa encontró, como era previsible, las más tenaces resistencias. Venido a Roma en el 996, y vencida la facción de los seguidores de Crescencio que había vuelto a enseñorearse, Otón puso en el trono papal a su primo Bruno de Carintia, Gregorio V (996-99), que fue el primer papa alemán; después a su maestro, Gerbert d'Aurillac, que demostró enseguida no estar dispuesto a apoyar el programa de su pupilo: asumió el nombre de Silvestre II (999-1003), clara alusión al primer Silvestre, el beneficiario de la famosa donación (que Otón declaró falsa). En el campo político los sueños de Otón naufragaron en la discordia entre la feudalidad laica y la eclesiástica. Ya en el 997 el marqués de Ivrea, Arduino, había matado al obispo de Vercelli con toda su corte episcopal. Había sido castigado, pero no sometido. Por fin, quien se rebeló fue la misma amadísima Roma. Otón tuvo que abandonarla y mientras se preparaba para entrar en ella murió imprevistamente en Paterno, con sólo 22 años.

Enrique II

La corona siguió perteneciendo a la casa de Sajonia, y fue asignada al duque de Baviera, Enrique II (1002-24), hijo

de Enrique el Litigioso. Aunque estaba muy ocupado por las luchas contra Boleslao de Polonia, Enrique II no dejó de intervenir en los asuntos de Italia. Aquí a la muerte de Otón III los duques habían elegido rey a Arduino de Ivrea (1002-14). Le venció en el Brena y se hizo coronar rey en Pavía (1004); tuvo después que volver a Alemania, donde permaneció durante diez años, sin que sin embargo Arduino se aprovechase de su ausencia. En el 1014, cuando Enrique volvió a Italia para ceñir la corona imperial, Arduino estaba ya aislado, y se retiró a la vida monástica en la abadía de Fruttuaria, donde murió el año siguiente. En el pasado se ha querido ver en Arduino al campeón desafortunado de la independencia italiana. En realidad no fue sino el campeón de una alta feudalidad agredida por todas las partes por las nuevas fuerzas que estaban irrumpiendo de dentro y de fuera del mundo feudal: los valvasores, los obispos-condes, las poblaciones urbanas que se apoyaban en los obispos, y que ya habían hecho sentir su peso tanto contra los bizantinos como contra el mismo emperador: en el 1009 algunas ciudades de Apulia Puglia se habían rebelado bajo la guía de *Melo di Bari.* En cada venida de Enrique habían estallado revueltas: en el 1004 en Pavía (donde se había incendiado el palacio imperial), en el 1014 en Roma. En el 1024 a la muerte de Enrique el pueblo de Pavía se sublevó y destruyó completamente el palacio real y con él el archivo del reino, que desde entonces no tuvo ya ni una capital ni un centro administrativo. Otras ciudades, como Venecia, Pisa, Génova, Amalfi, Gaeta, Nápoles eran ya desde hacía tiempo completamente autónomas.

La casa de Franconia

Conrado II el Sálico

Una vez extinguida con Enrique II la línea masculina de la casa de Sajonia, la corona pasó a un príncipe de la casa

de Franconia, *Conrado II el Sálico* (1024-39), descendiente de Otón I por la línea femenina.

En Italia la alta feudalidad no se desarmaba, y en contra de ella se apeló a Conrado el arzobispo de Milán, *Ariberto d'Intimiano* (1018-45), que le coronó rey en Milán, después de lo cual Conrado se dirigió a Roma a ceñir la corona imperial. En 1032 Rodolfo III de Borgoña dejó a Conrado como heredero de su reino. Pero éste, para tomar posesión del mismo, tuvo que luchar durante dos años. En la gran expedición participaron Ariberto, *Bonifacio de Canosa* (desde hacía poco tiempo hecho marqués de Toscana) y un pequeño feudatario borgoñón, Humberto Biancamano, que fue compensado después con tierras de Saboya. En 1034 Borgoña era adquirida para el imperio como tercer reino. La ayuda más consistente le había venido por tanto a Conrado de los valvasores, en los que ahora él se apoyaba, desconfiando incluso de la alta feudalidad eclesiástica. Demasiado poderoso había llegado a ser especialmente Ariberto, que disponía de ingresos fabulosos (80 mil cequíes) y dominaba sobre varias diócesis y ciudades y sobre un gran número de valvasores.

Comienza ahora un juego político algo más complejo; emperador, obispos-condes, grandes feudatarios (o *primi milites, capitanei),* valvasores *(secundi milites),* poblaciones urbanas *(cives, burgenses)* son las fuerzas en liza, y ninguna de ellas, mirándolo bien, tiene intereses en común con las demás. De este modo no puede tardar en estallar un conflicto.

La chispa surgió de la rebelión de los valvasores de Ariberto. Vencidos en un primer encuentro, los valvasores se organizan en una *Motta (emot=* liga) y le vencen en *Campomalo* cerca de Lodi (1036). Conrado, invitado a poner paz, convoca a Ariberto ante su tribunal para que se disculpe. Ante su negativa lo hace encarcelar, pero Ariberto logra huir y se encierra en Milán, fuerte por el apoyo de los *capitanei* y de los *cives.* Para congraciarse con los valvasores Conrado publica entonces la *Constitutio de feudis* (1037), en la que, además del carácter hereditario

de los feudos menores, se estatuye que ninguno puede ser privado del feudo sin previa apelación al emperador.

Para los *capitanei* y para Ariberto es un golpe durísimo, que va en ventaja incluso de los *cives,* los cuales sin embargo —aún no perfectamente conscientes de la propia «individualidad»— continúan haciendo causa común con los grandes. Muerto Conrado, su hijo *Enrique III* (1039-56) para tener libertad de acción en Alemania pacta con Ariberto. Este a su vez hace las paces con los valvasores: se realiza así un entendimiento entre todas las fuerzas feudales con desventaja para los *cives,* los cuales, guiados por *Lanzone de la Corte* (un noble pasado a los hombres de pueblo), se sublevan y expulsan a Ariberto, a los *capitanei* y a los valvasores. Milán es asediada durante tres años; a continuación una intervención de Enrique, que bajo el pretexto de obtener la paz pretende mantener una guarnición suya en la ciudad, convence a todos a la paz (1044). Los nobles son readmitidos en Milán, pero el poder será de ahora en adelante compartido entre *capitanei,* valvasores y *cives*. Por primera vez encuentra sitio en el sistema feudal una fuerza que hasta entonces había estado excluida del mismo.

Los normandos en Italia meridional

Enrique III también reemprendió con energía la política otoniana de penetración en el Mediodía, apoyándose en un elemento nuevo, los *normandos,* que siendo cada vez más numerosos habían afluido de la entonces superpoblada Normandía, ofreciéndose en una primera época como mercenarios a los distintos príncipes en lucha. En el 1027 su jefe, *Rainulfo Drengot,* había obtenido del duque de Nápoles el condado de Aversa. Aquí confluyeron otros jefes, entre ellos *Guillermo de Altavilla,* llamado Brazo de Hierro, el mayor de once hermanos. En 1043 Guillermo, vencidos los bizantinos en Cannas, se adueñó de Melfi y Venosa. Enrique III reconoció como sus feudatarios al sucesor de Rainulfo, *Ricardo de Aversa* y *Drogón de*

Altavilla, sucesor de Guillermo; y no intervino cuando los normandos amenazaron Benevento (que en el 1051 se había entregado al papa para sustraerse a sus miras). León IX fue vencido en Civitate (1053) e incluso cayó prisionero de Umfredo de Altavilla; sin embargo fue enseguida liberado por los normandos, conscientes del daño que les hubiera recaído con la hostilidad del pontífice. Muy pronto, como veremos, el papa a su vez fue inducido a buscar el apoyo normando contra los bizantinos (en ocasión del cisma de 1054) y contra el emperador. En el 1059 Nicolás II reconoció como sus vasallos a Ricardo de Aversa y *Roberto el Guiscardo* (el Astuto), cuarto de los Altavilla. Roberto tuvo el título de duque de Calabria, de Apulia y de Sicilia «por la gracia de Dios y de San Pedro», título ambicioso estando Sicilia en manos de los árabes y Calabria en las de los bizantinos.

El renacimiento de Occidente en el siglo XI

Renacer económico

Las sublevaciones populares de Pavía y de Milán son una señal clara de que en la fisura que desde hacía tiempo se había producido en el interior del mundo feudal se han venido a insertar fuerzas nuevas, ya bastante vitales como para romper los viejos equilibrios, o, si se prefiere, para aprovecharse de la ruptura de los viejos equilibrios.

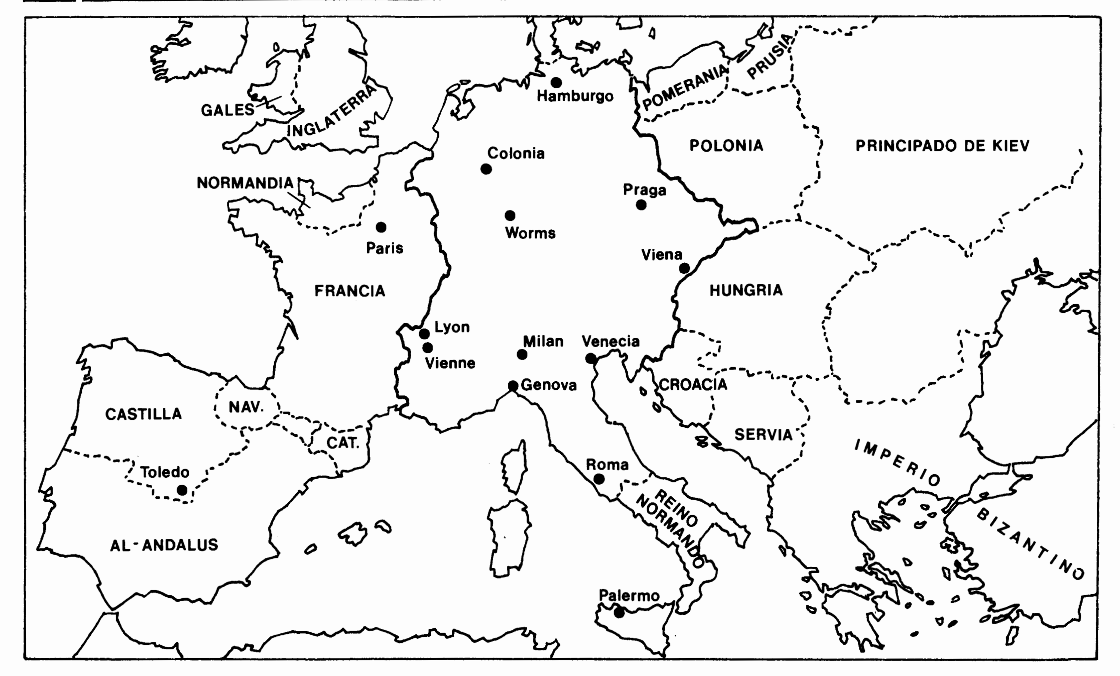
En la base de esta vitalidad está un grandioso fenómeno de renacimiento que en el plazo de dos siglos subvertirá completamente el cuadro histórico tal como se había venido delineando durante la alta edad medieva; un renacimiento total como rara vez es posible ver en el curso de la historia. Como todo grandioso fenómeno histórico, es fruto de muchas circunstancias concomitantes: el mundo árabe está consumido por las luchas internas, y ya ha

disminuido su presión; los normandos han entrado en la «legalidad»; han terminado las incursiones de los húngaros y de los eslavos, e incluso su asentamiento ha ampliado los confines del Occidente cristiano.

Acabadas las devastaciones, las carestías, las epidemias, se registra un fortísimo incremento demográfico (se calcula que entre los siglos XI y XIV la población europea casi se triplicó). De aquí arranca el renacimiento económico: es necesario aumentar la producción agrícola, y entonces se roturan las enormes reservas de tierras incultas; se abandonan los insuficientes aperos de madera para volver a los de hierro; se inventa toda una serie de innovaciones, como el arado con vertedera y con rueda, la herradura del caballo y un nuevo tipo de aparejo rígido que se apoya sobre el pecho y el lomo del animal y permite explotar mejor su energía; se cría en mayor cantidad el ganado, lo que consiente un mayor abono y por tanto un menos rápido desgaste del terreno; se acelera así la rotación de los cultivos: al sistema de los «dos campos» (una parte sembrada y una dejada en reposo) le sustituye gradualmente el de los «tres campos» (una parte se siembra con cereales, otra con cebada o legumbres, una tercera en barbecho); se introducen cultivos nuevos y se toman de nuevo los caídos en desuso (vid, olivo, agrios, morera, lino, cáñamo). Crece, paralelamente, la demanda de otros géneros de primera necesidad (tejidos, utensilios, etc.), estímulo a innovaciones incluso en el campo técnico (el telar de pedal, el molino). Se reconstituye la clase artesanal que casi había desaparecido, y que tiene su sede natural en los centros de mercado, es decir en los pueblos y en las ciudades.

Los centros ciudadanos, en realidad, habían seguido siempre el polo de atracción de la zona circundante; pero junto a los que se habían mantenido populosos y activos (como Pavía, Venecia, Amalfi), otros (como Roma, Florencia, Milán) habían decaído claramente. Ahora recobran toda la antigua importancia: allí afluyen los *milites secundi,* los artesanos más emprendedores, los siervos fugiti-

Europa occidental a mediados del siglo XI



vos, deseosos, todos, de sustraerse al dominio del conde. Junto a las viejas profesiones nacen otras nuevas, como la de notario, juez, escribano público, necesarias para garantizar la regularidad de las operaciones comerciales. La mayor seguridad de las vías de comunicación anima los intercambios comerciales también a larga distancia. Poco a poco se establecen corrientes constantes de tráfico, a lo largo de las cuales viajan las lanas inglesas, el pescado seco de los países escandinavos, los vinos de Francia, la plata alemana, los paños italianos, las sedas, las especias, los marfiles orientales. A las grandes ferias anuales (entre las cuales son famosísimas las de Champagne) llegan de todas partes los mercaderes europeos. El intercambio en especie se ha convertido ya en anacrónico, resurge la economía monetaria, el círculo de la *curtis* está roto. La tierra no es ya la única riqueza: el desarrollo del centro ciudadano, en cuanto absorbe la producción agrícola de la *curtis,* de hecho va incluso en ventaja del feudatario; y si bien éste, para alentar la puesta en cultivo de nuevas tierras, debe descender a alguna concesión, como el contrato de enfiteusis (arriendo por tiempo indeterminado con obligación de aportar mejoras al suelo, a cambio de una modesta contribución anual), no dejan de tener importancia los ingresos fiscales que él obtiene de la imposición de impuestos y gabelas sobre las mercancías que entran en la ciudad o salen de ella. Porque, si es verdad que ha perdido el monopolio de los recursos económicos, sin embargo siempre tiene el del poder político; y a éste no tiene intención de renunciar, mientras que los *burgenses,* para los cuales la libertad de iniciativa es cuestión vital, no admiten el someterse a las mismas restricciones que sufren los siervos de la gleba.

Orígenes del municipio

A las legítimas pretensiones del feudatario es natural que los burgenses respondan coaligándose, haciendo un municipio. No es de creer, sin embargo, que los primeros

municipios surjan con objetivos políticos, ni tampoco que a él pertenezcan todos los habitantes de la ciudad: se constituyen para resolver problemas prácticos en los que el señor feudal no puede o no quiere solucionar (como la construcción o la manutención de un puente, de una carretera, de un trecho de muralla o de dique); o bien (como en el caso de la *compagna* en Génova) para emprender operaciones comerciales de vasto alcance.

Los primeros municipios son por tanto asociaciones de carácter temporal y privado, a los que pertenecen sólo quienes juran sus pactos. Pero en su actividad acaban fatalmente por chocar con la barrera de las limitaciones feudales, de modo que la cuestión no tarda en plantearse en términos políticos. Aquí los intereses de los burgenses momentáneamente vienen a coincidir con los de otras fuerzas feudales (valvasores, *capitanei,* más a menudo el obispo) según las particulares situaciones locales; pero muy pronto el *populus,* que en la lucha ha tomado más clara conciencia de la propia individualidad, constatará que ninguno de los aliados de ayer está dispuesto a abdicar a una parte del propio poder político, y deberá reemprender la lucha (como se ha visto en Milán). No es que los *comunali* traten de subvertir el régimen feudal: ellos quieren simplemente obtener, en el ámbito del sistema, las inmunidades que les son necesarias para actuar sin restricciones. También los habitantes del municipio, en definitiva, piensan todavía en términos de privilegios feudales. La libertad a la que aspiran no significa independencia del poder regio o condal: es más, ellos solicitan su reconocimiento jurídico, con el fin de que no falte el crisma de la legalidad a los privilegios adquiridos. Por lo demás no siempre deben recurrir a la rebelión: muy a menudo la inmunidad es pacíficamente cedida mediante dinero o cálculo político por sus legítimos depositarios, el conde o el soberano. Del mismo modo nace en los campos el *municipio rural,* cuando los pequeños propietarios, los arrendatarios, los milites secundi, los *burgueses* que han invertido las ganancias en la adquisición de tierras obtienen el derecho de asociarse.

Renacimiento cultural

En la general renovación también la cultura se enriquece con nuevas directrices y nuevas perspectivas. Junto a la teología y a las tradicionales artes del *trivium* y del *quadrivium,* adquieren importancia los estudios ligados con las nuevas actividades burguesas, en especial los jurídicos. Junto al latín, que permanece como lengua de los doctos y del culto, se va también afirmando el vulgar, es decir la lengua del pueblo; dentro de poco tiempo las distintas lenguas romances darán los primeros frutos literarios. También la feudalidad, primero reacia a cualquier forma de instrucción, se hace más sensible a la cultura, abre las cortes a los doctos y a los poetas. El ennoblecimiento de las costumbres es evidente incluso en aquel turbulento sector que es la clase de los caballeros, para los que se abrirán dentro de poco horizontes vastísimos.

Renacimiento religioso

Durante la edad de hierro del papado el clero no había escapado a la general decadencia de las costumbres. La disciplina se había relajado, el concubinato y la simonía eran un hecho habitual. Desde el siglo X contra este escándalo se habían levantado voces autorizadas en el seno mismo de la Iglesia: pero fue desde el mundo monástico de donde arrancó un verdadero movimiento de reforma, bajo el impulso de los benedictinos de Cluny, de los Camaldulenses, de los Valleumbrosianos, y en una época posterior de los Cartujos y de los Cistercienses. Estas voces encontraron pronto eco en las clases burguesas: en Florencia, el pueblo, bajo el influjo de los monjes de Valleumbrosa y de San Salvi, expulsó al obispo Mezzabarba; en Milán contra el obispo Guido Da Velate se elevó incluso un movimiento organizado sobre bases municipales, la *Pataria.* Los Pátaros (traperos) estaban vinculados por un pacto jurado, y encuadrados militarmente bajo la dirección de algunos nobles: el futuro papa *Anselmo da*

Baggio era su jefe espiritual. La política de los obispos-condes había contribuido no poco a la secularización de la Iglesia: el emperador investía al obispo tanto del beneficio feudal como de la potestad religiosa, y su elección ciertamente no estaba basada en criterios morales: los feudos episcopales se habían convertido en pensión de los segundogénitos de las familias feudales, hombres sin vocación, amantes del lujo, mejores guerreros que pastores de almas. El papado, además, había tocado su fondo en el tiempo de Conrado II con un Juan XIX (1024-33) de los condes de Túsculo que no era ni siquiera diácono, y con un Benedicto IX (1033-45) elegido papa a los doce años. En el 1046 se disputaban el trono tres papas simoníacos. Enrique III, más sensible que Conrado al problema moral, hizo deponer a los tres y los sustituyó por el alemán *Clemente II* (1046-47). Se hizo después conferir el título de *patricius Romanorum,* que le daba derecho de proponer el candidato al solio pontificio *(principatus in electiones papae).*

El enfrentamiento entre el emperador y el papa

Precedentes

De este modo, sin embargo, no se enmendaba la causa primera de la mundanización; era necesario sobre todo cortar toda ligazón entre función pastoral y función feudal; es decir, el nudo del problema era de naturaleza política. Pero ningún emperador estaba dispuesto a la reforma política, para no privarse de una importantísima palanca de poder (a parte de la inevitable cuestión que hubiera surgido en torno al destino de los bienes eclesiásticos), mientras que precisamente sobre este tema insistían los exponentes de las corrientes reformadoras.

Uno de estos, *León IX* (1048-54), el papa hecho prisionero por los normandos, no se limitó de hecho a la condena de los obispos simoníacos y concubinarios, sino que decretó que la elección del obispo correspondiese al

clero y al pueblo de las ciudades, y que nadie, ni siquiera el emperador, tuviese derecho de intervenir en la actuación del papa. El problema fue de alguna manera desplazado por el conflicto ocurrido con Constantinopla, cuyo patriarca, *Miguel Cerulario,* no quiso reconocer las disposiciones disciplinarias de León, ni la supremacía del obispo de Roma. En el 1054, poco después de la muerte de León, se llegó al *cisma* entre las dos Iglesias, cisma que perdura aún.

Enrique IV y Gregorio VII

La muerte de Enrique III y la minoría de edad de *Enrique IV* (1056-1106) facilitaron la obra de los papas reformadores. Nicolás II (1059-61) aprovechó la ocasión para arreglar la cuestión de la elección papal: en el 1059 un concilio reunido en Letrán estableció que el papa debía ser elegido por los cardenales (es decir, por los obispos de las siete iglesias mayores de Roma) con la aprobación del pueblo y del clero de la ciudad y de los alrededores inmediatos (poco después esta cláusula fue abrogada, y la elección fue confiada sólo a los cardenales). La regente imperial *Inés* rechazó estas innovaciones, y su hostilidad indujo a Nicolás a buscar, como se ha visto, el apoyo normando. Otro apoyo, mucho más fiel y válido, tenía el papado desde los tiempos de León IX en *Matilde de Canosa,* viuda de Bonifacio de Toscana e hija del duque de Lorena. La alta feudalidad eclesiástica era partidaria por el contrario del emperador; y cuando subió al trono papal, con el nombre de *Alejandro II* (1061-73), aquel Anselmo da Baggio que había guiado la Pataria milanesa, le opuso un antipapa, Honorio II, que se mantuvo durante tres años. A la muerte de Alejandro II el pueblo, contra las reglas, aclamó papa a un ardiente reformador, el monje *Hildebrando de Scana,* que había sido consejero de los seis papas anteriores, y que tomó el nombre de *Gregorio VII* (1037-85).

Bajo este papa inflexible, libre de compromisos, el conflicto no pudo sino desembocar en lucha abierta. En el

1075 del modo más taxativo prohibe a los eclesiásticos la recepción de la dignidad episcopal de manos de un laico. Inmediatamente después, con un *Dictatus papae,* afronta de manera radical la cuestión misma de las relaciones entre la autoridad religiosa y el poder político. Desarrollando la tesis gelasiana de los dos poderes, Gregorio proclama que el papa es superior al emperador puesto que es el jefe de la Iglesia, fundada por el mismo Dios y por tanto infalible; que sólo el papa tiene poder sobre los obispos; que puede librar a los súbditos del juramento de fidelidad hacia los soberanos, en caso de que se muestren indignos.

En esta última propuesta está delineando un principio del que, en la densa polémica que se desarrollará en el marco de la lucha por las investiduras, partirá la llamada *tesis contractual:* el soberano no es tal por derecho divino, sino porque como tal es reconocido por los súbditos, en virtud de un «contrato» que compromete a ambas partes. Por tanto, los súbditos tienen derecho de controlar su actuación, y no están vinculados al juramento de fidelidad si él falta a los pactos.

Con el *Dictatus* Gregorio no pretende ciertamente afirmar también la supremacía política de la Iglesia, como hará más tarde Inocencio III, sino sólo remachar drásticamente la separación entre los dos poderes. El cesaropapismo quedaba excluido. El conflicto era inevitable. La ocasión la ofrecieron las disensiones surgidas con motivo de la elección del obispo de Milán. Enrique IV, reunidos en Worms los obispos alemanes, hace declarar no legítimo al papa (1076). Gregorio VII responde con la excomunión. Los príncipes alemanes aprovechan la ocasión para negar su obediencia a Enrique, ya que la excomunión se extiende también a quien tiene relaciones con el excomulgado, tanto más si le presta obediencia. Le conceden sin embargo un año de tiempo para disculparse con ellos y con el papa, en una dieta que se tendrá en Augsburgo. Entonces Enrique IV juega con astucia: va al encuentro del papa, que ya se dirige a Augsburg y se encuentra en el castillo

fortificado de Canosa, como huésped de Matilde. Durante tres días, en pleno rigor invernal (enero de 1077), Enrique permanece a los pies del castillo en sayo de penitente. Al final los ruegos de Matilde y del abad de Cluny,pero más aún la consideración de que podría ser contraproducente tratar de abusar de la victoria, inducen a Gregorio a recibir al emperador para acoger su arrepentimiento, y a revocar la excomunión. Es, al menos aparentemente, un gran triunfo para el papa: pero, en el plano político la ventaja toda es para el oportunista Enrique, que ha recuperado completamente su soberanía sin tener que hacer concesiones o sufrir la mucho mayor humillación de disculparse frente a sus súbditos. Vuelve muy pronto a elegir los obispos; el papa le excomulga de nuevo (1080), pero Enrique, ya con refuerzos, derrota al anti-rey *Rodolfo de Suabia,* elegido a pesar del perdón papal, hace nombrar un antipapa, Clemente III, y después desciende a Italia. Derrotadas las tropas de Matilde, pone asedio a Roma y se hace coronar en Letrán por Clemente III. Durante tres años Gregorio resiste, encerrado en el Castillo de Sant'Angelo. Finalmente, en mayo de 1084, llega la deseada ayuda de Roberto el Guiscardo. Roma es liberada, pero sólo para ser saqueada por los normandos, que al retirarse llevan consigo, mitad en calidad de huésped, mitad como prisionero, al papa, también para sustraerlo a la ira del pueblo que imputa a su obstinación las desgracias que se han abatido sobre la ciudad. Gregorio muere poco después en Gaeta (1085). La lucha, sin embargo, es proseguida por sus sucesores. Enrique IV está cada vez más aislado, tanto por el efecto del enorme prestigio que acarrea a la Iglesia la cruzada predicada por Urbano II, como por la ya larga rebelión de los feudatarios, y porque le falta la solidaridad de los otros grandes soberanos. Estos, aunque tienen sus mismos problemas, se orientan hacia una solución de compromiso que reserve al rey la investidura feudal y al papa la religiosa. De hecho llegan a este acuerdo con *Pascual II* (1099-1118) en 1107, después que Enrique, obligado a abdicar por su hijo *Enrique V* (1106-1125), muere en el exilio.

Fin del conflicto de las investiduras

Con Enrique V la solución se presenta más difícil, porque se complica con la cuestión de la herencia de Matilde, que al morir (1115) deja a la Iglesia todos sus bienes, tanto los privados como los feudales que debieran volver al emperador. La cuestión queda sin solucionar, pero el general cansancio induce a Enrique V y a *Calixto II* (1119-24) a adoptar también para Italia la forma de la *doble investidura (Concordato de Worms,* 1122): En Alemania la investidura imperial precederá a la religiosa, en Italia viceversa. La elección papal tendrá lugar según las deliberaciones de 1059. La victoria de la Iglesia no es total, pero al menos ha evitado la confusión entre poder político y función pastoral; ha logrado controlar la dignidad y la fidelidad al papa del futuro obispo; todo el edificio de la Iglesia gana así en estabilidad.

Las que han obtenido ventajas de la lucha han sido sobre todo las burguesías ciudadanas, colmadas de privilegios tanto por parte de los papas como de los emperadores para que fuesen sus aliados. Cuando termina el conflicto están ya en plena expansión, próximas a la conquista del poder político. Su ascenso se ha debido también a otros grandiosos fenómenos históricos que han intervenido en aquella mitad de siglo: la puesta en marcha de la reconquista en España, la expansión normanda en Sicilia, la primera Cruzada, que han roto a favor de Occidente el equilibrio del Mediterráneo, desde hacía siglos cuenca árabe-bizantina.

El Noroeste de Europa en la época feudal

Los reinos de los vikingos

Entre los siglos IX y X se van diferenciando los reinos de Dinamarca, Suecia y Noruega, y comienza su evangeli-

zación. El Reino de Noruega fundado en 872 por Harold Harfagri (= Bella Cabellera, 860-933) fue cristianizado bajo Olaf Tryggwasson (955-1000) y *Olaf el Santo* (1016-28); el *Reino de Suecia* bajo Olof Skötonung (955-1022); el *Reino de Dinamarca* bajo Harold I el Locuaz (muerto en el 852) y Harold II Diente Azul (945-985). Este fue derrotado por Otón II y depuesto por su hijo Sven Barba Partida (985-1014), que inició la conquista de Inglaterra.

La conquista normanda de Inglaterra

En Inglaterra los reyes de Wessex se hicieron promotores de la unificación de los siete reinos, y sucesivamente de la resistencia contra la invasión de los vikingos. *Alfredo el Grande* (871-99) les frenó, pero tuvo que reconocerles la posesión de las tierras que ocupaban (el *Daneland* o tierra de los daneses: *tratado de Wedmore,* 878). Bajo los sucesores el Daneland fue reconquistado y los Daneses reducidos a súbditos (926). *Edgardo* (959-973) reina sobre todo el país; pero *Etelredo* (978-1016) sucumbe al ataque del rey de Dinamarca, Sven Barba Partida, que toma Londres (1013). El hijo de Sven, *Canuto (Knut) el Grande* (1016-35), reune, aunque por breve tiempo, las coronas de Dinamarca, Inglaterra y Noruega. A su muerte los dos elementos (danés e inglés) entran en conflicto. Luchan por la sucesión *Alfredo,* hijo de Etelredo, y *Harold I,* hijo de Canuto, que es elegido rey: pero el arzobispo de Canterbury se niega a coronarle. Otro hijo de Etelredo, *Eduardo el Confesor* (1042-66), intenta en vano hacer convivir a los dos elementos, admitiendo a los normandos en el gobierno. A su muerte la reacción de los nacionalistas ingleses, capitaneados por Godwin, conde de Essex, lleva al trono al hijo de éste, *Harold II.* Contra Harold, acusándole de usurpación, se levanta el normando de Normandía *Guillermo,* llamado después el *Conquistador,* que le aniquila en la batalla de Hastings (14 de octubre de 1066). En la Navidad de este mismo año Guillermo es proclamado rey de Inglaterra.

El sistema feudal en Inglaterra

Al organizar el nuevo Estado *Guillermo el Conquistador* (1066-87) adoptó la única forma de gobierno concebible en aquellos tiempos, es decir, el sistema feudal. Vasallo él mismo del rey de Francia, sin embargo había comprendido a fondo las ventajas y los riesgos inherentes al sistema, y supo neutralizar en la raíz las tendencias disgregadoras.

También en Inglaterra los grandes propietarios *(lords, thanes, ceorls)* administran la justicia, recaudan los tributos, controlan, en definitiva, la vida de la *homestead* (la *curtis* inglesa). Pero sus feudos son mucho menos extensos (existen 700 baronías y 60.000 caballeratos); los vasallos menores no están obligados a obedecer a los grandes si ello ocasiona perjuicio al rey *(juramento de Salisbury,* 1086); el rey dispone de un ejército mercenario propio y controla el nombramiento de los obispos; en cada condado *(shire)* reside un funcionario regio *(sherif);* no se bloquea la iniciativa de los campesinos y de los colonos libres *(ceorls),* que pueden llegar a ser propietarios adquiriendo tierras libres del vínculo feudal *(freeholds).*

Con un gigantesco catastro territorial y fiscal, el *Domesday book* (libro del día del juicio, 1086), son censadas las propiedades y rentas de los señores, se establecen sus derechos y deberes, se fijan los derechos del rey en los distintos condados. Se viene así a establecer entre poder central y autonomías locales el delicado juego de equilibrios que será característico en la evolución de las instituciones inglesas.

VII. EL ORIENTE CRISTIANO AL FINAL DE LA ALTA EDAD MEDIA

Esplendor político del Imperio Bizantino

Después de la *dinastía isáurica* (717-820), y la *dinastía amoriana* (820-67) se instala en el trono de Bizancio la *dinastía macedonia* (867-1056), bajo la cual el Imperio de Oriente alcanzará su máximo esplendor. Más que hacia Occidente (donde algún efímero éxito y la alianza de las ciudades marineras italianas no compensan la pérdida de Sicilia) es hacia Oriente hacia donde se concentran los esfuerzos militares y diplomáticos: levantamiento antiárabe y penetración en los Balcanes son las directrices fundamentales.

El absolutismo imperial es completo. Bajo *Basilio I* (867-86) y *León VI* (886-912) la burocracia es ya un mecanismo perfecto, la Iglesia es prácticamente un órgano del estado. Esto facilita el esfuerzo militar: *Romano I* (920-44) vence a Simeón, zar de los búlgaros orientales, a los rusos (941) y a los árabes (943); *Nicéforo Focas* (963-69) reconquista Creta, Chipre, Cilicia y Alepo; *Juan I Tzimiskes* (964-76) reduce a provincia a Bulgaria oriental y reconquista Siria y Palestina. La potencia del Imperio llega a su apogeo bajo *Basilio II* (976-1025), cuya hermana se casa

con el príncipe ruso Vladimir, trayendo la Iglesia rusa a la órbita de Bizancio. Vencedor de los árabes en Siria, Basilio II vence al zar de los búlgaros occidentales, Samuel *(batalla del Struma,* 1014) y reduce su territorio a provincia (1018).

Eslavos y húngaros

La historia de los pueblos eslavos durante el alto medioevo presenta no pocos puntos oscuros, especialmente en lo que respecta al desarrollo de las instituciones, que se inspiraron en modelos unas veces occidentales y otras bizantinos. Es importante de cualquier manera la constitución de estados cristianos, que luego se revelaron vitales para la supervivencia de Occidente: los *serbios* entraron a formar parte de la Iglesia de Oriente hacia el 850; en el 864-65 se convirtió el khan de los *búlgaros, Boris* (852-889); en el 966 recibe el bautismo *Miecislao* de Polonia, en el 988 *Vladimir* de Kiev. La evangelización se llevó a cabo a continuación gracias a la constitución de grandes obispados, como los de Magdeburgo (968), Praga (973), Gniezno en Polonia (1000), Esztergon en Hungría (1001), Bamberg (1007). Veamos ahora brevemente las vicisitudes de estos Estados.

Tras la destrucción de los ávaros por obra de Carlomagno se formó en *Moravia* un ducado tributario de los Francos regido por *Mojmir* (830-46). *Rotislao* (846-70) trató de sustraerse a la sumisión franca apoyándose en Bizancio; pero su nieto *Svatopluk* hizo después las paces con Luis el Germánico y tuvo libertad para expansionarse por los Sudetes, por Bohemia y Silesia.

En el 906 el ducado de Moravia fue destruido por los *Húngaros* de *Arpad* (896-907). La cristianización de los húngaros (vencidos, como se ha visto, por Otón I) fue favorecida por *Geza* (972-97), nieto de Arpad, y se completó bajo *Esteban I el Santo* (997-1038), reconocido rey por Otón III.

En *Bohemia* desde el siglo IX se había afirmado la casa de los Przemysl. Durante el siglo X el reino fue vasallo del Imperio y su aliado contra el *ducado de Polinia,* cuyo ascenso había comenzado con Mieszko *(Miecislao) I* (960-92) de la casa de los Piast, que había mantenido buenas relaciones con los Otones. También *Boleslao I el Valeroso* (9921024) colaboró al principio con Otón III, pero se separó de él después de dar vida a un estado eslavo unitario, contrario tanto a los proyectos de expansión alemana hacia el este como a los intereses del reino de Bohemia. La *paz de Bautzen* (1018) que puso fin al conflicto procuró notables ventajas territoriales a Boleslao, que tomó el título de rey. Sus sucesores Mieszko *(Miecislao) II* (1025-34) y *Casimiro I* (1037-58), vencidos por Conrado II el Sálico y por los bohemios, tuvieron que deponer el título regio, pero después Enrique II y Jaroslav de Kiev pusieron sobre el trono a Casimiro, que recuperó parte de los territorios perdidos.

El desarrollo de las instituciones polacas presenta interesantes analogías con el de las occidentales: en primer lugar, la administración está centralizada; después acumulan privilegios cada vez mayores tanto el clero como los grandes feudatarios *(magnates)* y los miembros de la pequeña nobleza *(szlachta).*

En *Rusia* los *Vikingos suecos* (que las poblaciones locales llamaban *varegos o rus)* intervinieron a requerimiento de las tribus fínicas y eslavas en lucha entre sí. Entre sus jefes sobresalieron el legendario *Rurik,* que fundó el principado de *Novgorod* (aproximadamente 850), y sus seguidores *Dir* y Askold *(Hoskuld)* fundadores del principado de *Kiev* (860, aproximadamente). De la unificación de los dos principados hecha por *Oleg el Sabio* (879-912) nació el reino de *Rus* (882). La continua amenaza de los nómadas de las estepas y la hostilidad de Bizancio hizo tormentosa la vida del reino; pero se tiene noticia de un tratado comercial con Bizancio ya bajo *Igor* (912-45), cuya viuda, *Olga,* se hizo bautizar en el 957. *Svjatoslav* (muerto en el 972) es ya lo bastante fuerte como para

destruir a los jázaros (966) y búlgaros del Danubio (972). El impulso decisivo a la cristianización y a la civilización del país vino del ya citado *Vladimir I el Santo* (978-1015), cuñado de Basilio II, y de *Jaroslav el Sabio* (1018-54). Bajo Jaroslav, que promulgó el primer código de leyes ruso, Kiev adquirió gran importancia cultural y comercial. Pero después de su muerte el reino se resquebrajó en una miríada de principados, iniciándose un largo periodo de decadencia.

La cultura bizantina

Características

El cierre de las escuelas filosóficas paganas ordenado por el emperador Justiniano el año 529 marca el triunfo definitivo del Cristianismo en el Imperio. La producción intelectual se concentrará en adelante en la capital, Constantinopla (antigua Bizancio) y seguirá la tendencia helénica hacia la elucubración filosófica pero como base para arrojar luz hacia el pensamiento teológico y contribuir a la inteligencia racional del dogma. Platón y Aristóteles dejan una huella indeleble en el pensamiento bizantino. La de Platón es especialmente detectable en las doctrinas místicas, por ejemplo en las de San Juan Clímaco, autor de la *Escala Espiritual.* La teología estuvo más atenta a destruir herejías, sobre todo las referentes a la persona y naturalezas de Jesucristo. Teólogos como Leoncio de Bizancio (485-542) desarrollan una ciencia escolástica basada en el aristotelismo y el platonismo, con la finalidad de defender la existencia de una sola persona en Jesucristo contra los nestorianos y de dos naturalezas distintas en esa Persona en contra de los monofisitas.

Otros campos, no directamente relacionados con la religión, por ejemplo la Historia o las Crónicas, se hallan transidos de espíritu religioso. Hay que tener en cuenta que muchos de estos autores eran monjes. Sin embargo la

cultura bizantina tiene características muy diferentes de la occidental de la misma época. Hemos indicado ya que en Occidente la cultura se hallaba refugiada en los monasterios y fuera de ellos apenas existían personas cultas. No así en el Imperio de Oriente. En el Imperio bizantino el acceso a las letras era relativamente fácil a cualquier joven que mostrara talento. El caso de *Miguel Pselos,* nacido en Constantinopla en 1017 muestra lo que valía en aquel ambiente la ciencia y el talento literario, Miguel (propiamente se llamó Constantino ya que Miguel fue el nombre que adoptó al hacerse monje en 1054) llegó a ocupar los más elevados cargos políticos y culturales. Fue rector de la Universidad donde se empeñó en introducir un platonismo extremo desterrando a Aristóteles. La oposición logró encerrarle por dos veces de nuevo en el monasterio pero su prestigio intelectual le allanaba el camino del mundo una y otra vez. Filosofía, Filología, Matemáticas, Medicina, Derecho, Cronografía o Demonología, no hubo tema del que no escribiera. No es que el caso de *Miguel Pselos* se repitiera todos los días pero es sintomático de que la ciencia no se encerraba en los claustros. Y esto no sólo en el s. XI sino mucho antes, como consecuencia principalmente de la tradición griega de acudir a nuestros particulares más que a instituciones para recibir instrucción.

Claro que no bastaba tener instrucción para vivir de las letras si no se tenía un apoyo político. *Teodoro Prodromo,* ya en el s. XII, contrapone su suerte actual con la que le pintaba su padre para animarle a estudiar. Con las letras, le decía, «el que andaba a pie y descalzo se hizo ilustre caballero que andaba luego con cuidada cabellera, con rica vestimenta, calzado con sandalias a la moda...» pero ahora las letras no le dan, de hecho, a Teodoro «ni para pan».

Algo parecido le sucedía a Juan Tzetzés, eterno pedigüeño, que dedicaba obras a los Comneno (Juan y Manuel) y a la emperatriz Irene. Fue tal su necesidad que tuvo que vender su biblioteca reservándose tan sólo un Plutarco pues «mi biblioteca es mi cerebro», insensatez que

luego pagó con errores tan crasos como el de confundir el Nilo con el Eufrates o hacer a Servio Tulio emperador romano.

Sin embargo hubo una pléyade de escritores que en torno a la Corte y en los monasterios se dedicaron a escribir tratados teológicos o místicos, himnos religiosos, historias y crónicas, dando al imperio de Oriente un halo de cultura que le diferencia bien de los reinos bárbaros de Occidente.

La lengua griega

La lengua literaria de Bizancio es el griego común o *koiné,* que en realidad es la misma lengua de Aristóteles y Plutarco y la misma también que emplearon los Padres de la Iglesia. Es la lengua de la Corte pero no la del pueblo. El pueblo bajo no la entiende ya. Sin embargo, los escritores bizantinos seguirán aferrados a los *koiné* durante siglos. En este sentido la evolución en Occidente fue muy distinta. Aquí existía también un latín que cada vez era menos hablado y menos entendido. Pero pronto las lenguas vulgares (anglosajón, alemán, francés, español, italiano...) empezaron a ser lenguas literarias sin perjuicio de que el latín conservase el prestigio de universalidad en las ciencias (Universidades) y en la Iglesia oficial. No así en Oriente. Allí el griego fue considerado como única lengua digna de escribirse, y las demás, incluso el griego vulgar, fueron objeto del más absoluto desprecio.

Historiografía

Entre los escritores bizantinos de la alta Edad Media tenemos que citar en primer lugar a historiadores como *Teodoro el lector* y *Evagrio* que escribieron sobre historia eclesiástica, *Procopio de Cesarea,* secretario de Belisario, cuya *Historia de las guerras* cuenta las empresas guerreras de Justiniano y tiene especial valor por la exactitud de

muchos datos. En cambio en *Historia secreta* no pasa de ser un panfleto calumnioso sin valor histórico alguno. La historia de Procopio llega sólo hasta el año 552. *Agatias el escolástico* emprendió la continuación pero sólo pudo llegar hasta el año 558 porque le sorprendió la muerte (582). Agatías es además poeta, autor de epigramas.

León el diácono escribe la Historia imperial desde la muerte de Constantino Porfirogéneta (959) hasta la de Juan Tzimisses (976). Otros historiadores, o mejor dicho, cronistas, son, por ejemplo, Jorge Sincelo que alcanza hasta el año 284 después de Cristo. Teófanes llena la crónica desde el 284 hasta el 813, es decir, hasta la muerte de Miguel I. Juan Malalas escribe también su Crónica universal que llega hasta el año 563. Malalas era de origen sirio y su lenguaje adolece de impurezas.

Cerraremos estas líneas dedicadas a la historiografía bizantina, con *Miguel Pselos* cuya *Cronografía* abarca doce reinados (desde Basilio II hasta la caída de Miguel VII (996-1077) y *Ana Comnena,* encerrada a la fuerza en el Convento de María Llena de Gracia por su hermano Juan y que escribió la «historia» de su padre Alexis Comneno en una obra que llamó *«la Alexiada».* En realidad se trata de un panegírico de su padre, extraordinariamente parcial y pedante. Sin embargo contiene muchos detalles interesantes de la vida familiar.

Poesía

La poesía bizantina se desarrolla principalmente en Himnos religiosos, epigramas y poesías breves de influencia alejandrina. Andrés de Damasco, arzobispo luego de Creta, escribe los llamados «cánones», de los que «el gran canon» consta de 250 estrofas. *Romanos el Meloda,* poeta nacido en Emesa, diácono en la iglesia de *Anástasis* en Berpeth, vivió en Constantinopla bajo Justino y Justiniano y escribió himnos (Kontakia) para ser cantados. *Jorge de Pisidia,* diácono de Santa Sofía, que puso el Génesis en

verso. *Juan Damasceno* y su amigo *Cosme,* monjes ambos de San Sabas cultivaron en el monasterio la poesía religiosa imitando el estilo de Gregorio Nacianceno. Estos monjes cultivan un estilo rebuscado muy distinto del sencillo de Romanos. *Teodoro el Estudita* (759-826), abad del monasterio de Studion escribe, además de sus tratados polémicos en defensa del culto de las imágenes, epigramas e himnos religiosos. *Teodosio el diácono* es autor de un poema sobre la toma de Creta por Nicéforo Focas.

Tal vez la obra poética más importante de toda la alta Edad Media bizantina es el poema *Digenas Akritas* que canta al héroe *Basilio Digenis Akritas,* un hombre de *doble origen* (Digenis) por ser su padre un emir de Edesa y su madre, hija del estratega Andrónico Ducas. El poema, escrito en versos de 15 sílabas, emplea un lenguaje culto, alejado del griego hablado de aquel tiempo, pero se le considera como obra primeriza del griego moderno, es decir, el inicio de la literatura de la Grecia moderna. La epopeya narra las luchas del Imperio bizantino contra el Islam en los siglos IX y X y la defensa que hacen los acritas de sus fronteras contra los sarracenos y contra los Apelates, bandas que vivían a costa de saquear tanto a los cristianos como a los musulmanes. La primera parte del poema (3 cantos), se dedica a los padres de Digenis Acritas. El padre de Digenis, emir de Edesa, rapta a la hija del estratega. La segunda parte narra las hazañas del propio Digenis: cuenta su infancia, su amor por Eudoquia, hija de un estratega que mata sin compasión a los pretendientes. Digenis rapta a Eudoquia, es perseguido a muerte por el padre de ésta pero Digenis se defiende con tanta maestría que admira al estratega quien le acepta, por fin, por yerno. La boda se celebra con gran pompa. Aquí pudo terminar el poema primitivo, pero su popularidad hizo que el poema fuera complicándose y enriqueciéndose cada vez más. El canto quinto se inicia con el relato de los amores de Digenis con una joven árabe. Pero vuelve a encontrar a Eudoquia a la que salva de los ataques de un dragón terrible. También los *apelates* pretenden llevarse a

Eudoquia, pero Digenis les hace huir sin que consigan su propósito. Digenis desafía y vence sucesivamente en duelo a los principales caballeros a los que, generosamente, perdona la vida. Pero los vencidos recurren a *Máximo el Amazonio* descendiente de las Amazonas que Alejandro Magno había traído de la India.

La Lucha caballeresca entre Máximo el Amazonio y Digenis constituye de por sí otro poema de carácter caballeresco. También aquí vence Digenis. En los cantos VII y VIII, Digenis aparece ya viviendo una vida de reposo y felicidad en un palacio maravilloso que hace construir a las orillas del Eufrates. Allí Digenis se dedica a la caza, capturando y matando bestias salvajes sin arma alguna. Precisamente será a la vuelta de una de estas cacerías cuando Digenis caerá enfermo y morirá por haber tomado un baño de agua muy fría. Eudoquia le sigue al sepulcro. El poema tiene elementos novelescos y caballerescos que se pondrán también en boga en Occidente poco más tarde.

Dentro de la literatura de tema profano de cierta envergadura, citaremos también a *Teodoro Prodromo* que escribió la novela en verso «Rodante y Dosicles» y la parodia «Lucha entre gatos y ratones», además de numerosos epigramas.

Prosa literaria

Obra literaria en prosa pero que tuvo una extraordinaria difusión en toda Europa es la leyenda de *Barlaam y Josefat* (que en el original griego se llama *Barlaam y Joasaf).* Trata de una versión cristiana de la leyenda de la juventud de Buda. Aquí es la conversión de Joasaf, hijo de un rey de la India, por el anacoreta cristiano Barlaam. Su autor pudo ser San Juan Damasceno hacia el año 700. El ambiente oriental interpretado arbitrariamente aparecería luego en las literaturas occidentales en obras como *Le pèlerinage de Charlemagne à Jerusalem, Floire de Blancheflor, Anseis de Cartago.* A mediados del siglo XII la

Lettre du Prêtre Jean (la Carta del Preste Juan) a Manuel Comneno, encendería la imaginación cristiana con la creencia en un rey cristiano, el Preste Juan, en la India. El fundamento histórico pudo ser la victoria del Khan Qara Jitai (a quien se identificó con el Preste) sobre el sultán Sengar. Qara Jitai era en realidad el rey de Etiopía y no de la India.

Teología

Entre los tratadistas teológicos citaremos a *Máximo Confesor,* secretario en la corte de Heráclito y monje después que escribe contra los monoteletas. *Anastasio el sinaíta,* abad del monasterio del monte Sinaí, que escribe contra los monofisitas una *Guía* para contrarrestar las herejías, así como un comentario sobre el Hexameron. *Juan Damasceno* († 749) realiza una síntesis teológica en la obra titulada: *Fuente de sabiduría* en la que hay una introducción a la metafísica, una Historia de las herejías y un compendio del dogma católico.

Otro hombre de extraordinaria cultura fue Focio cuyo lenguaje y estilo en las homilías se ha comparado al de Isócrates. Focio conocía a fondo la cultura griega clásica y tal vez esto le llevó a despreciar en exceso a los occidentales que se presentaban en Constantinopla con unos conocimientos rudimentarios del griego y a veces aun sin ellos. De todas maneras Focio murió en comunión con Roma a pesar de las divergencias que noblemente manifestó siempre aunque no siempre las expresara con serenidad cosa que, por lo demás, tampoco hacían sus adversarios. Sus obras principales: *Anfiloquia, Contra los maniqueos, Contra los latinos, Tratado sobre el Espíritu Santo* y el *Myriobiblion* donde analiza muchos libros hoy perdidos.

Nivel cultural de Bizancio

La imagen cultural del Imperio de Oriente en la Alta Edad Media aparece distinta y superior a la del Imperio de

Occidente. En Oriente aparece siempre más clara la diferencia entre la enseñanza profana y la eclesiástica.

El centro principal de irradiación cultural es, sin duda, la Universidad de Constantinopla en la que sigue viva, con altibajos, la tradición tanto helenística como latina. Aquí se formaban los juristas y los altos funcionarios del Estado. La enseñanza fue bilingüe hasta finales del s. VII.

La enseñanza religiosa se centra en la Escuela Patriarcal donde enseñaban los clérigos de Santa Sofía (Sabiduría). Se enseñaba la Apologética y la Dogmática cristiana. En los monasterios se enseñaba exclusivamente a los novicios. No hay que olvidar tampoco la obra de los profesores particulares que siguiendo una tradición multisecular reunían discípulos a quienes instruían oralmente. El mismo Miguel Pselos fue discípulo de un maestro particular, Juan Mauropous.

Hubo, naturalmente, épocas de crisis como la de los iconoclastas pero la Universidad volvía a revitalizarse como sucedió en el s. IX por obra del César Bardas o en el siglo siguiente por obra de Constantino Porfirogéneta.

De la serenidad del trabajo intelectual nos da idea la descripción que hace Miguel Pselos de su propio magisterio: investigaba hasta avanzada la noche y al rayar el alba estaba de nuevo preparando las clases. Cuando llega al aula, «los buenos alumnos» imponen silencio. Con la mano en el mentón, va inspeccionándolos. Unos llegan tarde. Otros no vienen los días de lluvia. Luego va respondiendo a las preguntas. Los alumnos toman notas sobre unas tablillas que colocan sobre sus rodillas. Luego se interesa en particular por los más atrasados para que también ellos sigan la marcha general. En su conjunto, la cultura bizantina es la continuación sin fisuras importantes de las culturas helenística y romana con la imposición, a partir sobre todo del siglo VI, de la doctrina cristiana lo que viene a modificar aunque no sustancialmente ciertos planteamientos filosóficos del platonismo y del aristotelismo. En cuanto a la evolución política, la situación de

Bizancio fue bien distinta de la de Occidente. Aquí el Papa asumió de hecho el gobierno de Roma una vez desaparecido el emperador. Su preponderancia política salvaguardó la religiosa. La distancia física que le separaba al Papa del rey más poderoso de los bárbaros, el franco, y la inferioridad cultural de éste le daban al Papa de Roma una superioridad sobre el poder civil, que el Patriarca de Constantinopla no poseía. Aquí el emperador seguía siendo el verdadero guardián de la Iglesia; él convocaba los concilios generales. El patricarca coronaba al emperador y recibía su juramento de ortodoxia pero luego estaba sometido a él so pena de deposición. Por lo demás, Constantinopla miraba a oriente de donde le venían los ataques: eslavos y búlgaros por el NE y musulmanes por el SE. De hecho hacia el s. IX tres patriarcados de los cuatro (Jerusalén, Antioquía y Alejandría) estaban en poder del Islam.

Sin embargo la iglesia bizantina se expande hacia Moravia, Bohemia, Hungría y al principado ruso de Kiev y su vitalidad interna queda plasmada en un floreciente monacato cuya mejor expresión es el Monte Athos, donde se reunen cientos de monjes dedicados al estudio, a la oración y al trabajo manual.

VIII. LA CULTURA DE OCCIDENTE AL FINAL DE LA ALTA EDAD MEDIA

Introducción del aristotelismo

En realidad la cultura medieval, sobre todo la de la Alta Edad Media, es una cultura eclesiástica, de selección (clerical) y no una cultura popular. Es una cultura monacal en la que sus mentores son monjes o clérigos, únicas personas que disponen de bibliotecas y de formación suficiente para utilizarlas y para frecuentar las escuelas siempre dependientes de un monasterio o de una catedral. Laico (lego) e ignorante son la misma cosa en la Alta Edad Media.

Durante varios siglos esa cultura eclesiástica había estado dominada por la concepción de San Agustín, según la cual el objetivo y finalidad de la cultura era únicamente la comprensión de la Sagrada Escritura. Al final de la Alta Edad Media se produjo un importante cambio cuyo centro fue la escuela catedralicia de Reims, regentada al final del siglo X por Gerberto de Aurillac el futuro papa Silvestre II (999-1003). Durante varios años había vivido como monje en Cataluña (probablemente en Ripoll), donde había tenido ocasión de conocer y estudiar las nuevas corrientes del pensamiento que dominaban

entre los hispano-árabes de Al-Andalus. La principal innovación de la escuela de Reims consistió en dar entrada en las enseñanzas escolares a la lógica aristotélica, conocida y difundida al principio a través de la traducción hecha en el siglo VI por Boecio del comentario de Porfirio a Aristóteles. La lógica aristotélica era el más completo y sistemático conjunto de reglas, conceptos, categorías y principios para poder pensar, discurrir y argumentar debidamente. Constituía por tanto un instrumento valiosísimo para que el pensamiento especulativo se desarrollase. Los discípulos de Gerberto difundieron esa lógica por casi todo el Occidente y con ello proporcionaron a Europa un elemento importantísimo para la formación del pensamiento occidental.

Las lenguas vulgares

En todo el Occidente influido por la civilización latina, el latín había sido la lengua culta aceptada por todos para expresarse en el campo cultural. La corte, el clero, la población urbana de las ciudades creadas por los romanos hablaba en latín. Respecto a la población rural, en muchas regiones el latín había desplazado totalmente a las lenguas prerromanas, en otras convivía con ellas, mientras que en otras apenas había llegado a penetrar o se había limitado a completar su vocabulario con palabras latinas asimiladas por la lengua correspondiente. A su vez en los países mediterráneo-occidentales, donde el latín se había impuesto, desde muy antiguo había comenzado a evolucionar en cada país con orientaciones y reglas espontáneas peculiares, derivadas por una parte de las características peculiares del pueblo concreto que lo hablaba, y por otra del influjo de otras lenguas de pueblos vecinos. De esta forma se fueron formando las diversas lenguas de Europa. Se les dio el nombre de lenguas vulgares, porque durante mucho tiempo fueron consideradas como incultas, propias del pueblo sin formación literaria e inadecuadas para expresar las diversas formas

de la cultura (enseñanza, literatura, diplomacia, vida jurídica, etc.).

Inglaterra

Es en Inglaterra donde la lengua vulgar anglosajona o *englisc* adquiere más pronto la madurez necesaria para ser empleada en escritos. La obra más característica de esta primera época es la Gesta de *Beowulf.* Aunque el manuscrito llegado a nosotros pertenece a un copista del s. X, la obra original es del s. VIII o IX y el tema se basa en una leyenda llevada por los anglos desde el continente: Beowulfo, que va a socorrer al rey de Dinamarca Hrodgar cuyos súbditos están asustados por la presencia del monstruo Grendel. Beowulfo mata al monstruo y a su madre y luego es elegido rey de los godos. Después de 50 años de feliz reinado, tiene que enfrentarse a un dragón que arroja fuego por la boca. Beowulfo es herido mortalmente. Los guerreros y todos los súbditos construyen la pira y lloran su muerte.

El mismo sentido de desolación y de la vanidad de todas las cosas hallamos en las primeras poesías anglosajonas, en su mayor parte anónimas: *The Wanderer* (El vagabundo), *The Ruined Burgh* (La ciudad destruida), *The Maiden's Complaint* (El lamento de una dama), etc.

Dentro del s. IX, resulta especialmente brillante para la literatura anglosajona, el reinado de Alfredo el Grande (849-899). El tradujo al anglosajón la *Historia oeclesiastica gentis anglorum* escrita en latín por Beda el Venerable. Tradujo también a Orosio y *La Consolación de la Filosofía* de Boecio en la que, por lo demás, el rey se toma la libertad de introducir sus propias opiniones y exhortaciones para el lector. El rey Alfredo *(King Alfred)* creó en su corte de Wessex un centro cultural de importancia en que el anglosajón tenía la misma categoría literaria que el latín. Con él se inicia la *Anglo-Saxon Chronicle* (Crónica anglosajona) cuya redacción hasta el año 890 se atribuye al mismo monarca. En la segunda parte se incluyen cortos

poemas con el característico sistema de aliteración, es decir, de repetición de sílabas de idéntico o casi idéntico sonido como *Groweth sed, and bloweth med.* El más importante de estos poemas es *La batalla de Brunanbuch* que narra las incursiones danesas de finales del s. X y la heroica resistencia de las poblaciones indígenas.

Alemania

La lengua primitiva después de las migraciones arias debió ser única pero no conocemos sus características. Pronto se dividió en dos grandes ramas: el *bajo alemán* propio de algunas tribus de francos y sajones, que dio origen a las lenguas de los Países Bajos, y el *alto alemán* que desembocó en lo que hoy es la lengua alemana con tres períodos distintos: antiguo (siglos VIII-XII), medio (XII-XV) y nuevo.

Una de las primeras obras en lengua alemana es el Cantar de Hildebrando *(Hildebrandslied)* escrita hacia el año 800. De autor desconocido, trata un tema bastante común a muchos pueblos indoeuropeos, *la lucha entre padre e hijo.* Hildebrando deja a su mujer y a su hijo para irse con su rey, Teodorico, vencido por Odoacro. Cuando al cabo de 30 años vuelve a la patria como jefe del ejército de Teodorico, se encuentra con el ejército de Odoacro y es desafiado a duelo por un caballero. Hildebrando le hace unas preguntas al caballero y cae en la cuenta de que se trata de su propio hijo. Se le descubre pero el hijo no le cree y le acusa de cobardía y vileza. El sentido del honor de Hildebrando se impone a su amor de padre y se lanza al combate. El cantar no está completo pero un canto de *Edda,* obra de la literatura islandesa, que trata el mismo tema, concluye con la muerte del hijo.

De tema cristiano son *La oración de Wessobrunn* (Wessobrunner Gebet) en verso y prosa y sobre todo *Heliand* (El Salvador) poema de 5.983 versos, obra de un monje de Fulda que trata de la vida de Jesús. Jesús es una

figura heroica, como un rey germánico y sus discípulos como nobles vasallos de espíritu caballeresco. Sin embargo, el sermón de la montaña ocupa un lugar central en el poema. Otro poema referente a los Evangelios es el *Libro de los Evangelios* (Evangelienbuch) de ca. 870 escrito por Godofredo de Weissenburg quien dedica su obra a Luis el Germánico. Pero si en Heliand predominaba el espíritu feudal germánico, aquí brilla el espíritu evangélico del amor cristiano.

Desde Godofredo de Weissenburg hasta el s. XII se vuelve a escribir en latín. En el siglo XII aparece el gran poema nacional alemán, La Canción de los Nibelungos *(Nibelungenlied)* y se traducen al alemán los poemas franceses *La Canción de Roland* y *La Canción de Alexandre.*

Países latinos

En los países latinos (Francia, España, Italia y Portugal) la literatura en lengua vulgar fue un poco más tardía. El hecho de que la lengua hablada por el pueblo tuviera semejanza con el latín escrito la hacía aparecer como una simple corruptela del mismo y por lo tanto indigna de ser escrita. El primer documento que se conserva de lengua francesa es *Le Serment d'Estrasbourg* o Juramento de Estrasburgo, con el que Carlos el Calvo y Luis el Germánico se unen contra el tercer hermano, Lotario (842). Como los ejércitos no entendían el latín, ambos reyes debieron emplear el francés y el alemán respectivamente.

En numerosas obras de la épica española procedentes en su estado actual de época más tardía, se conservan los restos de composiciones épicas mucho más antiguas compuestas en lengua vulgar (castellano) y reelaboradas en época posterior. Lo mismo ocurre con algunas crónicas, donde sus autores con frencuencia anónimos reprodujeron con frencuencia casi al pie de la letra antiguos poemas épicos hoy perdidos.

En la Península Ibérica se desarrolló también desde muy pronto una rica literatura lírica en lengua vulgar. Los descubrimientos de S.M. Stern en 1948 y de E. García Gómez en 1952 nos han llevado al conocimiento de una literatura lírica en lengua romance muy anterior (mediados del s. XI) a la lírica hasta ahora conocida (s. XIII). En efecto, Stern descubrió 20 poesías o *muasajas* hebreas que terminaban en una *jarcha* o estrofa escrita en caracteres hebreos pero en lengua romance. Cuatro años después García Gómez descubría 24 jarchas en otras tantas muasajas árabes. La interpretación de estas jarchas no resulta siempre fácil, ya que a la dificultad del lenguaje arcaico se une la de estar en dos tipos de escritura (árabe y hebreo) que no utilizan vocales. Las jarchas son estrofas amorosas de queja o llamada puestas en boca de la amante. El hecho de que algunas jarchas se repitan en distintas muasajas lleva a García Gómez a suponer que la jarcha es anterior a la muasaja, que en este caso sería una glosa de la jarcha ya conocida y popular. He aquí un ejemplo de jarcha que cierra una muasaja árabe.

Mío sidi Ibrahim (Mi señor Ibrahim)
ya nuenme dolye (oh nombre dulce)
vente mib (Ven a mi)
de nojte (de noche)
In non, si non queris (si no, si no quieres)
Ireme tib (iré yo a ti)
garme a ob (dime a dónde)
legarte (encontrarte).

La regla de la muasaja tanto hebrea como árabe exigía que la jarcha final fuera en romance.

Sin duda que también en la España cristiana se rimaba por esta época, pero como se trataba del «habla rústica», no se consideraba necesario ni digno pasarlo a escrito. Sin embargo entre los siglos X y XI las lenguas romances se imponen no sólo en el habla vulgar o rústico sino en el cortesano y monástico. En lo que se refiere al castellano, en la *Chronica Adelfonsi Imperatoris* (1150) se le llama ya sin rebozo *nostra lingua,* nuestra lengua.

El teatro

Toda la literatura altomedieval es, como se puede suponer, obra de clérigos ya que son ellos en la práctica los únicos que saben escribir y los únicos también que saben el latín suficiente para expresarse en él con dignidad. Así, pues, nada tiene de extraño que las obras se refieran a *vidas de santos, relatos de milagros...* además de los relatos, se escriben también obras de teatro, en forma de disputas, por ejemplo, entre la primavera y el invierno, la rosa y el lirio, la lana y el lino, etc.; en forma de misterio religioso como la *Visitatio sepulcri* o visita del Santo Sepulcro. En la segunda mitad del siglo X encontramos ya una monja autora de comedias a lo Plauto y Terencio, Rosvita de Gandersheim. Sus temas son históricos y religiosos: *La gesta de Otón, La fundación del monasterio de Gandersheim* y dramas como *Abraham, Gallicanus, Dulcitius...* En general, la Iglesia no veía con buenos ojos las representaciones teatrales, especialmente cuando los clérigos actuaban en escenas profanas. Ya en el Concilio de Aquisgrán (816) prohibió a los clérigos actuar en comedias. En el s. XIII en España el teatro debía ya tener tal arraigo popular que Alfonso X se ve obligado a regularlo en sus *Partidas.* Los clérigos, según el rey sabio, pueden actuar en temas como «la nascencia de Nuestro Señor e otrosi de su Aparición (Epifanía), cómo los tres reyes lo vinieron a adorar e de su Resurrección... pero no deben ser «fazedores de juegos de escarnios... e si otros omes los fizieren non deven los clérigos y (allí) venir *porque fazen y (allí) muchas villanías y desaposturas.*

Como estas obras, tanto las de misterios como las de «escarnio» se hacían para que el pueblo las entendiera, hay que suponer que varios siglos antes de estas ordenaciones reales, estaban hechas en lengua vulgar, aunque sus textos, por lo demás muy simples y sujetos a contínuos cambios por la improvisación y el ingenio de los actores, no hayan llegado hasta nosotros.

El arte

El arte prerrománico

Si Teodorico pudo hallar un Boecio y un Casiodoro que hicieran de eslabones entre la literatura del imperio y el medievo, no pudo hallar arquitectos capaces de hacer otro tanto con las edificaciones. El ejemplo más notable de esta incapacidad de los arquitectos bárbaros es el del sepulcro de Teodorico en Ravena. Los arquitectos del rey ostrogodo se sintieron incapaces de construir una bóveda y trazar el perfil de la cúpula. La solución dada no deja de ser ilustrativa del nivel técnico de aquellos constructores. Tenían el ejemplo del mausoleo de Augusto en Roma, coronado con una magnífica cúpula. Para imitarla, los constructores de Ravena hacen traer de Dalmacia un enorme bloque de mármol al que dan una forma algo combada y la colocan como una tapadera sobre las paredes de la tumba real. El bloque de mármol tiene 8 metros de diámetro. Por lo demás, el pueblo seguía viviendo en casas de madera y los magnates podían ocupar los edificios del imperio por lo que no había aún grandes preocupaciones arquitectónicas. En realidad los pueblos germánicos asentados en el oeste se distinguieron más como orfebres que como arquitectos. En las primeras construcciones es también frecuente aprovechar elementos de edificios romanos. Así, por ejemplo, el baptisterio merovingio de S. Juan de Poitiers muestra columnas romanas de capitel corintio procedentes de algún edificio romano. La arquitectura visigótica en España está representada por pequeñas iglesias como la de S. Juan de Baños (Valladolid) y San Pedro de la Nave (Zamora). En esta arquitectura hispana nos llama la atención la existencia del arco de herradura en puertas, ventanas, planta de ábsides, etc. ¿La trajeron los visigodos? No parece posible ya que no aparece en los demás pueblos germánicos. Más bien parece ser un elemento oriental que

se conservaba en España y que los visigodos asumen en sus edificios.

En Irlanda encontramos restos de la arquitectura celta en las torres cilíndricas un tanto apuntadas, los *cloicethec* o casas de las campanas y en las cruces célticas de alto pedestal sobre el que campea una cruz de brazos iguales inscrita en un círculo. Pero, en general, en Irlanda e Inglaterra se construía *more scotorum,* es decir, con madera y no *more romanorum,* como en España, ajustando bloques de piedra bien labrada. Por eso, como dice Schbunk, citado por J.M. Lacarra, «ni en el N. de Italia, ni en Francia, ni en Alemania conocemos monumentos de la segunda mitad del s. VII que puedan parangonarse con los de la España visigoda».

La orfebrería

Es quizás el arte más típico y original de los pueblos bárbaros. Tanto los jefes como los guerreros y las damas gustaban de llevar joyas, espadas, hebillas, etc. bien labradas y bien visibles. Los jefes se hacían regalos de armas bien labradas, collares, fíbulas y brazaletes. Según Tácito los caudillos bárbaros eran enterrados con sus armas y enseres, y al lado de su caballo. Tácito habla de un montículo de tierra como único signo exterior de los enterramientos de los germanos. Por consiguiente «era de esperar, dice J. Pijoan, que en los territorios ocupados por los bárbaros encontraríamos algunas de estas tumbas con las reliquias de sus guerreros porque el túmulo de tierra, muchas veces deshecho, no excitaría la codicia de los buscadores de tesoros». Así ha sucedido de hecho. Aunque muchos objetos votivos han desaparecido de los santuarios (así las joyas que los árabes tomaron al entrar en Toledo y que seguramente fueron refundidas) otros han podido salvarse y llegar intactos hasta nuestros días. Los tesoros más importantes son: *el de las armas y joyas del rey de los francos Chilperico* hallados en Tournai (1653); el *tesoro de Petrosa* (Rumanía) perteneciente a los

ostrogodos al que pertenece un cestito de oro cuyas asas son leones rampantes; el *tesoro de Monza* (Italia) en el que destaca la famosa *corona de hierro* así llamada por su aro interior hecho, según tradición, con un clavo de los que sirvieron para clavar a Jesús en la Cruz, la corona de Teodolinda y la gallina de oro con sus polluelos; el *tesoro de Nazy-Sent-Miklos* (Hungría) hoy en el Museo de Viena y el *tesoro de Guarrazar* (Toledo) al que pertenecen la corona de Recesvinto, la de Suintila y otras. Llama la atención la unidad de estilo que reina en la orfebrería de los bárbaros de toda Europa. Su sentido irregular de la simetría, su gusto por los entrelazados y por los motivos zoomórficos siguen vigentes en todos los pueblos bárbaros. Es notable en este aspecto la tapa del evangeliario de Lindau donde a los motivos cristianos se junta un laberinto de entrelazados donde los lazos terminan en cabezas de serpiente, de pájaro, etc. que recuerdan cultos ancestrales paganos.

Esta tendencia al trabajo de orfebrería queda de manifiesto en la arquitectura anterior a la románica propiamente dicha, donde la decoración juega un papel extraordinario.

El prerrománico en España

A finales del s. VIII y en el s. IX se da en el reino de Asturias un florecimiento de la arquitectura que no tiene igual en el resto de Europa. Actualmente se hallan todavía algunos pocos edificios en buen estado de conservación. En la ladera del monte Naranco en las afueras de Oviedo, encontramos en primer lugar el edificio que hoy se conoce generalmente con el nombre de Sta. María del Naranco. El nombre lo debe a que hasta hace unos decenios estuvo convertido en capilla. Pero en la forma primitiva, que ahora ha recobrado, se trata del *Aula Regia* del rey Ramiro. El Aula Regia, era el organismo asesor del rey, formado por los caballeros principales, «comités» o condes que se encargaban de la administración de palacio,

del patrimonio real, de los asuntos judiciales, de guerra, etc. Los más principales de este organismo vivían en la residencia junto con el rey en el departamento que se llamaba también *Aula Regia.* La de Oviedo es la única que se conserva en toda Europa aunque sabemos de la existencia de otras por testimonios literarios. Se trata de un salón cubierto con bóveda. Carece de ventanas y la luz le entra por los pórticos de los solarios abiertos en los extremos. El Aula Regia de Ramiro tiene dos pisos. El inferior servía de estancia para la guardia y la servidumbre. Debajo de uno de los solarios se hallaba la capilla privada del rey y debajo del otro se hallaba el baño real. Los arcos son peraltados, es decir, sobrepasan el medio punto pero sin cerrarse en forma de herradura. La decoración es típicamente visigótica o germánica. Las columnas llevan molduras acordonadas y abundan los medallones de dibujos geométricos, adorno propio de los vikingos.

El otro edificio, ubicado también en el monte Naranco es la Iglesia de S. Miguel de Liño (del *Lignum* Crucis). Es notable el decorado de las jambas de la puerta que representan juegos de circo y que J. Pijoan supone que son copia «de un díptico de marfil bizantino que estaría guardado junto con el leño». Por lo demás la decoración, con medallones y otros adornos geométricos sigue siendo germánica. Dentro de las artes industriales de orfebrería y talla de marfiles hay que citar la *Cruz de los Angeles* y la *Cruz de la Victoria* de la catedral de Oviedo, con medallón central y el esmalte teutónico en él.

De finales del s. IX es también la iglesia del *monasterio de Valdediós,* fundada por Alfonso el Magno. Es de tres naves de ábside cuadrado. Otra iglesia de este estilo es Santa Cristina de Lena, del s. X probablemente. Sabemos que los reyes de Oviedo hicieron construir otros muchos edificios importantes: Palacio real, la catedral del Salvador, la Cámara Santa, etc.

Cuando el reino astur pasó hacia el sur en el camino de la reconquista, muchos de los cristianos que se habían

quedado en territorio dominado por los árabes, se pasaron a las nuevas tierras de cristianos, León y Castilla. Estos cristianos del sur, llamados mozárabes, traen una arquitectura de características propias cuya nota más peculiar es, sin duda, el arco de herradura. Se trata de iglesias de planta basilical, generalmente altas (a veces con dos filas de columnas). El arco de herradura es quizás el único signo árabe de esta arquitectura y el color blanco de sus interiores podría explicarse porque los mozárabes llegaban de Andalucía. Entre las iglesias mozárabes de los ss. IX y X podemos citar San Millán de la Cogolla, Frómista, Santa María de Bamba, San Miguel de la Escalada. Esta última, perteneciente a un cenobio visigótico destruido por los musulmanes, fue reconstruida por monjes mozárabes venidos de Córdoba en 913.

Tanto el estilo asturiano como el mozárabe de León y Castilla, pueden ser considerados como prerrománicos porque lo son en el tiempo y en algunas características externas como en el arco de medio punto. Sin embargo no son prerrománicos en el sentido de que hayan sido el origen del estilo románico que dominó Europa entera desde los siglos XI-XIII. El románico español no procede del estilo asturiano, ni del mozárabe sino que tiene raíces claramente francesas y fue introducido, sobre todo, a través del Camino de Santiago. Incluso la misma Catedral de Santiago de Compostela, que tuvo seguramente precedente visigótico abovedado y reedificación en estilo mozárabe, no debe nada a estos estilos en la nueva versión románica (1078-1124), hecha siguiendo modelos de allende los Pirineos, por los arquitectos Roberto y Bernardo. En palabras de J. Pijoan, «Santiago representa la completa desaparición de los estilos prerrománicos asturiano y mozárabe estrictamente peninsulares; es una gigantesca construcción de carácter enteramente europeo sin localismos ni hispanismos. Revela la penetración de las ideas internacionales representadas por la Francia monástica y que se debieron de imponer casi violentamente por medio de la peregrinación».

Sólo en Cataluña las torres de S. Miguel de Cuxá, San Martín de Canigó y Ripoll nos hablan de una influencia lombarda llegada directamente de Italia. En todo el resto del territorio cristiano de la época (Aragón, Navarra, Castilla, León) dominará en absoluto el románico francés, europeo y universal, internacionalizado por obra de los monjes y de los arquitectos a su servicio y que, por lo que respecta a la península, arraiga en el Camino de Santiago.

La arquitectura románica

Es hacia el año 1000, es decir, a principios del s. XI cuando la arquitectura de Occidente comienza a volver los ojos hacia lo romano. Todos los esfuerzos anteriores quedaban inscritos dentro del barbarismo germánico (franco, celta, godo). Ni los visigodos, ni los ostrogodos, ni los carolingios en Aquisgrán lograron enlazar con la tradición romana de la construcción. Lógicamente, es Italia donde la tradición arquitectónica imperial queda más viva y más observable por la abundancia de monumentos conservados. A comienzos del siglo XI la cristiandad occidental parece haber superado un largo proceso crítico y comienza una febril actividad constructora de iglesias y monasterios. La novedad mayor de estas construcciones es su solidez sobre todo en la cobertura exterior. El empleo de la bóveda evita incendios y da una gran seguridad a todo el conjunto. Las bóvedas van reforzadas con *arcos torales* que son como las costillas que dan armazón a todo el medio cañón que se alarga en nave. Además de la de medio cañón, se emplea la bóveda de arista o de cuarto de círculo (sobre todo en las naves laterales) y la cúpula que al exterior aparecía a veces como una torre o un campanario. El románico no es, sin embargo, una simple vuelta o imitación del arte (arquitectura, escultura, pintura) romano. Este sirve de inspiración pero los arquitectos siguen enraizados en su propia tierra, en su provincia y mantienen la propia impronta en el estilo *universal* de la época. El románico resulta así un signo de unión entre los pueblos de Occidente pero sin que ello

impida los rasgos diferenciales que caracterizan, por ejemplo, a Provenza, Normandía o a Francia Central (Auvernia) en Francia; a Lombardía, a Toscana en Italia; a Cataluña y Castilla en España. En cuanto a Alemania e Inglaterra, la primera asumió el románico siguiendo fiel a la tradición carolingia y la segunda recibió de los normandos de la Galia el nuevo estilo que allí se llamará por lo mismo *anglonormando.* En cuanto a nombres de Iglesias románicas sólo podemos citar unas pocas de cada país: en Francia, S. Saturnino de Toulouse, S. Trófimo de Arlés, S. Front de Périgueux, Sta. Magdalena de Vezelay; en Italia, Montecasino, la Catedral de Cremona, la Catedral de Ancona, el conjunto de Pisa; en Alemania, las Catedrales de Worms, Espira y Mainz y el monasterio de Sta. María Laach, la Catedral de Bamberg; en Inglaterra, las Catedrales de Winchester, Worcester y Durham. Como antes hemos indicado, el centro de expansión del románico en España es el Camino de Santiago. Como dice J. Pijoan, Santiago es una obra sin antecedentes hispanos. Sus antecedentes son S. Hilario de Poitiers, S. Marcial de Limoges y Saint-Benoit-sur-Loire. Una vez aceptado el nuevo gusto, la obra española fue perfecta y digna de ser tomada como modelo. Todo el Camino de Santiago, desde Jaca con su catedral, S. Juan de la Peña, Monasterio de Leyre, Sto. Domingo de la Calzada, S. Martín de Frómista, S. Isidoro de León, hasta el mismo Santiago de Compostela, está sembrado de iglesias y claustros románicos de estilo románico europeo. Por su forma de cúpula exterior nervada, de extraordinaria originalidad, hay que citar la catedral vieja de Salamanca, la de Zamora y la Colegiata de Toro.

La escultura románica se halla representada sobre todo en las fachadas de las iglesias y en los capiteles de las columnatas de los claustros donde la temática escultórica medieval adquiere su máxima expansión: plantas, animales reales y fantásticos y, sobre todo, escenas bíblicas del Antiguo y Nuevo Testamento se esculpen con una gran fuerza y sinceridad. Ejemplos notables son los capiteles de Silos, y las esculturas de S. Juan de la Peña y, por

encima de todos, la Cámara Santa de Oviedo y el Pórtico de la Gloria de Santiago. Las seis parejas de apóstoles de la Cámara Santa imponen por su yeratismo y su majestad. Las estatuas del Pórtico de la Gloria presentan expresiones más variadas, menos yeráticas. La Cámara Santa y el Pórtico de la Gloria suponen la culminación de la escultura románica del siglo XI. La obra del maestro Mateo en Santiago es de una variedad y perfección asombrosa para finales del s. XII pero, por desgracia, Mateo no creó escuela. Sus continuadores como dice Pijoan quedaron muy por debajo de su maestro tanto en inspiración como en técnica, como se puede ver en la fachada de la Catedral de Orense. Grupo de esculturas notables encontramos también en San Vicente de Avila.

La pintura románica

El hecho de que las esculturas de piedra fueran policromadas nos habla ya por sí sólo de la importancia de la pintura en las iglesias de estilo románico. Teniendo en cuenta además que el románico, en contraposición al gótico, deja amplias superficies de pared aptas para la pintura podemos suponer que las iglesias de este estilo fueron en un tiempo ricas en pinturas. Con el paso del tiempo, parecieron de poco valor y fueron raídas o cubiertas de cal en la mayor parte de los casos. Lo que se ha conservado y lo que se ha podido recuperar de debajo de las capas de cobertura posterior se deduce que, en general, la pintura románica no alcanzó la misma perfección que la escultura contemporánea suya. Cataluña es la región española más rica en pinturas románicas tanto en frescos como en tablas. La temática de la pintura románica es limitada: Un pantocrator, una Virgen con el niño, dentro de una aureola almendrada, los evangelistas, patriarcas, etc.; es decir, una temática que difiere poco de la de las miniaturas bíblicas.

INDICE TEMATICO

A

B

C

CH

D

E

F

G

H

I

N

O

S

T

U

CUADRO CRONOLOGICO

378	Batalla de Adrianópolis
379-95	Teodosio I
395	División del Imperio
ca. 400	Establecimiento de los germanos como federados
410	Saqueo de Roma por Alarico
410-575	Reino de los Suevos
419-507	Reino visigodo de Toulouse
423-455	Valentiniano III
429-534	Reino vándalo en Africa
440-461	San León Magno Papa
443-534	Reino de los Burgundios
451	Concilio de Calcedonia
451	Batalla de los Campos Catalaúnicos
452	Atila en Italia
455	Saqueo de Roma por Genserico
466-484	Eurico rey de los Visigodos
476	Fin del Imperio de Occidente: Odoacro
474-491	Zenón emperador de Oriente
481-511	Clodoveo rey de los Francos
493-553	Reino ostrogodo en Italia: Teodorico (493-526)
506	Lex Romana Visigothorum
507	Batalla de Vouillé
507-711	Reino visigodo de Toledo
527-565	Justiniano

533	Digesto e Instituciones de Justiniano
534	Código de Justiniano
568-774	Reino longobardo en Italia
590-604	San Gregorio Magno Papa
610-647	Heraclio emperador de Bizancio
622	Hegira de Mahoma
623-638	Dagoberto I rey de los francos
632	Muerte de Mahoma: Abu Bekr califa (632-634)
634-644	Omar califa: conquista de Siria Palestina, Persia y Egipto
636-652	Rotario
639-743	Reyes holgazanes
661-750	Dinastía omeya
679-714	Pipino de Heristal
705-745	Walid I califa: conquista del territorio del Indo, Africa del Norte y España
713-744	Liutprando rey de los longobardos
714-741	Carlos Martel
717-820	Dinastía isaurica en Bizancio
717-740	León III Isaurico
732	Batalla de Pitiers
750	Matanza de los Omeyas en Damasco. Dinastía abasí (750-1258)
751-768	Pipino el Breve rey de los francos
768-814	Carlomagno
778	Roncesvalles
786-809	Harum al Rasshid
790	Comienzo de las correrías de los vikingos en Occidente
795	Creación de la Marca Hispánica
800	Coronación de Carlomagno
ca. 800	Llegada de los varegos a Rusia
812	Tratado de Aquisgrán
814-840	Ludovico Pío
842-867	Miguel III emperador de Bizancio
843	Tratado de Verdún
858	Fundación del Ducado de Kiev
866	Comienzo de la conquista danesa de Inglaterra

867	Cisma de Focio
867-886	Basilio I Macedonio emperador de Bizancio
871-899	Alfredo el Grande de Inglaterra
882-963	Edad de Hierro del Papado
885	Asedio de París por los normandos
887	Autonomía de Venecia
896	Establecimiento de los normandos en Normandía
898-923	Carlos el Simple rey de Francia
910	Fundación de Cluny
919-936	Enrique I de Sajonia
920-944	Romano I emperador de Bizancio
929-961	Abderramán III
933	Batalla de Riade
936-973	Otón I
948-973	Cristianización de los eslavos
973-983	Otón II
982	Conquista de Groenlandia por los daneses
983-1002	Otón III
985-1002	Almanzor
997-1038	San Esteban rey de Hungría
1004-1035	Sancho el Mayor de Navarra
1016-1035	Canuto el Grande rey de Inglaterra y Noruega
1024-1039	Conrado II el Sálico
1035-1065	Fernando I rey de Castilla
1039-1056	Enrique III emperador
1042-1066	Eduardo el Confesor rey de Inglaterra
1054	Cisma de Oriente
1056-1106	Enrique IV emperador
1057-1085	Roberto Guiscardo
1066	Batalla de Hastings
1073-1085	Gregorio VII
1085	Conquista de Toledo
1086-1147	Almorávides en España
1095	Concilios de Piacenza y Clermont Ferrand
1096-1099	Primera Cruzada
1106-1125	Enrique V emperador
1122	Concordato de Worms

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

Allardyce Nicoll, Historia del teatro Mundial, Madrid 1964.
Amann, I., Dumas, A., L'église au pouvoir des laiques, 888-1057. París 1948.
Arbman, H., Schweden und das Karolingische Reich. Estocolmo 1937.
Arnold, S. y Zychowski, M. Précis d'histoire de Pologne, Varsovia 1963.
Baker, D., Medieval Women. Oxford 1978.
Balbuena Prat, A., Historia de La Literatura española. Barcelona.
Baldwin Cole, H., Historia de la civilización Occidental, Madrid 1967.
Barber, W. J., Historia del pensamiento económico. Madrid 1971.
Baudrillart, A., van Cauwenberghe, E. y Rubert, R., Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique. París 1912.
Bechtel, H., Wirtschaftsgeschichte Deutschlands von der Vorzeit bis zum Ende des Mittelalters. München 1951.
Beloch, K. J., Bevölkerungsgeschichte Italiens. Berlín-Leipzig 1937-1961.
Beresford, M., The lost Villages of England. London 1954.
Bezzola, R. R., Les origines et la formation de la littérature courtoise en Occident (500-1200). París 1960.

Bloch, M., Esquisse d'une histoire monétaire de l'Europe. París 1954.
Bloch, M., La societé féodal. Les classes et le gouvernement des hommes. París 1949.
Bloch, M., Transición del esclavismo al feudalismo. Col. Universitaria 1980.
Boissonade, P., Du nouveau sur la chanson de Roland. París 1923.
Bost, K., Frühformen der Gesellschaft im mittelalterlichen Europa. Munich-Viena 1964.
Boutruche, R., Seigneurie et Féodalité. Le premier âge: les liens d'homme à homme. París 1959.
Boyer, R. Les vikings et leur civilisation. París 1976.
Breslau, H., Jahrbücher des deutschen Reichs unter Konrad II. Leipgzig 1879-84. 2 vols.
The Cambridge Economic History of Europe from the Decline of the Roman Empire. Cambridge 1941-1963, 3 vols.
Carrera Pujal, J., Historia de la economía española. Barcelona 1943-47. 5 vols.
Classen, P. Karl der Grosse, das Papstum und Byzanz, en *Karl der Grosse,* Düsseldorf 1965.
Cohen, S. L., Viking fortresses of the Trelleborg type. Copenhague 1965.
Cohen, G., Histoire de la chevalerie en France au Moyen Age. París 1949.
Contamine, Ph. La guerre au Moyen Age. París 1980.
Coulton, G. G., Life in the Middle Ages: Religion, Folklore and Superstition. Cambridge 1928-1930. 4 vols.
Curschamann, F. Hungersnöte im Mittelalter. Leipziger Studien VI, 1900.
Curtius, E. R., Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter. Berna 1954.
Chaunu, P., Le Temps des reformes. París 1981.
Cherubini, G., Agricoltura e società rurale nel Medioevo. Florencia 1974.
Chrimes, S. B., An Introduction to the Administrative History of Mediaeval England. Oxford 1952.
Delperrie de Bayac, J., Carlomagno. Barcelona 1977.

Dhondi, J., Etudes sur la naissance der principautés territoriales en France (IXe-Xe siécles). Brujas 1948.
Dobb, M., Studies in the Development of Capitalism. London 1947.
Dollinger, Ph., L'évolution des classes rurales en Bavière depuis la fin de l'époque carolingienne jusqu'au milieu du XIIIe siècle. París 1949.
Duby, G., L'économie rurale et la vie des campagnes dans Occident médiéval. París 1962, 2 vols.
Duby, G., Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo. Madrid 1980.
Duby, G., Hommes et structures du Moyen Age. París 1973.
Duby, G., Guerriers et paysans. París 1973.
Dummler, E., Kaiser Otto der Grosse. Leipzig 1876.
Encyclopedia universalis. París.
Falco, G. La polemica sul Medioevo. Nápoles 1974.
Fédou, R. El Estado en la Edad Media. Madrid 1977.
Fichtenau, H., Das karolingische Imperium: Soziale und geistige Problematik eines Grossreiches. Zürich 1949.
Fliche, A., Histoire du Moyen âge, 888-1125. París 1930.
Focillon, H., Le Moyen Age roman. París 1938.
Fossier, R. Histoire sociale de l'Occident Médiévale. París 1970.
Franceschini, E., L'epopea post-carolingia en *Settimane di Studio. Alto Medioevo,* II, Spoleto 1954.
Franceschini, E., Il teatro post-carolingio, en *Settimane di Studio, Alto Medioevo.* II. Spoleto 1954.
García Cortázar, J. A., La época medieval. (Hist. de España, Alfaguara, Tomo II). Madrid 1976.
Geyer, R. und Koran, F., Materialien zur Geschichte der Preise und Löhne in Osterreich. Wien 1938.
Ghyszior, A., Les structures économiques en pays slaves à l'aube du moyen âge jusqu'au XIe siècle et l'echange monetaire, en *Settimane di Studio. Alto Medioevo,* VIII. Spoleto 1960.
Goglin, J. L., Les misérables dans l'Occident Médiéval. París 1976.
Grand, R. y Delatouche, R., L'agriculture au moyen âge, de

la fin de l'empire romain au XVIe siècle. París 1950.
Grodecki, I., L'Architecture ottonienne. París 1938.
Guilarte, A. M. El régimen señorial en el siglo XVI. Madrid 1962.
Haase, C., Die Stadt des Mittelalters. Darmstadt 1969. 3 vols.
Halphen, I., Charlemagne et l'empire Carolingien. París 1947.
Halphen, I., A travers l'histoire du moyen âge. París 1950.
Hauck, A., Kirchengeschichte Deutschlands. Berlín 1954. vol. 3.°
Heers, J., Historia de la Edad Media. Barcelona 1976.
Hellmann, M., Karl und die slawische Welt zwischen Ostsee und Böhmerwald, en: *Karl der Grosse.* Düseldorf 1965.
Higounet, Ch., Les forêts de l'Europe occidentale du Ve au XIe siècle en *Settimane di Studio, Alto Medioevo,* XIII. Spoleto 1965.
Johsen, O. A., Norwegische Wirtschaftsgeschichte. Jena 1939.
Knowles, D., The Religious Order in England. Cambridge 1955.
Kulischer, I. M., Russische Wirtschaftsgeschichte. Jena 1925.
Laaths, E., Knaurs Geschichte der Weltliteratur. Munich 1953.
Lacarra, J. M., Historia de la Edad Media. Barcelona 1979.
Lagarde, G. de, La naissance de l'ésprit laique au declin du moyen áge. París 1942-46. 6 vols.
Lambert, M. D., Medieval Heresy. Londres 1977.
La Roncière, Ch-M., L'Europe au Moyen Age: París 1959. 3 vols.
Laiouretti, K. S., A History of the expansion of christianity. New York 1938.
Lavedan, P., Histoire de l'urbanisme. París 1926.
Le Goff; J., Les intellectuels au Moyen Age. París 1957.
Le Goff, J., La civilisation de l'Occident Médiéval. París 1964.

Le Goff, J., Tempo della Chiesa e tempo del mercante. Turin 1977.
Leicht, P. S., Operai, artigiani, agricoltori in Italia dal secolo VI al XVI. Milán 1959.
Leichtentritt, H., Music, History and Ideas. Cambridge 1938.
Lesne, E., Histoire de la proprieté ecclésiastique en France. Lille 1910-43.
Lewis, A. R., Naval Power and trade in the Mediterranean. Princeton 1951.
Lewis, A. R., The Northern Seas Schipping and Commerce in Northern Europe. Princeton 1958.
Levison, W., England and the continent in the eighth century. Oxford 1956.
López, R. S., Le città dell Europa post carolingia, en *Settimane di Studio. Alto Medioevo,* II. Spoleto 1954.
López, R. S., Il commercio dell'Europa post-carolingia, en *Settimane di Studio. Alto Medioevo,* II. Spoleto 1954.
López, R. S., Naissance de l'Europe. París 1962.
Lor, F., Les derniers carolingiens. París 1891.
Lor, F., L'art militaire et les armées au Moyen Age en Europe et dans le Proche-Orient. París 1947. 2 vols.
Mayer, E., Historia de las instituciones sociales y políticas de España y Portugal de los siglos V al XIV. Madrid 1925-26. 2 vols.
Metz, W., Die Agrarwirtschat im Karolingischen Reiche en *Karl der Grosse.* Tomo I. Düsseldorf 1965.
Mor, C. G., L'età feudale. Milán 1952.
Moscati y varios., L'Alba della civiltá. Turín, 1976.
Palomeque Torres, A., Historia general de la cultura. Barcelona 1947.
Patzulf, L., Die Karolingische Renaissance. Graz 1965.
Pericot García., Historia de España. Barcelona 1956.
Perroy, E., Le monde carolingien. París, 1974.
Perroy, E., Le Moyen Age. París 1955.
Petino, A., Lo zafferano nell' economia del Medioevo. Catania 1951.
Pijoan, J., Historia general del Arte. Madrid.
Pirenne, H., Mahoma y Carlomagno. Madrid 1978.

Pirenne, H., Histoire de la Belgique. Bruselas 1900-1932. 6 vols.
Planitz, H., Die deutsche Stadt im Mittelalter. Graz 1954.
Platonov, S. F., Histoire de la Russie dès origines à 1918. París 1929.
Porpeta, F., Religión y política en la Edad Media europea. Madrid 1977.
Power, E., The Wool Trade in English Medieval History. Londres 1941.
Power, E., Medieval Women. Cambridge 1975.
Previté-Orton, C. W., Historia del mundo en la Edad Media. Barcelona 1967. 3 vols.
Puig i Cadafalch, J., Le premier art roman. París 1928.
Regla, J., Historia de la Edad Media. Barcelona 1969. 2 vols.
Riché, P., Education et culture dans l'occident barbare. París 1962.
Riché, P., La vie quotidienne dans l'Empire carolingien. París 1973.
Rörig, F., Die europäische Stadt und die Kultur des Bürgertums im Mittelalter. 1955.
Rost, H., Die Bibel im Mittelalter; Beiträge zur Geschichte und Bibliographie der Bibel. Augsburg 1939.
Russel, J. C., Late Ancient and Medieval Population. Philadelphia 1958.
Sánchez Albornoz, C., La España musulmana. Madrid 1978. 2 vols. Viejos y nuevos estudios sobre las instituciones medievales españolas. Madrid 1976.
Sánchez Albornoz, C., Sobre la libertad humana en el reino astur-leonés. Madrid 1978.
Sánchez Albornoz, C., España un enigma histórico. Buenos Aires. 2 vols.
Sawyer, P. H., The Age of the Vikings. Londres 1962.
Schmitz, Ph., Histoire de l'Ordre de Saint Benoît. Maredsous 1948-56. 7 vols.
Schnürer, G., Kirche und Kultur im Mittelalter. Paderborn 1929-1936. 3 vols.
Sebastián, S., Mensaje del Arte medieval. Córdoba 1977.
Seligmann, J., L'Orlevierie carolingienne. París 1948.

Southlen, R. W., The making of the Middle Ages. Londres 1959.
Sienton, F. M., Anglo-Saxon England. Oxford 1947.
Suárez Fernández, L., Historia de la España Antigua y Media. Madrid 1975.
Suárez Fernández, L., Historia social y económica de la Edad Media europea. Madrid 1969.
Touchard, J. y varios., Historia de las ideas políticas. Madrid, 1975.
Ullmann, W., The Medieval Papacy. London 1960.
Usher, A. P., The Early History of Deposit Banking in Mediterranean Europe. Cambridge (Mass.) 1943.
Valdeavellano, L. G., La moneda y la economía en la península ibérica (ss. VI-XI) en *Settimane di Studio Alto Medioevo* VIII. Spoleto 1960.
Van Marle, R., L'icononographie de l'art prophane au Moyen Age et à la Renaissance et la décoration des demeures. La Haya 1931.
Varios., La Europa de las invasiones. Madrid 1968.
Varios., El feudalismo. Madrid 1978.
Varios., Simboli e simbologia nell'Alto Medioevo. Spoleto 1976. 2 vols.
Varios., Topografía urbana e vita cittadina nell'Alto Medioevo in Occidente. Spoleto 1974. 2 vols.
Vauchez, A., La Spiritualité du Moyen Age occidental. París 1976.
Verlinden, C., L'esclavage dans l'Europe médiévale. Gante 1977.
Vicens Vives, J., El Gran Sindicato Remensa. Madrid 1954.
Vogel, W., Die Normannen und das Frankische Reich. Heidelberg 1906.
Volpe, G., Il Medioevo. Florencia 1933.
Weitnauer, A., Venezianischer Handel der Fugger. Nach der Musterbuchhaltung des Matthäus Schwarz. Munich-Leipzig 1931.
Wenskus, R., Die deutschen Stämme im Reiche Karls des Grossen, en: *Karl der Grosse.* Düsseldorf 1965. Tomo I.
Werner, K. F., Bedeutende Adelsfamilien im Reiche Karls

des Grossen en: *Karl der Grosse.* Tomo I. Düsseldorf 1965.
Wertime, Th. A., The Coming of the Age of Steel. Leiden 1961.
Williams, G. H., The Radical Reformation. London 1962.
Williams, G. H., Wildeness and Paradise in Christian Thought. New York 1962.

INDICE

Pág.



BOLSILLO MENSAJERO

Pretende facilitar a un gran número de lectores títulos muy variados selectos en su presentación y en su contenido a precios realmente asequibles.

1. LA MUJER EN LA NUEVA SOCIEDAD
   E. Radius, A. Grosso y otros.
2. PSICOLOGIA DE NUESTROS CONFLICTOS CON LOS DEMAS
   Marc Oraison.
3. LOS SECRETOS DE LA SALUD
   En colaboración.
4. EDUCACION SEXUAL Y CONYUGAL
   Charles y Laura Robinson.
5. EL CAMINO DEL YOGA
   Xavier Moreno Lara.
6. SABER ADELGAZAR
   Dr. Apfelbaum.
7. MARTIN LUTHER KING, REBELDE POR AMOR
   Walter Minestrini.
8. NUEVO TESTAMENTO
   Moderna versión.
9. LA DEPRESION NERVIOSA
   En colaboración.
10. COMO HABLAR EN PUBLICO
    René S. Catta.
11. EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD
    Sylvain Brind'Amour.
12. DOCUMENTOS COMPLETOS DEL VATICANO II
13. LA HERENCIA Y VUESTROS HIJOS
    Dr. Y. Houdard.
14. LOS FABULOSOS JUEGOS OLIMPICOS
    Juan Antonio Ruigómez.
15. LA PAREJA HOY
    M. Teresa Van Eeckhout.
16. VICTORIA SOBRE EL INSOMNIO
    J. Scandel.
17. LA PILDORA
    Yves Genouel.
18. LA PEDAGOGIA SEXUAL Y NOSOTRAS LAS MUJERES
    Dra. Gisela Schmeer.

19. TECNICAS DE LA SERENIDAD
M. Kohler.
20. LAS ENFERMEDADES VENEREAS
Dominique Dallayrac.
21. PEQUEÑECES
Luis Coloma.
22. EL DRAMA DE JESUS
José Julio Martínez.
23. PEQUEÑO DICCIONARIO MEDICO-PRACTICO
Pierre Neuville.
24. VALLE NEGRO
Hugo Wast.
25. MANTENERSE JOVEN. PERMANECER ACTIVO
Dr. Eric Weiser.
26. LA PERSONALIDAD DEL HOMBRE
J. Rattner.
27. EL EQUILIBRIO DE LA PERSONALIDAD
Yves Paul-Margueritte.
28. EL INFARTO. COMO EVITARLO
C. Vallier.
29. LOS AÑOS GANADOS
Dr. Eric Weiser.
30. PSICOLOGIA Y VIDA COTIDIANA
J. Bresse.
31. ADELGAZAR POR LA GIMNASIA
M. Rouet.
32. LA ETERNA JUVENTUD DE LA VIDA
M. Rouet.
33. EL EMBARAZO Y EL PARTO
M. Hèléne Miehe.
34. HEROICA Y TENEBROSA IRA
J. Le Bailly.
35. LOS PARAISOS DE LAS DROGAS
G. Gerosa, N. Willard, B. Bisio.
36. ¿LIBERALIZAR EL ABORTO?
J. Ferin y C. Lecart - M. T. Meulders - V. Veylen.
37. JUAN XXIII. PARROCO DEL MUNDO
Pietro Ambrogiani.
38. LA SALUD POR LA COMIDA
Marcel Rouet.
39. GUIA ALIMENTICIA DEL DEPORTISTA
Dr. A. F. Creff. L. Berard.
40. ENTRENAMIENTO PARA LA LECTURA RAPIDA Y EFICAZ
Maurice Guidici.
41. POLEMICA Y REALIDAD DEL ABORTO
Dr. Enrique Montañés del Olmo.
42. EL ARTE DE CONVERSAR
Harald Raschke.

43. LA PAREJA SIN HIJOS
Suzane Bresard.
44. BELLEZA: 800 RECETAS
F. le Folcalvez.
45. ¿QUE HACER CON VUESTROS HIJOS?
Charles y Laura Robinson
46. PROCESO AL SIGLO XX
Carlos Alfonso.
47. EL FENOMENO DE LAS HORMONAS
Gerhard Venzner.
48. PADRES E HIJOS, ¿AMIGOS O ENEMIGOS?
E. Blumenthal.
49. INTRODUCCION A LA PSICOLOGIA
F. Acha.
50. PSICOLOGIA DE LA PAREJA
En colaboración.
51. INTRODUCCION A LA HISTORIA. (HOMBRES, CLASES, PUEBLOS)
Santos Juliá Díaz.
52. INTRODUCCION A LA PEDAGOGIA
F. Acha.
53. IÑIGO DE LOYOLA
Rosendo Roig.
54. NATURALEZA Y TECNICA
Edith Schenk.
55. EL LAZARILLO DE TORMES
Anónimo. Edición, introducción, interpretación y notas de Rosendo Roig.
56. INTRODUCCION AL BUDISMO-ZEN
Teitaro Suzuki.
57. EL PODER DE LA VOLUNTAD
J. Lindworsky.
58. PRIMEROS AUXILIOS
José María de Mena.
59. PSICOLOGIA PARA LA EDUCACION DEL NIÑO
En colaboración.
60. LA FELICIDAD DE LA JOVEN PAREJA
Philippe y Claire Deroux.
61. INTRODUCCION A LA PSIQUIATRIA
I. Pellicier.
62. PSICOLOGIA DE NUESTRAS RELACIONES CON LOS DEMAS
Marc Oraison.
63. EL AMOR FRATERNO
François Humblet.
64. HISTORIA DE ESPAÑA
En colaboración.
65. LA HISTORIA DE HELEN KELLER
Lorena A. Hickok.

66. PSICOPEDAGOGIA DE LA INFANCIA A LA ADOLESCENCIA
Roger Gilbert.
67. GUIA DE LA DEFENSA PERSONAL
L. Arpin
68. RIMAS Y LEYENDAS DE GUSTAVO ADOLFO BECQUER
Edición, prólogo y pedagogía de Rosendo Roig.
69. SABER ESTUDIAR
Juan Ontza.
70. HISTORIA DE LAS RELIGIONES
Equipo de Redacción PAL.
71. EL ORDENADOR, PRODIGIO DE LA TECNICA
Francisco Isla y Luis G. Eibar.
72. SABER CASTIGAR
Patrice Myrnos.
73. EL CINE. GENERO Y ESTILOS
Xavier Moreno Lara.
74. DICCIONARIO DE MITOLOGIA
José Luis Arriaga.
75. LA CELESTINA
Francisco Rojas - Rosendo Roig.
76. ETICA Y MORAL
Félix Acha Irizar.
77. COCINAR ES FACIL
María Jesús Escribano.
78. FABULAS
Félix María Samaniego.
79. TIMIDEZ, VOLUNTAD, ACTIVIDAD
Paul Chauchard.
80. CONOCIMIENTO Y DOMINIO DE LA MEMORIA
Paul Chauchard.
81. EL EQUILIBRIO DEL CUERPO Y DE LA MENTE
Bizé-Goguelin.
82. LA INTELIGENCIA EFICAZ
Sartín.
83. VIDA FAMILIAR Y VIDA ESCOLAR
Félix Acha Irizar.
84. LA DANZA DE LOS NUMEROS
Héctor Antoñana.
85. ANGUSTIAS DE NIÑOS SANOS
Gisele Eberlein.
86. DICCIONARIO DE PSICOLOGIA
Equipo de Redacción PAL.
87. CONOCER A OTROS
Michel Gauquelin.
88. SABER COMUNICARSE
Françoise Gauquelin.

89. MADUREZ CREADORA
Ingo Mummert.
90. TRIUNFAR EN LA TERCERA EDAD
Xavier Moreno Lara.
91. JUAN PABLO II. El hombre y el Papa
Equipo Redacción Mensajero.
92. «TRAINING» MENTAL
Dr. A. Bierach
93. LA IMAGEN PERSONAL CLAVE PARA EL EXITO
Dr. Alfred Bierach.
94. EDUCAR LA FAMILIA, HOY
Miguel Bertrán Quera.
95. EL DESARROLLO VITAL DEL HOMBRE
Bernard Livegoed.
96. LA DROGA Y VUESTROS HIJOS
Centro Didro. París.
97. MI HIJO ES ¿SUPERDOTADO? ¿NORMAL? ¿TORPE?
José María de Mena.
98. GUIA DE LA RELAJACION Y DE LA SOFROLOGIA
Claude Haumont.
99. CORO Y COCINA DE LOS MONASTERIOS DE ESPAÑA
Rosendo Roig.
100. PALESTINA AYER Y HOY
Teodoro Martínez.
101. FAMILIA HOY Y MAÑANA
Carlos Magaz Sangro.
102. HISTORIA UNIVERSAL (I). Prehistoria e historia del Próximo Oriente
Equipo Redacción PAL.
103. HISTORIA UNIVERSAL (II). El mundo griego
Equipo Redacción PAL.
104. HISTORIA UNIVERSAL (III). El mundo romano
Equipo Redacción PAL.
105. HISTORIA UNIVERSAL (IV). La Alta Edad Media
Equipo Redacción PAL.
106. HISTORIA UNIVERSAL (V). La Baja Edad Media
Equipo Redacción PAL.
107. HISTORIA UNIVERSAL (VI). El Renacimiento, Reforma y Contrarreforma
Equipo Redacción PAL.
108. HISTORIA UNIVERSAL (VII). El Siglo de las Luces. Revolución Francesa y Epoca de Napoleón
Equipo Redacción PAL.
109. HISTORIA UNIVERSAL (VIII). Emancipación Americana. La Revolución Industrial.
Equipo Redacción PAL.
110. HISTORIA UNIVERSAL (IX). Epoca Contemporánea
Equipo Redacción PAL.

bolsillo
mensajero

El término Medievo significa literalmente «edad del medio» y fue acuñado por Christoph Cellarius, el cual sintetizaba la convicción de que aquella edad no fue sino un paréntesis de oscuridad entre las dos luminosas épocas clásicas, la greco-romana y la renancentista. Hoy, esta definición ya no es aceptable en su significado literal, sino sólo como una convención consagrada actualmente por el uso. Aunque la Edad Media constituye en sí una unidad histórica, cabe distinguir en ella dos épocas bien diferenciadas: la Alta y la Baja Edad Media. La Alta Edad Media, de la que se trata en este tomo, es una época de economía casi exclusivamente agrícola y medieval. También es una época que tiene muchas facetas. Por una parte en sus comienzos se produce el colapso de la Antigüedad clásica con el hundimiento del Imperio Romano de Occidente. Por otra parte, protagonistas de la historia, son los nuevos pueblos (germanos, árabes, eslavos, etc.) con nuevas instituciones y nuevas fuerzas creadoras. En Occidente el Cristianismo se consolida fundiéndose en lo institucional con las nuevas tendencias de la ... uno de los elementos básicos de ... que a su vez salva la tradición de ... do ello hace que esta época ... a en muchos aspectos, sea ... ormación del mundo occidental